

72 60

DESPUÉS DEL MINUTO



1970

SOL IANNACI

8 11

Después del minuto ocho

Sol Iannaci

[dedicatoria]

A cada persona que leyó o compartió un escrito mío en algún momento.

A cada persona que me alentó desde el minuto cero.

Agradecimientos

A mis papás. Por la deuda eterna que tengo con ustedes. Por ser los mejores. Aunque no conozco a todos. Incluso si los conociera a todos. Por haberme, siempre, apoyado con esto.

Y con todo lo demás.

A mis abuelas. A mi familia y mis amigos. Porque los amo. Y porque están.

Gracias.

Después del minuto ocho

5 de diciembre del 2017

07:35 a.m.

El olor a café cuando me despierto. Las tostadas quemadas, la única forma en la que sabés hacerlas. El día está soleado y demasiado caluroso. Según el noticiero, el día más caluroso. Así que me decís que el abrigo no hace falta.

Hoy tengo que trabajar e ir a la firma de libretas en la facultad, para poder decir que estoy de vacaciones. Discutimos durante el desayuno. Te grito que ya no soy una nena, y que es hora de que me dejes en paz.

La pelea se escapa de mis manos, y termino derramando mi café, sin querer, sobre un diario que tenés en la mesa. Eso no me detiene de levantarme e irme.

Cierro con un portazo para exacerbar mi enojo, y te mando un mensaje mientras espero el subte, diciéndote, entre otras cosas, que no voy a volver a casa a la noche.

Porque a la noche íbamos a ir a cenar juntos.

A la noche íbamos a ir a cenar.

04:47 p.m.

—No, no. No puede ser —me escucho decir. Estoy parada en la puerta de la facultad,

sosteniendo entre mis manos la libreta que me declara de vacaciones.

Y me río.

Me río con una risa que desconozco, que nunca escuché, que, al menos, no es la mía.

Una risa bien fuerte, que irrumpe el silencio atroz del momento exacto en el que no hay absolutamente nada que decir.

Una risa que intenta, de forma forzada, rogando, arrodillada, llorando y a los gritos, poder encajar en donde no tiene lugar.

Poder encajar en un mundo que se destruye.

—No puede ser —reitero, ahora ya seria, porque descubro que nadie se ríe conmigo.

Y entonces empiezo a asimilar, frente a la mirada triste que me devuelve la tía, el cartero de las malas noticias, que no solo que puede ser, sino que es.

De pronto no interesa lo que digan los noticieros: es el día más frío.

—No se pudo haber muerto —susurro, con los labios temblando. Con la fragilidad de una voz al borde de quebrarse para siempre.

Y otra voz dentro de mi cabeza, que se sigue riendo, agrega:

...Si el café en el diario todavía está húmedo.

...Si la discusión estaba en pausa.

...Si a la noche íbamos a ir a cenar.

La vida cambia en un instante...

Stephen King

CAPÍTULO I: Ocho

04/02/2018

Papá:

Ya pasaron tres meses, y fueron tres meses que sentí interminables. Porque el tiempo se toma su tiempo en pasar cuando las ausencias pesan, y porque la vida sin tu presencia se volvió lenta, larga, tediosa.

Todavía no me atreví a ir a visitarte, aunque no sé si estás ahí donde está tu cuerpo. Sí creo que estás acá, en todas partes.

En el diario del cinco de diciembre manchado con café.

En los anteojos con el vidrio derecho roto, que estuvieron salpicados de carmesí.

En el paquete de Marlboro que dejaste en la guantera del auto, y que irónicamente, después de tantas promesas incumplidas, esta vez sí va a ser el último.

Me acuerdo que me decías que te gustaba cómo escribía, y que yo te hacía cubrir los ojos cada vez que me pedías que te leyera. “*Papá, no mires*”, y vos me hacías caso porque me querías escuchar. Después me halagabas y yo no te creía.

Aunque, acá, entre nosotros, te confieso que me gustaba saber que te enorgullecía con lo que me apasiona, porque, ¿qué más lindo que haberte enorgullecido en algo?

El problema es que ya no sé cómo conseguir oxígeno porque hay ciertas tragedias que asfixian. Pero estoy preparada, papá. Hoy, un día antes de mi cumpleaños, te voy a ir a visitar.

Hoy te voy a ir a leer porque escribir me hace bien, pero no lo estaba haciendo. Tenía terror de lo que podía llegar a redactar con esta angustia encima.

Entonces lo recuerdo. ¿No es eso?

¿No dijo una vez Hemingway que se trata de sentarse y sangrar?

04/03/2018

Hace un mes te escribí que iba a ir a verte, pero no lo hice. No pude.

Pero hoy tomé coraje y fui.

No estaba segura de que fuera el lugar ideal para hablar, y pensé varias veces, en el camino de ida, que tal vez podría haberme quedado en casa de la tía. Pero ir allá, romper esa barrera, traspasar ese miedo que tenía de que todo se volviera real, era algo que tenía que hacer.

Porque lo que pasó es real. Aunque yo me encuentre en caída libre y todavía no lo haya asimilado.

Me acercaba con tu paquete de Marlboro en el bolsillo del jean, que guarda el único cigarrillo que te quedó, y que, aunque no fumo, por alguna incomprensible razón llevo a todos lados, y con los Cofler Block, los chocolates que más te gustan en la mano, como si estuviera caminando hacia mi propia muerte. Sé que no tiene sentido dejar chocolates en una tumba, pero,

qué hipócrita hubiese sido llevar flores, si no te gustaron jamás.

Si yo quiero creer que seguís siendo el mismo que antes, en otra parte.

Y fue más difícil de lo que creí. Me sentía un chiquito de ocho meses intentando dejar de gatear, aunque algo me empujaba a seguir poniendo un pie adelante del otro, hasta que por fin llegué. Cuando lo hice me desmoroné en el suelo de tierra, como si las rodillas me hubieran fallado.

Como si la negación fuera la caída libre de la que te hablé, y tu tumba el suelo.

No lloré, ya casi nunca lo hago. Me quedé inmóvil por un rato, y me pareció escuchar en mi cabeza a la voz de la tía Marcela: “Tu papá... tuvo un accidente”. Acababa de recibir la noticia otra vez, pero ahora, cuatro meses después, en Chacarita, sí la creía.

Hablé en voz baja, con un poco de vergüenza. Te susurré que te extraño, y también murmuré un perdón. Esas tres palabras bastaron. Solo podía repetirlas. Te extraño, te extraño, te extraño. Perdón, perdón, perdón. ¿Había algo más que decir?

Quizás sí, muchas cosas. Pero todo se resumía a esas dos frases que no podía dejar de pronunciar. Entonces te leí mi primer escrito.

El cinco de febrero, para mi cumpleaños, me negué de antemano a cualquier tipo de festejo. Sobrevivía a las horas acostada con Teo hecho una bolita a los pies de la cama, y la persiana de mi habitación baja, y a duras penas abría la boca para emitir alguna palabra, o para comer lo mínimo necesario para poder seguir durmiendo.

Esa tarde escuché a la tía hablar por teléfono. Estaba preocupada. Se le notaba en el tono de voz. Descubrí que había pasado algo. No hay nada peor que entender que pasó algo sin todavía poder saber qué.

Salí de la habitación a paso lento, como quien ya no se cree capaz de escuchar más tragedias, y pregunté, con terror.

—Tu abuelo Alberto se siente un poco mal. Ya llamaron al médico, voy a irme para allá. En el horno hay pastel de carne.

Es gracioso como, cuando dejás de participar de las situaciones, de a poco te dejan de incluir, al punto de que seguro ni se le cruzó por la cabeza que yo podía querer ir. Me percibí invisible hasta para mi familia, y yo era la que se había desdibujado.

—Te quiero acompañar.

Me miró asombrada. No estaba segura de lo que estaba haciendo, pero si iba a pasar algo, otra vez, al menos en esta oportunidad me despediría. Por suerte fue nada más un susto.

La vida no solo está llena de tragedias.

También de sustos.

Una vez ahí, subí al altillo a buscar un balde que me pidió la abuela. En el camino pasé por la puerta de tu antiguo cuarto, pero no entré. Había sido remodelado mucho tiempo atrás, y ya no había nada ahí dentro que te perteneciera. Ningún indicio de que había sido tuyo. Ya no

estabas ahí.

Cuando llegué, la vi. Tu máquina de escribir. La tenían guardada en ese lugar lleno de cosas

viejas con destino de no volver a usarse jamás. Me dio pena por ella. Seguro en algún momento había sido la última novedad. Ahora estaba ahí, ya no cumplía su función de manera eficiente. Había sido reemplazada, y si no era usada para escribir pronto dejaría de existir.

Excepto que...

Primero intenté bajar sosteniendo el balde con una mano, y la máquina de escribir con la otra. Pesaba demasiado y no quería que se me cayera, haciendo que mi deseo de resignificarla o reutilizarla terminara empeorando su situación, como siempre sucede con nuestras mejores intenciones si no tenemos cuidado. Así que decidí hacerlo en dos viajes.

Yo sabía que te pertenecía porque de chica jugaba con ella. Cada veintinueve nos juntábamos a comer ñoquis en casa de los abuelos y vos me dejabas usarla para entretenerme, aunque todavía no sabía escribir. Para ese entonces no estaba casi escondida, sino acomodada en el escritorio de tu pieza, acaparando toda la atención. Eso sucede con todo, y con todos: una vez que algo se convierte en un recuerdo, pasa al altílo. O a ese lugar de la memoria en donde se acumulan todos esos datos que ya no importan tanto.

Fue en ese momento en el que decidí que vos, papá, nunca ibas a estar ahí.

Cuando llegué con la máquina entre los brazos, la abuela me observó con asombro.

—No veo eso hace mucho tiempo. ¿Te la querés llevar?

—No, abuela, es de ustedes.

Sí me la quería llevar, sino no existía razón alguna para haberla transportado. Siguió insistiendo y me la traje a lo de la tía. Seguro creyó que la quería como reliquia. Creo que no sospechó que la usaría, o que es acá en donde te escribo. No sé si hubiera vuelto a hacerlo si no fuese por esta Remington vieja que fue tuya por un tiempo, y que por eso es especial para mí.

Aunque tenga que tener un liquid paper al lado y estemos en el año 2018.

Fuera de estas páginas que escribo en tu Remington, también sigo usando el cuaderno, ahora destinado a los escritos que te quiero leer en el cementerio. Pretendí que esos textos siguieran siendo como eran cuando te cubrías los ojos para darme espacio, así que el primero fue abstracto.

Lo escribí con ayuda de Marina, aunque ella no lo sepa. Está estudiando para ser científica, y tiene un blog repleto de información y datos curiosos que, desde que te fuiste, me obsesioné con aprender y memorizar, así que leo sus nuevos artículos religiosamente. Sobre todo los que tienen que ver con la astronomía. Y como mi idea es hacer un seguimiento de mis visitas, esto fue lo que quiero creer que vos escuchaste:

“Hoy... ya no estás.

Los astrónomos estiman que el universo observable tiene más de cien billones de galaxias. Nadie sabe qué tan grande es, porque no podemos ver sus límites. No sabemos siquiera si tiene uno. (Es gracioso que me incluya en cosas que descubrieron los astrónomos, ¿no?).

Se puede ver solo hacia fuera, a una distancia de catorce billones de años luz desde la Tierra. Estas son todas cosas que encontré, de personas que saben más que yo, de siglos de investigación para darnos cuenta de lo diminutos que somos en un universo que, según lo que leí, está cambiando. Expandiéndose más con el tiempo.

En realidad, lo que estaba buscando es otra cosa, y sobre eso en mi blog preferido encontré un aproximativo: dicen que en nuestra Vía Láctea hay cerca de trescientos mil millones de estrellas. Debe ser un número redondeado, y no sé qué método usarán para contarlas. Ya te dije, sobre este tema soy una ignorante absoluta.

El trescientos mil millones me suena a una inmensidad incalculable. ¿Viste lo diminutos que somos?

Wikipedia me dice que hay siete mil millones de personas en la Tierra. Vos hoy ya no estás, o no estás en forma corpórea, y a mi hoy ninguna de esas siete mil millones de personas me podría arrancar este dolor del pecho.

Debemos ser enormes, todo al mismo tiempo. Debe significar algo que todos seamos tan distintos, que cuando una persona se va, cuando alguien fallece, nadie jamás puede cubrir esa ausencia.

Entonces esta noche te estoy escribiendo esta especie de carta que jamás vas a leer, llena de datos que hasta ayer no me interesaban en lo absoluto. Pero ahora me sostengo de pie por ellos. Es que viste que leí que hay cerca de trescientos mil millones de estrellas: hoy yo pienso que hay una más. Este no es un dato del que tenga pruebas, y ciertamente no podría escribir una tesis sobre el tema. Solo lo sé.

Si vos hoy no estás en la tierra, debés estar en el cielo. Si vos hoy no iluminás mi vida, debés de estar iluminando el planeta entero. Es que, seamos sinceros, él no se permitiría perderte, porque entre siete mil millones de personas, te lo aseguro, vos no eras una más, y todavía no encuentro ninguna explicación racional de por qué razón hoy sos una menos.

Pero a la muerte nadie la entiende. Nos aferramos a ideas, sueños, datos astronómicos, o esperanza. Y mi esperanza es que estés. En algún lado, de alguna forma, en algún rincón, en una planta, en un pájaro, en una estrella, o al lado mío, leyendo todo esto de lo que divago mientras lloro y te sonrío.

Yo no sé cómo comprender que ya no estás, quizás no haya ninguna forma.

Supongo que más que comprender, nos vamos acostumbrando, aferrándonos a la esperanza. Y cualquier astrónomo hoy se reiría a carcajadas de mí, pero cuando el corazón pide certezas, se las tenemos que dar.

Yo quiero creer que vos estás, yo quiero convencerme de que no te fuiste, y busco, con todas mis fuerzas, convencerme de que te voy a volver a ver. En forma de plantas, de pájaros o de estrellas. Yo no soy astrónoma, no tengo comprobado lo que digo, y no necesito tenerlo. Te quiero tanto que si vos no estás en una estrella, este mundo se apagó para siempre.

Pero como yo sigo acá, y el mundo sigue girando, sé que eso significa que el universo no te pudo haber perdido;

porque vos lo mantenías vivo”.

Para cuando terminé de leer la lluvia se había transformado en una tormenta, aunque no sé si mencioné antes que estaba nublado. Eso es algo que vos me criticabas cuando me escuchabas. Me decías que tenía que prestar más atención a los detalles. Que tenía que “pintar imágenes” con mis palabras.

Dejé los Block, y me levanté para volver a la casa de la tía. No había llevado paraguas, pero no me molestaba mojarme. Lo que sí me disgustaba era la idea de estar en un cementerio sola en esas circunstancias. Vimos muchas películas de miedo juntos, y doy fe de que alguna empezaba así.

Ojalá hubiera sabido que no nos quedaba mucho tiempo. De haberlo sabido, intuido o sospechado, habría cancelado todos mis planes para sentarme a ver películas con vos.

En el camino de vuelta agarré el celular de mi cartera, abrí el whatsapp, y no tuve que buscar tu chat porque lo tengo fijado. Ahí estaba. El único audio que tengo tuyo. Lo reproduzco una y mil veces todos los días. Nunca mandabas audios porque lo tuyo eran las respuestas cortas, las llamadas, los emojis, o los “ok”.

Pero hay uno. Uno que grabaste porque no tenías puestos los anteojos. Uno del cual cuelga mi esperanza de impedir que la fragilidad de la memoria te empiece a convertir en olvido.

Para recordar tu rostro tengo tus fotos. Para recordar tu voz, un audio. Todo lo que decís en él es: “*Che, Abril, ¿necesitás algo?*”. Eras la única persona que me llamaba por mi segundo nombre.

Estabas en el supermercado. Se puede escuchar el ruido de la gente de fondo, y de la caja registradora. Y el ruido de la vida.

Estabas vivo. Y así era tu voz.

06/03/2018

Estoy en diciembre otra vez. Me quiero parar frente a la puerta y no dejarte pasar.

Decirte que no se te ocurra cruzarla. Que no vas a cruzarla. Que afuera hace frío. Que decretaron feriado nacional de último momento. Que hay paro de colectivos y de subtes, que hay toque de queda. Que van a caer piedras, que pronosticaron tormenta eléctrica.

Que puede que se aproxime un tornado y no nos podemos arriesgar.

Que me siento mal. Que me duele el pecho. Que me estoy quedando sin respiración y necesito que te quedes.

Que se me cayó el café. Que tomemos otro. Que hoy es día de *home office*. Que quiero, que

necesito que organicemos la cena con tiempo.

Que hay una guerra civil allá fuera.

Que todavía no terminamos la temporada de *How to get away with murder*, que no te vayas porque no voy a terminarla sin vos.

Que Walter White está vivo. Que viajé al futuro y en dos mil diecinueve van a hacer una película de *Breaking Bad*. Que si no la hacen, la hacemos nosotros. Que compré los derechos de autor.

Que afuera hace frío.

Por favor. Hace frío.

Nada peor que demasiado tarde...

Charles Bukowski.

11/03/2018

Domingo otra vez. Este día me lastima más que los demás porque la mayoría de las veces lo pasábamos juntos.

Los domingos hieren de por sí, hay algo que duele de ellos, algo que está embrujado.

Ahora sobrevivirlos se hizo casi imposible porque nunca te extraño más que los domingos.

A veces me despierto, me olvido, y por un segundo me siento completa otra vez.

Después me acuerdo, de todo, como si me golpeara la realidad. Me acuerdo que tengo veinticuatro horas por delante que padecer, y que ya no soy la que era, ahora soy esta versión: una réplica fallada de la Jazmín que tenía a su papá. Este planeta tampoco es lo que era, ahora es esta versión: un lugar injusto, arbitrario y cruel, en el cual ya no tengo ni un poco de esperanza.

Me siento cómoda cada vez que estoy frente a tu máquina de escribir. Lo que más me gusta, además de que todavía puedo imaginarte usándola, es que no se puede borrar. Se puede corregir, sí. Pero no borrar y empezar otra vez, excepto cambiando de hoja. Si redactara estas páginas en una notebook, dejarían de ser lo que son. Pasarían a ser algo armado, poco espontáneo, que no se relacionaría con la manera real en la que sentí y pensé las cosas.

Acá no puedo retroceder, ni puedo retractarme. No puedo cortar una parte del texto y pegarla en otro lado. No puedo arrepentirme de ser honesta, y tampoco puedo obtener una segunda oportunidad. Se parece a la vida en ese aspecto. Se puede corregir, sí, pero no borrar.

Y que el pasado sea inalterable nos obliga a prestar más atención.

Ojalá hubiera prestado atención el cinco de diciembre.

Ojalá me hubiera dado cuenta de que la vida se escribe con indeleble. La tecnología nos malcría

y logra que nos olvidemos, la mayoría de las veces, de que en la vida real casi nunca se puede empezar otra vez como si nada hubiera sucedido. Se puede empezar otra vez, sí.

Pero como si todo hubiera sucedido.

El día estuvo soleado. Me molesta cuando el clima no se condice con mi estado de ánimo, y por eso, hace cuatro meses que quiero que llueva siempre, para sentirme acorde.

Llegué al cementerio a las cuatro de la tarde. Iba a ir más temprano porque a las cinco cierra. No lo hice por dos razones: en primer lugar el sol me tenía de mal humor, así que dignarme a salir me requirió esfuerzo, y en segundo lugar, no quería ir apenas me despertara para no tener nada qué hacer después. No tener nada más en mente me iba a destruir.

Había más personas que la última vez, todas enfocadas en su dolor. Esta vez me costó muchísimo menos, aunque todavía asumir que todo cambió en un instante y que ahora estas son nuestras nuevas formas de comunicación me destruye.

Me senté en la tierra sintiéndome enferma, aunque para mi sorpresa pude hablar, y las

frases tenían sentido. Te susurré que te extraño mucho, para empezar, como si no lo supieras, y después decidí sobre la marcha que te iba a contar cómo fue mi semana. Mentí un poco para no preocuparte, excluyendo del relato que mis días ya no tienen sentido: me levanto de forma automática, me encuentro yendo a lugares como si mi cuerpo se moviera por inercia, hago las cosas que tengo que hacer, voy a la facultad porque estabas contento de que lo hiciera, y en cuanto al trabajo, volví a trabajar en la mercería de la abuela María los días de semana por la tarde. Los primeros meses posteriores a perderte no podía hacer nada que me requiriera salir de la habitación.

Un mes después de tu fallecimiento, Carlos, tu amigo del club, me propuso trabajar como moza en su salón de fiestas en el barrio de Flores, los viernes y sábados por la noche.

Apenas me lo mencionó creí que me estaba haciendo un chiste de mal gusto. Lo último que yo quería era presenciar ese tipo de celebraciones. No tenía nada qué festejar.

Hace dos semanas entendí que lo tenía que aceptar. No quiero ser una carga para los abuelos en cuanto al dinero. Pero nunca soy más infeliz que en el preciso instante en el que pongo un pie en ese lugar. Lleno de gente que se burla de mi duelo.

En el cementerio te conté que había sido mi primera semana en la facultad, y que me inscribí solamente en dos materias porque no puedo en este momento exigirme más que eso.

Que estoy viviendo en la casa de la hermana de mamá, porque nuestra casa, la que compartimos por diecinueve años, ahora está en venta, y que ayer creo que te soñé por primera vez, pero no lo recuerdo.

No te conté que maldije a la vida por no recordarlo. Eso supongo que ya lo sabés.

Me desperté estando segura de que habías estado ahí, y me hizo sentir pésimo saber que lo que le

pedí al universo que sucediera había pasado, pero de esa forma. Creía que la vida me estaba cargando, que se estaba riendo de mí, que todo lo que me pasaba era a propósito por tenerla en contra, y me pregunté, casi de forma infantil, qué le había hecho yo para que me odiara de esta manera. Para el momento en el que me cansé de lamentarme, la tía me estaba esperando con el almuerzo preparado.

Cuando me quedé sin cosas que ocultarte sobre los siete días que acababan de pasar, y sin cosas para contarte distintas para que no te preocuparas, te leí mi segundo escrito.

Siempre te llamó la atención mi facilidad para saber lo que siento y plasmarlo en un papel. A mí, en cambio, me llama la atención que el resto no lo hiciera. Que nadie se preocupe por saber lo que le sucede por dentro.

Yo si no escribo no sé, y a veces escribo para poder saber. A veces lo hago porque cuando las palabras comienzan a surgir, a materializarse, me doy cuenta.

Antes de empezar me siento enredada, como si los pensamientos no tuvieran un hilo conector, como si me estuvieran ocurriendo muchas cosas, sin ninguna tener sentido. Hasta que me siento.

Y todo surge como si hubiera estado esperando ser dicho.

“Fragilidad.

Arrepentimientos, tragos fuertes y puros, y noches sin dormir. Un mensaje que te mandé y desearía que no hubieras leído, pero que leíste. Y treinta o cuarenta disculpas que desearía que pudieran llegarte, pero llegaron tarde. Una cena que jamás pudo ser, pero que de algún modo sigue ahí, en el medio de mi consciencia, enfriándose, y yo sentada en mi lugar de la mesa, esperando que vengas a comer. Sospechando que no lo hacés porque no era tan importante, o no soy tan importante, o no era, o no soy...

Confusión.

Y si yo no fuera yo quizás aún estarías. Tal vez ese mensaje no sería una prueba en mi contra que no tengo modo de olvidar. Tal vez yo no me sentiría un conjunto de oportunidades perdidas que no tengo forma de recuperar.

No sé si alguna vez me había sentido así de frágil, como si un solo soplo me pudiera derrumbar.

¿Cómo le ruego al mundo entero que nadie sople?”.

13/03/2018

Hoy no salí de la cama en todo el día.

Me desperté a la mañana y pensé: se murió. Se fue para siempre. Para siempre. Se fue.

Mi cabeza repetía cada palabra, cada vez más lento. Separándolas en sílabas. Me las repetía y repetía para que yo lo comprendiera. Para poder deglutirlo.

Se - mu - rió.

Ya no va a haber vacaciones. No vas a escuchar el ruido de las llaves cuando llega de trabajar. No vas a solucionar la última pelea. Porque se fue. No está más. Nunca más. No te va a aconsejar. No va a estar tan presente que hasta a veces te sentías asfixiada.

No. No. No. Ahora va a estar más presente que antes. Ahora no va a haber lugar que no te recuerde su carencia, su falta.

Pasó la vida. La suya. La tuya. Hubo un accidente.

Tu papá tuvo un accidente, y vos también.

Vos - tam - bién.

14/03/2018

Miércoles por la noche y necesito aferrarme al papel para poder estar viva mañana.

Suena exagerado, ya lo sé, y quizás lo peor sea que no lo es en lo absoluto. Son las ocho de la noche y no voy a poder dormir hoy. Es horrible, es cruel que te esté contando mis miserias, porque todos me dicen que tengo que tratar de estar bien por vos.

Me dicen: “Es lo que él quisiera”, y me miran como si hubieran dicho la fórmula mágica.

Como si con ese mandato divino, como si evocando la palabra de un muerto que ya no tiene manera alguna de ser verificada, yo tuviera que curarme de manera inmediata, o al menos dejar de perturbar a los demás con mi tristeza, guardarla más dentro. ¿Qué saben ellos de vos?

O mejor, ¿qué saben ellos de mí? ¿qué saben de nosotros? No saben nada. Lo dicen como si fuese simple. Si es simple, que lo hagan ellos por mí, porque yo no puedo.

Le suman al peso de tu ausencia y a la dificultad de vivir con este angustia encima, la obligación de “*tener que estar bien por vos*”. Me agregan esa carga en la espalda para que la soporte. Ahora no solo me siento mal por sentirme mal, sino también porque me dicen que si me siento mal te estoy lastimando.

Y a veces finjo estar mejor, porque les creo.

Pero hoy no puedo fingir.

A las tres de la madrugada se me cerró la garganta y no podía respirar. El pulso se me aceleró y sentí que me iba a morir. Tuve esa certeza. Nunca antes me había pasado algo así.

Primero me paré a encender la luz de la habitación mientras que Teo me observaba intrigado

desde mi cama.

Agarré mi celular desconectándolo de forma brusca del cargador, e intenté encontrar tu audio para ver si tu voz lograba calmarme. Pero no podía hacer nada de eso sin aire en mis pulmones.

Fui corriendo a la habitación de la tía para despertarla. Ella, todavía adormecida, intentó que volviera a respirar tranquila, y yo estaba desesperada, porque no podía, y porque me iba a morir.

No sé bien, ahora que pienso, por qué razón me desesperé, si una parte de mí proclama de forma constante qué es lo único que quiere.

Al minuto, supongo, aunque para mí pasó una hora, fue como si me hubieran desenterrado, como si hubiera sacado la cabeza del agua. Recuperé la respiración, mientras la tía me abrazaba con el terror todavía en su piel, y volví a ser una nena de cinco años en ese abrazo, porque creo que me hacía casi tanta falta como la respiración. Me quedé recostada en su pecho por un rato, y después me acompañó a mi cuarto, me cubrió con la sábana, y me preguntó si quería tomar algo. Me negué. Quería dormir.

No me preguntó qué me había pasado esa madrugada, pero sí a la mañana siguiente. Mi respuesta fue que no sabía.

No hacía falta decirle que había soñado que te veía por la calle, justo enfrente mío, y que cuando ibas a cruzar para saludarme, sonriente, para hacer las paces con un abrazo, te

atropellaba el auto con el que chocaste cuando falleciste: solo que esta vez vos no estabas manejando, sino caminando.

Y yo estaba ahí para verlo.

15/03/2018

Me desperté sintiéndome peor que nunca, y te fui a ver, asustada, con terror de que lo sientas una hipocresía. Es decir, seguís peleado conmigo, y vas a estarlo haga lo que haga yo desde acá, porque tu tiempo se detuvo en nuestra pelea. Hay ciertas cosas de esa mañana que ya no recuerdo. Otras todavía me lastiman. Existen frases que siguen dando vueltas en mi cabeza, y ya no puedo reconocerme en quién las pronunció. Apenas me senté junto a tu tumba, no me atreví a decir nada. Solo te leí:

“¿Quién te dijo que no voy a estar?”

De pronto tengo seis años otra vez. Estoy sentada en la mesa de la cocina, tomando chocolatada caliente en mi taza de Mickey. Es una lástima que se me haya caído unos años después. Es una lástima que se haya roto en fragmentos, porque ahora me recordaría a vos. Pero estoy ahí otra vez. Estamos en pleno julio y el frío es desgarrador. Tengo puesto mi pijama más abrigado, y la estufa está encendida. Puedo ver las llamas azules desde mi silla.

En la televisión están pasando Dragon Ball Z, pero aunque es uno de mis programas favoritos, no le estoy prestando tanta atención. Tengo la concentración puesta en vos, que estás en el

living terminando de armar la valija.

La tía está por llegar. Vos te estás por ir. ¿Por qué tenés que viajar por trabajo? ¿No podés hacerlo desde acá? ¿Por qué no me podés llevar? Si entro en la valija. Me gustaría conocer Uruguay. Aunque no sé cómo es. Me encantaría poder viajar en avión. Aunque me daría miedo. Debe ser lindo estar cerca de las nubes. Pienso que vos debés tener miedo también.

Entonces me acuerdo de algo importante, importantísimo, a decir verdad. Subo corriendo a mi habitación, abro todos los cajones, desordeno todo lo que hay porque no tengo mucho tiempo, y lo encuentro. Mi amuleto de la suerte. Un collar con una piedrita violeta que me regaló la abuela. Lo uso siempre que tengo miedo. Y

ahora tengo miedo por vos.

Bajo rápido porque me dijiste que cuando la manecilla grande del reloj llegara al número diez te ibas a ir. Y ya está cerca.

—Tomá, papá. Esto te va a proteger —te digo. Te reís con fuerza y me das un beso en la cabeza.

—Portate bien con la tía —. Me muerdo los labios. Me enoja que me dejes sola. Me enoja no poder ir yo también a un viaje por encima de las nubes.

—Pa, cuando estés de nuevo podemos ir a algún lado en avión —te sugiero, con una mala articulación de las palabras, y con esperanza. Entonces te reís otra vez, pero después te ponés serio, y me hacés una pregunta que me deja pensando.

—¿Quién te dijo que no voy a estar, Abril?

Ahora tengo veinte años, desayuno un café, me visto para ir a trabajar, salgo de casa de la tía, y miro las nubes. Debés estar por encima de ellas.

Pero eso no quita que no estés acá también”.

Terminé el texto ilusionada, pero de pronto toda esa ilusión se transformó en un profundo vacío. ¿Qué estaba queriendo lograr?, ¿si nadie me estaba escuchando?, ¿si vos no estabas ahí?, ¿si no estabas en ningún lado? Me levanté y me fui apurada, casi corriendo.

Busqué tu audio de manera desesperada, y lo reproduje una y otra vez, hasta el cansancio, pero ni siquiera tu voz lograba tranquilizarme. ¿Necesitás algo? ¿Necesitás algo?

Entonces respondí.

Nunca lo había hecho. Te respondí por escrito. Te contesté el mensaje. “¿No podés ver que sí?”. No se envió. Por supuesto.

Después escribí un hola. Lo mandé. Y otro hola. Y otro hola. Y otro. Cerré el whatsapp.

Lo volví a abrir. Te escribí: “Por favor”. Lo cerré.

La vista se me nubló por las lágrimas, las manos me temblaban, la cabeza me dolía, la respiración se me agitó, y no podía dejar de pensar que me estaba engañando. Que era la actriz de una obra que nadie, excepto yo, creía. Que lo único que hacía era fingir que no te habías muerto, o que me estabas leyendo, o escuchando, o vigilando, para no tener que admitir las cosas crudas, como son: algo de mí había muerto con vos.

Si tuviera que describir lo que sentí con exactitud, es justo lo que te pasa por dentro cuando se derriba el Jenga. Solo que yo era la torre, y cada pieza, cada mínimo resquicio de fe que creía guardar.

Me equivocaba.

16/03/2018

Las vías del subte, el bullicio de la gente, el día soleado que me parece gris, las lágrimas en mi rostro por estar tan desvinculada de mi cuerpo. Las dieciséis y treinta y cinco del viernes.

¿Está mal haberlo querido? De pronto me encontré con mis pies en la orilla, desconectada por completo de ese momento. A decir verdad no lo recuerdo, porque no estaba pensando en nada

ni en nadie.

Solo en el subte que se aproximaba.

Solo en mi dolor.

¿Se puede pensar en otra cosa cuando estás herido? No quería sufrir más. No quería llamar la atención, ni provocar lo que provoqué. Pero eso es lo que hacemos cuando estamos lastimados. Vamos por la vida llenos de espinas, y si alguien se acerca, el riesgo es todo suyo.

Me siento un terremoto de vez en cuando. Sé que arruino todo a mi paso, y no me doy cuenta, por nunca estar en donde estoy.

Desperté cuando un señor de unos setenta años me tomó del brazo fuerte, tan fuerte que me dejó una marca que todavía me duele. Pero me quiso salvar.

Supongo que lo hizo, si es que mi presente fuera mejor de lo que había del otro lado de las vías. Espero que sí. Se parecía a vos, un poco. Se veía como te hubieras visto a esa edad si la llegabas a vivir. Las canas casi en todo su cabello, los ojos celestes, lo alto y flaco que era.

Por ahí eras vos, camuflado. Me gusta pensar en que impediste que me tirara, y que entonces no estás tan enojado conmigo como yo supongo. Me hace bien verlo de esa manera ahora.

Apenas me agarró del brazo, desperté, como dije antes. Estaba tan dormida, que ahora lo recuerdo como si fuera irreal, como si hubiese ido sonámbula, o como si no hubiese sido yo y me lo hubieran contado. Pero fui yo, es hora de responsabilizarme de mis acciones. Y te pido perdón, papá. Sé que te rompí el corazón y nada duele más que eso. Pienso que es gracioso cómo a veces los humanos con nuestras acciones logramos justo lo contrario a lo que buscamos, o

herimos justo a quien más queríamos hacerle bien.

Es que nada es fácil porque fue todo tan repentino que me encuentro perdida. Y a veces, como hoy, hago cosas sin saber bien por qué.

Perdón, pa. Es probable que quisiera que sucediera lo que sucedió. Seguro buscaba que alguien me salvara de la muerte, pero ¿quién me salva de esta vida?

—Pará, ¿¿¿qué hacés???

Su voz me sacudió como una alarma, y quería apagarla para seguir dormida y no tener que presenciar ese momento, con lo vergonzosa que soy, porque todos los ojos de la estación se centraron en mí. Sus miradas me juzgaban. Algunas, me tenían lástima, lo cual es peor. Otras me aborrecían, seguro porque estuve a punto de lograr que llegaran tarde a sus trabajos.

La gran mayoría me observaba con asco, o con indiferencia. Ambas cosas, a veces, parecen lo mismo.

Una madre, con su cuerpo, cubría al hijo de cuatro o cinco años para impedir que me mirara, mientras me fruncía su ceño en un gesto de desaprobación y desprecio. Me sentí tan indefensa frente a tanta gente, que decidí focalizarme en quien tenía enfrente. Después de todo,

era el único que me miraba con tristeza, y podía sentir que en sus ojos celestes sí había humanidad. Hasta te vi a vos en ellos, por un ratito.

No sé cómo terminé en un Havanna con ese hombre. Ya te conté, la tarde de hoy me parece como de otra vida. Ahí estaba. Se quedó callado mientras yo me devoraba las dos medialunas que venían de acompañamiento como si no hubiera comido en siglos. Cuando las terminé me preguntó si quería más, ofreciéndome una de las suyas, y yo me negué, aunque por ahí sí quería. Lo que pasa es que tenía la firme convicción de que era capaz de vomitar si aceptaba.

—No quería interrumpirte, parecías hambrienta —no respondí nada—. Me llamo Héctor.

Me percaté de que no estaba sola.

—Yo Jazmín.

—Disculpame que me meta, Jazmín, pero podrías ser mi hija —. Supongo que mi rostro cambió cuando pronunció esa última oración. Se notó en el suyo—. Ya sé que me dijiste que no tenés familia...

—¿Yo te dije eso? —me extrañó.

—Sí, creo que no estabas pensando, fue en el subte. Parecías fuera de vos misma. ¿Tenés familia?, ¿alguien a quien pueda llamar ahora?

—Sí, tengo. De verdad. Vivo con mi tía. Ya estoy bien. No me quería sui... —la voz se me quebró y no pude terminar de decirlo.

—¿Estás segura de que estás bien? —insistió.

— Sí.

Me miró otra vez fijo, con los ojos apagados, llenos de melancolía. Ese celeste parecía un cielo, y me pregunté si lo era. Si era tu cielo.

—¿Te puedo dar mi teléfono? Si necesitás algo... no voy a cobrarte las consultas. Soy psiquiatra.

—No estoy loca —lo solté de manera brusca. Me había ofendido con su propuesta, y de todos modos no lo conocía.

Pero lo que más me había herido era esa frase que pronunció: “*Necesitás algo*”. Me recordaba a una sola cosa. A tu audio. No, papá. No necesito ir a terapia.

—Eso es una falacia que se le ocurrió a alguien que jamás se preocupó por su salud mental —dijo, negando con la cabeza mientras tosía. Acababa de decir lo que él más odiaba que se dijera sobre su profesión—. Ir al psicólogo, al psiquiatra inclusive, es para gente sana, para gente que quiere vivir mejor. Mirá, te voy a decir una cosa, yo ya no trabajo porque estoy jubilado. Pero nos podemos ayudar mutuamente. Extraño mucho —se detuvo para tomar el vaso de soda que le habían dado de acompañamiento. Seguía atragantado— ...la psiquiatría.

Yo no buscaba ayuda, lo que pasa es que esos ojos me daban tanta esperanza. Estabas vos ahí, papá. En ese extraño.

—Lo voy a pensar —. No lo iba a pensar—. Me tengo que ir —. No tenía que irme.

Quería irme.

—¿Me avisás cuando llegás a tu casa? No voy a responderte, mi intención no es molestarte. Nada más saber que llegás bien. Y... —hizo una pausa que pareció eterna mientras sacaba una tarjeta con su nombre y su número de celular que tenía guardada en la billetera, y me la ofrecía—. Pensalo. La propuesta no va a caducar.

—Gracias —atiné a pagar y no me dejó. Así que después de insistir un par de veces me fui. Me gustaba el espacio que me daba, aunque yo no tenía nada que meditar. Le mandé un mensaje para avisarle que ya había llegado.

Le iba a aclarar que no me quería matar, como si tratar de tirarse a las vías del subte pudiera significar algo más, pero entendí que fue un sabio quién dijo por primera vez: “*No aclares que oscurece*”.

En cambio, le escribí que sus hijos deberían estar muy contentos de tenerlo. Después de mandarlo me di cuenta que no sabía si tenía hijos. Decidí que no iba a corregirme, así que lo dejé así. Apoyé mi cartera arriba de la mesa, y miré la hora en la pantalla de mi celular. Eran recién las seis y media de la tarde de un feriado. La tía Marcela había ido a trabajar igual, así que todavía no había llegado. Me bañé, tenía que hacerlo para esclarecer mi mente. Le di de comer y le serví agua a Teo, mientras ronroneaba en señal de agradecimiento. Me preparé un fernet,

agarré una hoja del escritorio del comedor, y me senté a escribir:

“Si estás leyendo esto, perdón.

Hice lo que pude.

Cuidá a Teo por mí. No come ningún alimento que no sea light. No me vas a creer porque siempre decís que está hecho una bola, pero eso es porque cuando te quedás dormida le doy latas de atún de postre.

Dale latas de atún de postre.

Cambiale el agua a mi bambú una vez por semana y no permitas que le dé el sol de frente. Cuidá mis cuadernos. Guardan todos los escritos de toda mi vida.

Decile a los abuelos que perdón. Si algo me mantuvo viva es no querer someter a nadie a más dolor, pero ya no puedo pensar en nada, excepto en que duele. Y en que necesito que deje de doler.

No fue tu culpa. No te la echas. La culpa nos arruina para siempre.

De verdad hice lo que pude”.

Hice el papel un bollo, lo tiré en el tacho de basura, y me acosté a dormir.

Al menos en ese momento, no me importó tener pesadillas. El día entero había sido una.

Me desperté a las ocho de la noche. La tía estaba tomando mates con la abuela. Vos sabés lo que las adoro. Cuando mamá falleció yo tenía unos siete años. En ese entonces no lo sufrí como debería, cubrí en vos esa ausencia. Podía verte destruido, aunque fingías ante mi presencia, y en cuanto a mí, era muy chica para comprender lo que sucedía.

Los primeros meses me quedé en la casa de los abuelos porque vos necesitabas ese tiempo, y después volví con vos. Desde ese momento éramos dos, y para disminuir tu pena, que era inmensa, jugaba a hacerme la fuerte, a fingir estar bien.

La realidad era que no lo estaba, y me daba un poco de celos ver que todos mis amigos tenían a su mamá.

Cuando las vi las saludé con un abrazo. No soy una persona muy demostrativa, y estos meses fui peor de lo que ya soy por naturaleza. Me convertí en un ser apático, por lo que ambas se quedaron contentas, como si no pudieran creer lo que acababa de pasar. Como si acabaran de ver al menos un diez por ciento de la Jazmín Abril Éramo que alguna vez fui. La sorpresa que tenían de pronto se convirtió en preocupación, ¿qué me había pasado?

Pero yo estaba tranquila. Sabía que no sospechaban que me había intentado suicidar.

Jamás pensarían que yo podría hacer eso, aunque lo cierto es que el dolor nos transforma, porque cuando se sufre no se piensa en nadie.

Ni siquiera en uno mismo.

Por las dudas intenté actuar natural. Me senté en la silla, y llamé a Teo para que viniera a recostarse en mis piernas. Pero él se ve que, muy inteligente, como buen gato, decidió que no participaría de lo que vendría y me ignoró.

—¿Qué hiciste hoy? Me dijiste que ibas a natación con Camila. Camila me escribió por whatsapp que no estabas con ella y que hace meses no vas al club. Jazmín, no podemos seguir con los secretos. Estás siendo mala con nosotros.

Mala. De repente y casi sin prestar atención al cuestionamiento de la tía Marcela, me surgió una duda que no supe cómo responderme. ¿Cómo el hombre que me había rescatado, dejó que me fuera, sin insistir en llamar a alguien que pudiera cuidarme?

Sé que intentó hacerlo, pero no tanto. ¿Le interesaba entonces yo, o solo quedar bien con su propia consciencia? Me llené de ira por dentro, un enojo incomprensible. A esa persona no le importaba en lo absoluto. Sino jamás me hubiese dejado ir así como así. Menos a una hora de intentar tirarme a las vías de un subte.

No sé por qué me afectaba tanto que la persona que me rescató no siguiera haciéndolo si al fin y al cabo no me conocía. Me levanté y me fui corriendo a mi habitación sin pronunciar palabra alguna.

Apenas cerré la puerta grité y grité y grité mientras la tía suplicaba que le abriera. Para cuando me cansé me quedé dormida, y soñé con Héctor, aunque en realidad no lo veía. Sin embargo sabía que era a él a quién esperaba ver.

Golpeaba y golpeaba la puerta de su despacho. Él no me abría. Creo que el ruido de mis puños, en la pesadilla, era el ruido de los de la tía que no se cansaba de intentar que le abriera en la vida real, aunque estaba cerrado con llave. Todavía puedo recordar los sentimientos que me provocó la pesadilla. Mi desesperación, mi angustia, y mi obsesión ante su indiferencia.

Para cuando se abría la puerta Héctor no era Héctor.

Eras vos, papá, y la volvías a cerrar en mi cara. La indiferencia de él era la tuya. Se te veía enojado, decepcionado. Justo como te veías la mañana del cinco de diciembre. Me desperté llena de ira, ya no con él, sino con vos.

¿Por qué no me ayudás? ¿No podés ver que me estoy muriendo? ¿Por qué hiciste que siguiera viva si no estoy bien acá?

¿Por qué me tuviste que dejar así de sola?

Busqué tu audio. Lo escuché. “Che, Abril, ¿necesitás algo?”.

Sí.

Te necesito.

17/03/2018

Abrí la puerta de la habitación. La tía y la abuela estaban tomando mate en la mesa del living. Por un instante todo me pareció un déjà vu del día anterior, y comencé a pensar que, quizás, no me había dormido mucho tiempo. Después miré el reloj que cuelga de la pared, arriba del sillón. Eran las nueve y media de la mañana.

Me senté al lado de la abuela intentando hacer de cuenta que nada había pasado, y por un rato que pareció interminable ninguna se atrevió a hablar, hasta que me disculpé. Perdón.

Por ser una molestia en el duelo de los demás. Perdón por traer problemas y ninguna solución.

Por ser egoísta con el resto de la gente. Por no darme cuenta de que todos estamos sufriendo. O perdón.

—Perdón. Por lo de ayer.

No hizo falta una palabra más, la abuela me abrazó y se puso a llorar. Le fui recíproca al abrazo, aunque no sabía por qué razón estaba llorando. Sabía que no había sido lindo lo sucedido, que estaban preocupadas, pero me parecía que había algún motivo más. Alguno más grande.

—Jazmín, a la mañana vino Héctor.

Capítulo II: Siete

—¿Quién?

Escuchar ese nombre de la boca de mi tía hizo que me bajara la presión, como si colapsaran dos realidades: la Jazmín que soy cuando nadie está viendo, y la que le muestro a la gente que me quiere. Ninguna de las dos está bien. Solo que la primera les generaría una cuota de preocupación que no quiero provocarles.

—Héctor, Jazmincita.

La voz que solía amar sonó como si fuera la del mismísimo demonio, y aunque no había un espejo cerca, podría jurar que yo estaba más blanca que el mantel, intentando descifrar por qué el hombre que había parecido estar de mi lado, me había traicionado tanto.

Pero... ¿no era lo que yo quería? ¿No es la razón por la cual había provocado un desastre la noche anterior? Estaba buscando que alguien me demostrara que mi presencia no da lo mismo.

—Vino porque te buscó en la guía, o en el “interné”, qué sé yo cómo funciona ahora todo. Puso tu nombre y le salieron varios datos. Lo primero fue lo de papi, ¿sabés? Porque bueno, fue noticia. Ahí no entendí bien lo que hizo para encontrar nuestra dirección. Nos dijo que no podía quedarse tranquilo si no nos venía a...

—Nos contó todo, Jaz. Por eso te toqué la puerta toda la noche. Teníamos el corazón en la garganta, con terror de que... de que hubieras hecho algo —completó la oración la tía,

impaciente. Aunque seguía acariciando a Teo que estaba en su regazo. Gato traidor. Se había pasado de bando.

Pensé, para mis adentros que hasta a él lo había defraudado.

—No tía, no. Por Dios —me puse nerviosa y me levanté de la silla tan rápido que se cayó al suelo—. Tía, abuela, fue un error. No quiero suic... De verdad. Quiero a mi papá. Quiero a papá.

Las dos se acercaron a consolarme, y les pedí perdón, no una, sino un millón de veces, mientras insultaba a Héctor para mis adentros. Pero ahora, que pasaron unas horas, se lo agradezco.

Fue en ese momento que comprendí lo que ya sé, aunque a veces lo olvido: esas dos mujeres me aman con locura, yo las amo a ellas, y están acá. No puedo darlas por sentado. No puedo creer que necesité que un hombre desconocido me ayude, por terror de decirles a ellas que necesito ayuda.

Para las horas que siguieron intenté comprender cómo era que ese señor sabía mi nombre completo, hasta que recordé que el mensaje se lo mandé por whatsapp, y que mi notificación le llegaba con nombre y apellido.

Mantuvimos una charla las tres, sincera. Les conté todo lo que te relaté en estas páginas, o casi todo. Que me siento perdida. Les expresé mi preocupación por jamás poder recomponerme.

No hice hincapié en el terrorífico hecho de saberme responsable de lo sucedido. A decir verdad jamás me atreví a confesarle a nadie que existió una discusión. Sería como entregar el arma. Como presentarme a confesar el crimen para que alguien iniciara un proceso en mi contra cuando, hasta ese momento, nadie me veía como sospechosa.

También hablamos sobre lo mucho que te extrañamos. Todos los que te querían lo hacen, no solo nosotras.

En ese momento pasó algo que hasta ese entonces jamás había ocurrido. Nos acordamos del chiste que contabas todo el tiempo. Ese de la mujer que mete el pollo a cocinar en el horno y comienza a escuchar ruidos, así que va a la puerta de su casa, pero no hay nadie. Los ruidos venían del horno, y cuando lo abre con terror el pollo le dice: “o me devuelve las plumas o me enciende el fuego, que me estoy muriendo de frío”. Era malísimo, y lo escuché una incontable cantidad de veces.

Tu mayor gracia era repetir un chiste pésimo hasta que causara risa callarte. Era algo interno, para las navidades, los cumpleaños, y los asados de domingo. Cada vez que empezabas a decirlo nos estallábamos de risa mientras te pedíamos por favor que pararas.

Al recordar eso, nos reímos, y hablamos de lo malo que era el chiste del pollo, pero que vos hacías que las peores cosas fueran brillantes. También hablamos sobre lo emocionante que es saber que donaste tus órganos, y que ahora existen partes tuyas que viven en alguien más.

No sabés lo lindo que fue haber pensado en una de todas las cosas lindas de haber sido tu hija, aunque pronto se convirtió en una profunda tristeza, porque ya no había forma alguna de crear

nuevas anécdotas. Los recuerdos son los que están.

—Quiere que vayas a terapia con él. Le insistimos una y mil veces que si vos querías nosotras no teníamos problema en pagártela. Se negó de todas las formas posibles.

—No quiero ir al psiquiatra, tía.

—Está bien, no puedo obligarte porque sos grande... Solo quiero que sepas, si algún día querés hacerlo, que me dejaría tranquila saber que estás hablando de lo que te pasa con alguien más objetivo. Aparte, ese hombre es un ángel.

—Y un buchón.

—No seas así, che. Le debo todo lo que tengo.

—No me iba a tirar, tía —. Este era un punto que no podía discutir, porque no estaba cien por ciento segura de estar diciendo la verdad. Ni siquiera sé qué habría hecho si nadie me hubiera sostenido. Sí le debía a Héctor otro agradecimiento después de todo. Había habilitado charlas que eran necesarias, y además al fin y al cabo, yo sí le importaba.

Ahora él ya sabía mi realidad, así que no tenía que decírselo yo, y aunque era un poco invasivo a mi privacidad el haber buscado mi nombre en Google, yo hubiera hecho lo mismo para ayudar a alguien. Vos también, pa. Me gusta pensar que en eso vos y él se parecen. Creo que te hubiera caído bien. O te cae bien, claro. O quizás él es vos, camuflado, como pensé desde que lo conocí. Si es así me hubiera gustado conocerlo en una situación menos humillante.

Pero existen cosas que nos están predestinadas.

18/03/2018

Voy a chacarita y me siento enfrente tuyo. No puedo hablar. No puedo leer. No sé qué decirte. No sé cómo explicarte lo que pasó. Tampoco cómo justificarme. Solo me siento a pensar.

De repente me invade un recuerdo: estás haciendo el asado en la parrilla del jardín de nuestra casa. Los abuelos, los tíos y yo, ya sentados, esperándote.

Entonces, antes de venir a sentarte, nos gritás: “¿Falta algo?”, refiriéndote a la mesa, y yo, como de costumbre, te respondo: “Sí, faltás vos”.

Sí.

Faltás vos.

19/03/2018

Mis trabajos son una tortura, algo así como lo peor de dos mundos. En la mercería tengo que soportar a todas las señoras de más de ochenta años que todavía siguen comprando lana, botones, agujas o hilo, o que pasan a saludar a la abuela María, porque todo Paternal la conoce.

La mercería es antigua, debe ya tener unos treinta años, así que la mayoría de los que entran me conocen de chiquita. Igual que a vos.

—Mi vida, cada vez más grande. Igualita a tu papá. Una lástima lo que pasó, un muchacho tan joven...

Escucho. Observo. Una mujer de unos noventa años si soy generosa. El pelo casi blanco, las arrugas en su rostro y en sus manos. El paso del tiempo haciéndose notar. Dejando marcas de su presencia para que no se nos olvide que el reloj sigue girando.

Reveleo los ojos para demostrar mi incomodidad, y no respondo. Espero que retomen la conversación cambiando de tema, como suelen hacer. No sé qué pretenden que conteste.

Nunca. Hablan de la muerte, en general, con una naturalidad que asusta, y de la tuya, en particular, con una indiferencia que lastima. Lo hacen como si estuvieran mencionando algo al pasar, porque de hecho para ellos lo están haciendo. Ya pasaron cuatro meses, y en cuatro meses el resto de la gente olvida.

Eso es algo que me llamó mucho la atención en cada momento difícil de mi existencia.

La facilidad con la que el resto olvida. No los estoy culpando con esto, solo digo que me asombra. Lo diferente que pasa el tiempo para quien sufre, y para quien es espectador.

El que sufre se estanca y volver a estar bien, en las oportunidades en las que eso es posible, es un proceso que se percibe eterno. El que observa se distrae, y tal vez le contaste ayer que tenías un dolor que te atravesaba el pecho, pero hoy te trata como si, por supuesto, ya lo hubieras superado, o peor todavía: como si no le hubieras confiado nada.

Hace un tiempo leí, en un libro de Stephen King, que no hay nada peor que el secreto confesado que sigue siendo secreto, no por falta de un narrador, sino por falta de un oyente comprensivo.

Como si no fuera difícil escupir algunas verdades. Como si no requiriera un esfuerzo sobrehumano hablar de algunos dolores, materializar y decir en voz alta que nos tocaron de cerca ciertas tragedias, como para que pasen desapercibidas y continúen internas, habiéndose vuelto todavía más inconfesables.

Entonces paso mis tardes rodeada de personas mayores, que hablan de las cosas que habla la gente mayor. Que mencionan cada tanto, al pasar, que se murió Pedro, o Juana, u Oscar.

Esto no es una queja. Seguro uno en la brecha final de su vida deje de temerle a la muerte.

Pero yo no quiero estar rodeada de muerte. No ahora. Y yo no quiero que ellas te mencionen al pasar. Porque tu muerte no pasó. Tu muerte hizo de cada espacio minúsculo de la vida cotidiana un lugar más en donde ya no estás.

Ahora el mate no es el mate, es el que ya no vamos a tomar, el rato que ya no vamos a compartir, la charla que el mate amerita que ya no va a existir, y el Cinemark Hoyts no es el Cinemark Hoyts, sino el cine al que ya no vamos a ir nunca más. Al que ya no va a poder volver la que fui,

porque la que fui podía ir con vos.

Ferro no es un equipo de fútbol, y no es el club donde practicaba natación. Es el escudo que tenías tatuado en la espalda, el llavero de la casa que compartíamos, es la hinchada que perdió al mejor hincha.

Y te sufro en los detalles en los que estabas, pero ya no. Y que eran normales, rutinarios, poco especiales, y pasaban casi desapercibidos.

Pero ya no.

20/03/2018

Hoy me llegó un regalo a casa de la tía. Lo trajo un chico que creo que era un empleado, o quien fuera que le hace las diligencias a Héctor. Eran flores, y entre medio de todas ellas, un sobre que decía: “Esto también pasará”.

Me gustaría decirte que es una coincidencia, pero no lo es. Es la frase que tengo tatuada en mi antebrazo, y el miércoles pasado usé una musculosa. Seguro lo vio cada vez que levanté el brazo para tomar el café, y se rio de que estuviese en el cuerpo de una potencial suicida.

Es gracioso que alguna vez haya pensado que sería buena idea tatuármelo porque ahora no me parece nada, excepto una autoayuda barata que no cumple su función, porque no ayuda.

Hay cosas que no pasan, como la muerte. Se queda estancada en el cuerpo, en el corazón y en la garganta. En todos los proyectos que quedaron inconclusos.

¿La muerte no es eso? Lo que iba a ser, pero ya no es.

Me gustó su gesto, aunque hace tiempo que, como vos, yo también detesto las flores.

Las siento un desperdicio de dinero porque duran poco, y después no queda ningún recuerdo del regalo, salvo la memoria de que existió. Sé que quizás las memorias sí sean importantes, hasta tal vez más que lo material, porque, pa, yo veo las cosas que me regalaste y no me producen casi nada salvo melancolía.

Diferente es cuando pienso en esos momentos, cuando los dibujo en mi mente como si los estuviera pintando en un cuadro, cuando les pongo color otra vez cual si fueran una película.

Es como si los reviviera, volviendo a sentir justo lo que sentí cuando sucedieron. Tal vez el recuerdo sea importante. Más que sus sobras físicas e inertes.

Pero... las flores. ¿Cuál es su función como regalo? Cuando las miro, no veo su belleza, sino su temporalidad. Sé que pronto va a suceder la gran tragedia, y ese pensamiento me aleja de disfrutarlas. No las admiro por lo lindas. Las desprecio por lo frágiles.

Al ser arrancadas, en un principio, siguen siendo iguales. Como un cuerpo que ya no respira. Como un velorio a cajón abierto. Mantienen su color vivaz, inclusive los insectos siguen

caminando sobre sus pétalos. Todo es igual a lo que era, excepto que nada lo es: ya no hay vida.

Para cuando te descuidás, se comienzan a pudrir, a marchitar. Entonces jugás una carrera contra el tiempo. Las ponés en agua. Pero ya las arrancaste. Sabés, aunque te quieras engañar, que el reloj de arena está vaciándose, señal de que se acaba el tiempo, aunque postergues lo inevitable. Ya están muertas. Se ennegrecen, secan, debilitan. E igual se dan como regalo.

¿Por qué un cadáver en putrefacción es un regalo? ¿por qué razón guardarlo para presenciar cómo se va descomponiendo, no es para todo el planeta un absurdo irrisorio?

Las flores arrancadas deberían ser puestas en sarcófagos, y después ser enterradas. Así se recordaría solo lo que alguna vez fue. Así no se vería como la muerte va inundando e invadiendo cada minúsculo espacio de la superficie donde alguna vez hubo vida.

Pero ya no la hay.

Guardé el sobre en un cajón. Decidí que no quiero saber qué dice la carta.

22/03/2018

Todavía me acuerdo del día en el que empecé con natación. Tenía cinco años, me llevó mamá, porque ella creía que era esencial que le perdiera el miedo al agua. Desde entonces jamás dejé hasta hace cuatro meses. No era un hobby, sino una responsabilidad. Vos me llevaste a cada competencia, gané la mayoría, y nunca me imaginé sin nadar, porque cuando lo hago me siento yo misma. Sé que soy buena, y todos disfrutamos de hacer lo que nos hace bien.

Desde que te perdí dejé de nadar. Ir al club, ese al que ibas a ver partidos, y en el que jugabas con tus amigos al fútbol de vez en cuando, me parecía inconcebible.

Hoy volví. Mis compañeras me recibieron de una linda forma, pero no de la manera que esperaba. Me sentía casi invisible, como si con esta tristeza encima la gente, de a poco, se comenzara a olvidar de mí. Hasta que Camila, una de mis únicas amigas de verdad, saltó de alegría al verme.

Fui a las diez de la mañana. No fui a las ocho y media, en horario de clase, porque mi idea era estar sola. Pero varias de las chicas estaban en el vestuario bañándose. Me puse la malla, las ojotas, la gorra, y dejé que las antiparras colgaran de mi cuello.

—¡Estás re flaca!

Me doy vuelta. Había hablado una conocida del club. Me muerdo los labios. Lo dijo con una connotación positiva. De la única forma en la que estamos acostumbradas a escuchar esa frase. Bajar de peso siempre se asocia a algo favorable. Siempre es motivo de celebración.

Siempre es admirable.

Seguro no sabía nada sobre vos. O quizás sí. Quizás sí, y sabiendo, le parecía que hay más alegría en bajar de peso que el dolor que hay en un duelo. Deseché ese pensamiento

concediéndole el beneficio de la duda. Recordé una frase: “Soy inocente de lo que he absorbido”.

Me hubiera gustado decirle que no estaba flaca. Que estaba triste. Que llevo meses casi sin comer. Que perdí kilos que no me sobraban, aunque nos hayan hecho creer que sí. No le dije nada. No era culpa suya. El trasfondo del problema era mucho más enorme que ella, y que yo, y que todas las que estábamos ahí.

La ignoré, agarré el toallón y me dirigí hacia la pileta. Si hubiera sabido lo que iba a pasar me hubiera quedado en la cama. Pero no existía forma.

Casi nunca hay forma de saber nada.

Había gente dentro, pero muy poca. Los chicos de la colonia no estaban, por suerte, porque detesto a los nenes y detesto el ruido que hacen. Cuando entré al agua me sentí bien, tranquila, y me convencí a mí misma de que podía hacerlo. Me dispuse a nadar hasta el final, como hice toda mi vida, y fue cuando sucedió. El aire no me alcanzaba.

Traté de seguir de la forma en la que fuera. Me percibí agitada, como si no tuviese la

energía necesaria o fuese una principiante. Frente a mi desesperación por haber perdido mi capacidad inhalé agua. Me ahogué. Empecé a toser de manera frenética mientras movía los pies rápida y desprolijamente para mantenerme flotando. Ya había llegado a la parte profunda, y supe que las pocas personas que había me estaban mirando, porque el único sonido que se escuchaba en todo el lugar era el de mi tos.

Me arrepentí de haber deseado que no estuvieran los nenes de la colonia. Me habrían hecho pasar más desapercibida. Quizás hasta me ahogaba y nadie se daba cuenta, y por lo menos podía dejar de sufrir.

Vinieron a rescatarme. Le intenté dar a entender al guardavidas, como pude, que tenía todo bajo control. No lo tenía. Con la poca fuerza que me quedaba fui haciendo un crol desastroso hasta el final de la pileta. Apenas toqué el borde con las manos, me aferré a él, todavía atemorizada, y me quedé pensando en alguna estrategia efectiva para volver hasta la parte baja sin ahogarme otra vez. Decidí que no volvería.

Salí por la escalera que estaba a mi costado, me fui a vestir sin siquiera bañarme para sacarme el olor a cloro del cuerpo, y empecé a caminar hacia la salida con los ojos rojos y el pelo empapado. Solo me quería ir.

Antes de salir del club sucedió justo lo que no quería que sucediera. Me crucé con Christian. Él juega desde chico al basquet, yo acababa de intentar volver a nadar. Corrió hacia mí, transpirado, deteniendo el entrenamiento.

—¿Podemos hablar? —gritó, con la voz agitada. Me encogí de hombros y crucé los brazos. En ese momento recordé que unas semanas atrás fue a preguntar por mí a la mercería, y que por suerte yo no estaba.

Esa tarde, la abuela, ajena a la historia que tuvimos, me preguntó qué había pasado entre

nosotros.

—Jaz, yo no quiero meterme, pero siento que estás muy encerrada en vos misma. No te veo salir con amigas, ni con Chris... —se sentó al lado mío, detrás del mostrador, mientras cebaba un mate que daba la impresión de estar hirviendo.

Una mujer grande, que acababa de perder a un hijo, todavía tenía tiempo para preocuparse por el deplorable estado de su nieta. La admiré en silencio.

—Abuela, estoy bien —me sentí una farsa pronunciando esa frase como si fuera real.

No estoy bien. Solo estoy. Recordé tu audio. “Che, Abril, ¿necesitás algo?”.

Sí.

—Vino hoy a preguntar cómo estabas...

—¿Qué? —pronuncié. El rostro se me transformó. Me invadió un odio que desconocía que podía sentir.

—Pensé que estaban juntos. ¿Qué pasó? —. Había ido. Había sido tan caradura de ir.

Su impunidad me asqueaba. La abuela se acomodó los anteojos aguardando una respuesta.

Decidí no preocuparla.

—Nada, abuela... Cortamos —. Me dejó seis días después de tu muerte. De forma repentina, abrupta, inesperada, y por whatsapp. Me dejó porque “estaba confundido”, porque

“no sabía lo que sentía”, y porque “no sos vos... soy yo”. Cuando más lo necesitaba. Seis días. Ni siquiera esperó a que pasara una semana.

Me volvió a hablar dos veces después. En ninguna recibí una disculpa. Solo excusas.

Frases armadas. Y crueldad. Como si no le hubiera bastado dejarme en mi peor momento, después necesitó revolver la basura, para asegurarse de que siguiera doliendo.

No hacía falta contarle eso a la abuela. Ya tenía problemas con los que lidiar.

—Y además... a papá no le gustaba —. Había ganado. Para mí con esa última frase no había más nada que explicar.

Entró una señora a comprar hilo y la conversación, por fortuna, terminó.

Estuve tan ciega durante años, que no puedo creer haber necesitado que cruzara límites que nadie se atrevería a cruzar, para por fin poder ver lo que todos los demás veían. Antes, no escuchaba a nadie. Ni siquiera a vos, que lo detestabas. Y te pido perdón por eso. Ahora lo veo con una claridad hiriente.

Por todas esas razones, cuando Christian se acercó, le murmuré que me dejara en paz, y me dirigí a paso rápido hacia la puerta del club. Te lo prometí.

Una vez fuera me pareció una ironía lastimosa que la última vez que pronuncié la frase

“Dejame en paz”, el cinco de diciembre a la mañana, había ido dirigida hacia vos.

No me refería a esto, papá.

23/03/2018

Dormí toda la tarde para olvidarme de lo frustrada que me sentí ayer por la mañana, y del miedo que me genera pensar que, quizás, jamás voy a poder volver a nadar. Me levanté a las cinco y me fui al salón de fiestas. Esa noche había un casamiento. No hay nada que deteste más que cuando tocan casamientos.

Lo peor de dos mundos, segunda parte. Para mí, la más tediosa. Los vestidos de fiesta, los trajes elegantes, la alegría de todas las personas a flor de piel, los perfumes importados, las sonrisas forzadas. Nadie desenchaja. Todos están estúpidamente contentos.

Los novios se casan. El resto festeja. Son partícipes de una gran farsa. La quinceañera cumple años. El resto festeja. Creyendo que hay algo que celebrar en estar un año más cerca de la muerte. La música a todo volumen, la animación que en cada evento dice lo mismo cambiando los nombres, los videoclips que jamás en la vida le interesaron a nadie, llenos de

fotos viejas, destinados a no volver a verse más. Dinero gastado en fingir que la vida es eso.

Y yo ahí, en el medio, pasando desapercibida porque no soy parte de la celebración, del show, ni de la farsa, sino del detrás de escena. Sirviendo platos de comida, cambiando copas de vino o de champagne por otras limpias.

—¡Cambiá la cara! Estamos en una fiesta. A ver, una sonrisa. ¿No te pagan por estar acá? —me grita un hombre de unos cincuenta años desde una mesa. Me mira, borracho, riendo como un cerdo, escupiendo mientras habla. Nadie se entromete a decirle que pare. Nunca nadie se entromete cuando hay que hacerlo. Me siento humillada. En el centro de una fiesta que no es mía.

Todos a mi alrededor se ríen, y a mí me invade una ira que no creí tener dentro. ¿Se están riendo de mí?, ¿se están burlando? Se murió mi papá. Me llamo Jazmín. No moza. No empleada. Y se murió mi papá. Hace cuatro meses. Accidente de tránsito. La vida me cambió.

Porque mi papá está muerto. ¿Qué están festejando?, ¿cómo pueden hacerlo con tanta impunidad?

¿No puede detenerse el tiempo después de ciertas tragedias?

Entendí la crueldad que se esconde detrás de la frase: “el show debe continuar”.

Comprendí que esa crueldad es la vida. El show siempre debe continuar, aunque para hacerlo te aplaste.

Sabés, siempre logro evitarlo, pero hoy no. Hoy no pude eludir sentir que todas esas personas estaban observando mi dolor. Podían verlo, como si fuera un objeto. Podían tocarlo, notarlo, y sentirlo. Y bailaban encima de él. Se divertían encima de él.

Aplastándome a mí con cada paso.

Me doy vuelta para irme a la cocina, porque siento que sí. Que esta vez voy a ser capaz de llorar. Pero no puedo llegar a tiempo. Me tropiezo con una silla por los nervios, trastabillo, y no me caigo, pero sí se me resbala de las manos la bandeja con cinco copas vacías, que se destruyen en fragmentos de vidrio por todo el suelo.

Las risas de la mesa del tipo que comenzó esa catástrofe se vuelven carcajadas. Altas, violentas, demoníacas.

Todavía escucho su eco en el silencio de mi habitación.

24/03/2018

Ahora vivo alerta, con miedo de quedarme dormida y volver a soñarte. Es injusto. No había nada que me hiciera mejor que dormir para no pensar, ni nada que me mantuviera más esperanzada que el hecho de poder verte, aunque fuera solo en un sueño. Ahora tengo terror de cerrar los ojos porque lo que vi la última vez me aniquiló. ¿Por qué tenía que tener una pesadilla así de devastadora?

Lo peor es que la percibí tan real que me da pánico que a medida que pasen los años no recuerde si lo imaginé o lo viví. Te vi morir enfrente de mis ojos, papá. Vi como esa lacra arrasaba con tu vida, por haber estado en esa calle en el mismo momento que vos, o por haber salido de su casa a la hora exacta en la que tenía que hacerlo para coincidir en esa avenida con vos, o por haber sacado la licencia de manejo.

Y podría seguir yendo hacia atrás. Podría pensar en que si tan solo un mínimo detalle sucedía de otra forma, vos estarías vivo. Si te agachabas en el garage a atarte los cordones tres segundos antes de entrar al auto, tal vez, quizás, seguramente...

Leonardo Rodríguez. El hombre que me arruinó la vida. Treinta y ocho años, una hija de cuatro o cinco, soltero, imbécil, irresponsable. De apariencia dejada, alto, pelo castaño, facciones grotescas. Desde que te perdí me obsesioné con él. Necesitaba encontrar a quién acusar, para así poder exculparme.

Lo averigüé todo sobre su vida. Terminó la secundaria a los veintinueve años y trabaja en la administración pública desde entonces. Su instagram está repleto de fotos en la bombonera porque es hiper fanático de Boca, fotos de picadas o de cervezas, y fotos con los amigos los viernes y sábados por la noche. La mayoría de videos son de su hija, aunque no vive con él, sino con la madre. Lo sé todo sobre él.

Y odio cada mínimo detalle.

Pero, ¿qué estoy haciendo? Se vuelve retorcido seguir insultando a alguien que está internado, a punto de morir también. Entonces la culpa recae en mí, y el remordimiento me consume por dentro. ¿Y si no discutíamos? ¿Si la mañana era tranquila? ¿Si salías de casa en horario? ¿Y si lo pensaba mil veces antes de mandarte ese mensaje mientras esperaba el subte?

Nunca te habrías cruzado con ese tipo. Todavía estarías acá.

¿Y si ese mensaje retrasó tu salida? ¿O te desconcentró mientras manejabas?

Existe algo peor que saber que voy a estar peleada con vos para siempre, y es saber que voy a estar peleada durante toda mi existencia conmigo.

Entonces pienso, con un poco de culpa, que todo sería más simple si en el subte no hubiera habido ningún brazo para sostenerme.

25/03/2018

En el cementerio te leí mi tercer escrito. No quise hablar de mi pesadilla, porque intento, aunque no parezca, demostrarte que soy fuerte. Solo hablé de mis ganas de teletransportarme al menos un segundo a cualquier lugar en donde vos estés, y en donde nada duela.

“Si tuviera tan solo un día.

Si tuviera tan solo un día, a mi corazón le bastaría. Pero ese día es imposible, aunque resignaría lo que fuera por tenerlo. Te abrazaría más fuerte, dejaría de crear

una pared ficticia entre nuestros cuerpos por miedo a acercarme, y te diría que te quiero, aunque sospeche que ya lo sabés, aunque sepa que estoy sonando repetitiva, o me de cierta timidez demostrarlo.

Dejaría de usar el celular porque vos estás enfrente y el resto en ese instante sobra, y te regalaría tu chocolate preferido, porque los detalles importan.

Me reiría de tus chistes más fuerte que antes, sin importar quién se diera vuelta a mirarnos, y dejaría mis preocupaciones de lado para disfrutarte, porque ahora sé que todo lo demás puede esperar. Ahora sé bien que hay una sola cosa en la vida que es irremediable.

Te miraría fijo prestando atención, intentaría que no se me pase por alto ninguno de tus gestos para después poder recordarte mejor, y que así los días que le siguen a nuestro encuentro no se sientan tan fríos. Tomaría fotos en mi mente, y seguro pensaría en lo mucho que me hubiera gustado ser artista para poder dibujarte al día siguiente, eternizándote como mis ojos –o mi corazón– te captaron por última vez.

Un rato bastaría, un par de horas, quizás hasta minutos, o ese abrazo y nada más, aunque sea en blanco y negro, o aunque sea sin sonido. Yo creo que me conformaría inclusive si sucediera en la oscuridad, ahí donde no pueda observar de manera nítida tu rostro, o si después tengo que

volver a la realidad. Yo creo que si no pueden ser minutos, unos segundos son más que suficiente, más de lo que sé que puedo tener, más de lo que espero.

Ya no importa que un día entero sea un absurdo inconcebible. Dame un instante a cambio de todo, y ahí voy a estar: preparada para exprimir ese último momento que es una deuda eterna que tengo con tu recuerdo. Porque a veces vivir con este vacío se vuelve un poco difícil, y resulta agotador tratar de ser tan fuerte. ¿Puedo dejar de serlo, por un momento? En días como hoy, en los que pareciera que tu ausencia me ahoga,

¿revivirías un instante y me dejarías volverte a respirar?

Esta noche necesito volver a respirar una hora, un minuto o al menos un segundo al lado tuyo, mientras me aferro más fuerte que nunca para sentir que estás vivo, en un universo paralelo, que todavía no te haya perdido”.

Cuando abrí la puerta, la tía me estaba esperando. Más atenta ahora que Héctor le confesó que estoy peor de lo que ella creía. Entré a mi cuarto y las flores estaban en agua, un detalle en el que no había pensado, porque no me preocupaba si duraban algo más de tiempo.

Igual se iban a marchitar.

Pero cuando me acerqué al florero para cambiarlo de lugar, porque estaba demasiado cerca de tu máquina de escribir, observé que efectivamente un pétalo se estaba secando. ¿Cómo era posible? Si habían pasado tan solo un par de días.

¿Por qué tenía que tenerlas en mi cuarto para verlas marchitar?

¿Por qué te tuve que perder?

En un acto de impulsividad y de enojo, lo tiré al suelo. El florero se destruyó en fragmentos, el piso de mi habitación se llenó de vidrios rotos, la tía me gritaba desde el comedor preguntándome qué había pasado, y yo empecé a llorar, pero no por tristeza, sino por nervios, y fui corriendo a agarrar a Teo para que no se lastimara.

Mientras tanto, las flores yacían ahí. En el piso. En el medio del charco de agua. Con un pétalo marchito. Inconscientes de la catástrofe que acababan de generar.

Por todas esas razones, después de limpiar, de darme una ducha, y de calmarme reproduciendo tu audio varias veces, abrí el cajón. Ahí estaba la carta.

Y yo la tenía que leer.

“Jazmín:

Todavía no sé si está bien lo que estoy haciendo. Tengo mis dudas, pero creo que sí.

Desde el momento en el que te conocí, sentí que esa era la señal que le pedí durante tantos años. Yo soy padre, de un hombre y de una mujer. Mi hijo tiene treinta y un años, y está viviendo en

España. También soy padre de una preciosa chica que hoy cumpliría veintiséis años, pero no tuvo la suerte de que un brazo la sostuviera, y no existe día en el que no me pregunte por qué.

Luz era una chica muy buena, tal vez demasiado para este mundo. La recuerdo como la última vez que la vi. Tenía dieciséis años, y un futuro por delante que eligió desechar. Era linda, inteligente, mejor promedio en la secundaria, le apasionaba estudiar teatro, y le gustaba mucho cantar (tenía una voz angelical, y no lo digo porque sea mi hija). Luz era lo que su nombre te transmite cuando lo escuchás.

Desafortunadamente, no pude salvarla de todo.

Cuando me quisiste decir que no te querías morir, sentí terror de que ella tampoco lo haya querido, pero yo no estuve en el momento exacto. Lo hablé con Rosa, su mamá, y con Francisco, mi hijo, y ambos me recomendaron que, aunque jamás confiaras en mí si se lo decía a tu familia, no era correcto correr el riesgo de no hacerlo.

Preferí que te enojaras.

Yo no pude ayudar a mi hija, porque en el colegio la cargaban, vaya a saber por qué. O sí, por maldad. Los chicos son malos, Jazmín. Y crueles. Algunos crecen así y esa semilla de maldad envejece junto a ellos.

Yo la acompañaba como un padre puede, su mamá como una madre puede. Le dábamos amor. Eso no le alcanzó. Y a los dieciséis años prefirió irse.

No voy a contarte más detalles porque vos tenés tus problemas en este momento, que son recientes, y son inmensos. Solo te quiero decir que te comprendo, y que sé que ahora mismo sentís que no existe forma alguna de que tu dolor cese, porque así me sentía yo. Pero me quedé. Lo hice por mi hijo, por mi esposa, y por la oscuridad que Luz dejó en un montón de corazones que hubieran querido ayudarla.

Yo jamás pensé en tomar una decisión así, como la de ella, porque cuando alguien por quien darías la vida lo hace, comprendés que tu muerte es algo que le pasa a los demás. No te conozco en lo absoluto, pero quiero que sepas que lo que decidas hacer, ahora le importa a alguien más, y es a mí. Por favor, por lo que más quieras, vení algún día. Yo te voy a estar esperando porque a mis setenta años de vida ya no creo en las casualidades.

No quiero morirme sin antes darte la esperanza que me hubiera gustado poder darle a mi hija: que, como leí en tu antebrazo, esto también pasará.

Con cariño, Héctor.

Dirección: Muñiz 4324, 1° D, Caballito”.

Terminé de leerla desbordada de angustia. A su vez pensaba que, de vez en cuando, la vida no es un lugar injusto, arbitrario y cruel, o al menos no es arbitrario. ¿No hay cosas que son demasiado enormes como para ser simples coincidencias? ¿Es el azar el que me topó en su camino? ¿Se le puede atribuir al azar lo interconectados que estábamos? De pronto un hombre del cual yo no

sabía nada, excepto datos biográficos, se convirtió en alguien especial para mí.

Yo también sé lo que es culparse de una muerte.

26/03/2018

Tomé el coraje de volver a nuestra casa por algunas cosas mías, y quería que lo supieras.

Parece una nimiedad pero me requirió mucho esfuerzo. Entrar a nuestro hogar, el que compartíamos juntos, el que huele como casa. Abrir la puerta con tus llaves, esas que tienen el escudo de Ferro, las que quedaron en tu auto. Caminar por los pasillos que solían ser nuestros, y subir a mi habitación, la que recuerdo de forma tan agri dulce, no fue nada fácil.

Hace unos días la tía Marcela me ofreció hacerlo. Yo estaba recostada en mi habitación, escuchando música con los ojos abiertos y una lata de Stella Artois por la mitad apoyada en el suelo. Ella se acercó, y se sentó en la punta del colchón, al lado de Teo, que se bajó de un salto ofendido por sentirse destronado de su pedazo de cama, y se fue a hacer un bollito en la silla del escritorio. Me saqué los auriculares con desgano. Comprendí que estaban muy altos porque incluso sin ellos podía seguir escuchando “Here comes the sun” de The Beatles. ¿Dónde está el sol, George Harrison?

—Jaz, ¿qué te traigo de tu casa? Voy a ir. Excepto que quieras ir vos.

En su mano derecha se podían ver tus llaves. Tu llavero con el escudo de Ferro.

No respondí. Me quedé pensando. Volvió a hablar.

—Mirá que yo no tengo problema...

Descubrí que quería ir yo. ¿Si no empiezo a arriesgarme, aunque sea con cosas mínimas, cómo espero salir adelante? Bah, no sé si estoy esperando salir adelante, solo sé que estoy viva.

Y que mi vida entera, dure lo que dure, no puede ser este infierno. Estoy en un pozo, y no es que piense que si salgo voy a estar bien. Pero sé que no me puedo quedar acá abajo instalada, porque el tiempo pasa más lento para los que sufren, y yo no quiero que el tiempo se detenga.

Quiero que pase rápido. Lo más rápido que pueda.

Pero todo esto no se lo podía decir.

—Quiero ir yo. Tengo ganas de... verla, y aparte sé bien dónde está cada cosa.

Aceptó y me entregó las llaves. Las apreté con fuerza entre mis dos manos y me fui quedando dormida, mientras en mi celular se seguían reproduciendo temas de The Beatles. Lo último que escuché consciente fue la canción “Yesterday”. Tal vez lo soñé, o tal vez sucedió.

No sé, porque estaba entredormida: una lágrima rodó por mi mejilla mientras escuchaba su letra.

“Ahora sí me siento comprendida, Paul McCartney”, pensé.

Entonces, ahí estaba. El momento más difícil fue cuando decidí entrar a tu pieza. Podría no haberlo hecho, sin embargo había algo que me incitaba. Quizás la quería habitar por última vez, antes de que sea comprada, antes de tener que recordarla como pudiera. Quería ver que seguía todo intacto, aunque sea en el universo de las cosas muebles. De nuestras cosas muebles.

Cuando por fin mis pies se encontraron dentro, me comencé a sentir en peligro, y por un instante me convencí de que debía salir corriendo de inmediato. No lo hice. Me senté en la cama todavía hecha, dedicándome a mirar, intentando capturar imágenes en mi mente. Esa habitación te había pertenecido por mucho tiempo. Vos habías estado ahí.

Cuando abrí los cajones encontré un libro que dejaste con un señalador a la mitad, y también el reloj que te había regalado el abuelo para tus cincuenta años. Decidí que me lo quedaría, así que me lo puse en la muñeca izquierda, y vi que estaba frenado a las cinco y dos minutos. No sé bien por qué motivo lo sentí una señal.

Es que creo que cuando alguien se va, todo lo que hacemos es buscar señales. Yo desde que te perdí que te rezo, aunque nunca me consideré creyente, y te suplico que me des algún indicio de que estás bien. En ese momento me pareció que era ese. Quizás porque el cinco es mi número preferido, o porque nací el cinco de febrero, o tal vez porque me hace falta creer en algo.

Me llevé también la novela *En el pasillo oscuro*. Su portada era la de un pasillo, con

una luz tenue hacia el final. Me generó pena que no lo hayas podido terminar. Tanta que no me atreví siquiera a abrirlo. Me pareció también una perfecta metáfora de todos los planes que te habrán quedado inconclusos.

Por eso decidí que la iba a leer, y que cuando llegara a la parte en la que vos sin querer la habías dejado, la íbamos a seguir leyendo juntos.

Cuando seguí revisando sucedió lo más temido desde que había entrado a la habitación.

El motivo por el cual estar en ese ambiente me hacía sentir débil. El diario con la mancha de café. La evidencia de que yo había contribuido a tu asesinato. ¿Y si no lo derramaba? ¿Si en lugar de ser una desconsiderada e irme mientras vos limpiabas, me quedaba? ¿Quién lo había subido a tu habitación?

¿Quién sabía que existía?

No supe si era yo la que merecía seguir viviendo.

¿Y si descubrían mi más humillante secreto? Ahora que el mensaje que te mandé había sido borrado, ¿esa no era la prueba más contundente en mi contra? Recordé una frase. La que dice que el asesino siempre vuelve al lugar del crimen. Y me reí, nerviosa. Casi de manera culpable.

Era el momento de irme. El momento de escapar, como un prófugo, guardando el diario en mi cartera para destruirlo o mantenerlo escondido. Después pensaría qué hacer con él.

Esa noche en el salón de fiestas hubo un bautismo. No podía creer que alguien contratara

semejante espacio para festejar que un bebé de un año, que luego no lo recordaría, se había bautizado. Llegué a la conclusión de que la gente con mucho dinero hace cosas para gustarle a otra gente con mucho dinero. A nadie de los que estaban ahí le interesaba el evento en sí, sino comer, y tener una oportunidad de vestirse bien, de ostentar joyas, y de divertirse a costa de la gente que la estaba pasando mal. Aunque esto último tal vez haya sido mi angustia hablando incoherencias.

Al menos la noche va a ser más tranquila, pensé a la tarde.

Me confundía.

La música estuvo igual de fuerte, la gente bailó las mismas canciones que en un casamiento, y hasta hubo carnaval carioca, mesa dulce, y pizza a las seis de la mañana. Ellos estaban celebrando una vida. Yo estaba llorando una muerte. El ciclo de la vida es ese. Y todos alguna vez son ellos, y todos alguna vez son yo.

Llegué a casa de la tía a las siete. Ya era de día. Me iba a hacer un café, pero terminé tomando una lata de cerveza, y después otra, hasta que concilié el sueño.

27/03/2018

Falté a la facultad. Estaba triste. Pero en esta oportunidad dormir no alcanzaba. Me

sentía encerrada, y necesitaba salir. Me fui a caminar para despejarme. Y caminé. Y caminé.

Doblé en calles que desconozco. Me adentré en algunas que solo me sonaban de nombre. Hasta que me perdí.

Seguí. ¿Dónde quería llegar? A ningún lado. ¿De qué huía? No sé.

Me detuve en una esquina. Me quedé petrificada. Un Café Martínez. En los vidrios, un hombre de espaldas.

Igual a vos. Eras vos. Vos ahí.

Estaba(s) leyendo el diario. Estaba(s) tomando café.

Como vos. Como vos en diciembre.

Aceleré el paso y seguí, sin pensar en nada. Hasta que mi impulso tomó las riendas y decidió que tenía que volver.

Porque no me podía estar confundiendo.

Irrumpí en Café Martínez y me atreví a mirarte de frente.

Susurré un perdón, y escapé corriendo.

(No eras vos).

29/03/2018

Pienso que el desamor es una especie de duelo. Una decepción, y toca arrancar de tu vida a la persona que querías.

Sé que Christian sigue respirando.

Pero lo que hizo es tan imperdonable que tengo que aprender a vivir como si ya no lo hiciera.

31/03/2018

Por favor, papá. No es justo, no es humano, vos, justo vos no me podés hacer esto. No sé qué hacer para que lo entiendas. Usé de manera horrible las palabras, me expresé de una forma espantosa, fui vanidosa, fui desconsiderada. Y ese mensaje... ese mensaje fue una equivocación absoluta. Te juro que lo entendí, pero esto no es gracioso.

Te prometo que aprendí la lección y ya jamás lo diría, pero por favor basta, porque lo que me estás haciendo es demasiado cruel.

Ya no quiero, ni nunca quise que me dejaras en paz.

01/04/2018

Hace cinco meses que no te tengo.

¿Viste que a veces parece mentira que el mundo no frene después de tu dolor? Descubrí que no lo hace, por absurdo que nos parezca.

Es que para mí se detuvo en diciembre, pero se ve que existen dos relojes. Uno, el mío, sus manecillas ya no avanzan. El otro sigue su curso. Y aunque yo perciba que el tiempo se detuvo, eso habla más de mi visión de la realidad que de lo tangible. Pasaron cinco meses. Para mí fueron ciento cincuenta días, aunque sea el mismo tiempo. ¿Viste que se percibe diferente visto de esa manera?

Si fuera buena calculando, diría cuántos minutos hay en cinco meses, para que así se sienta todavía más tortuoso. Para que así, si algún día alguien lee estas páginas, me pueda comprender mejor.

Diciembre. ¿Tendrá algo que ver que haya pasado en el mes doce? Me quedé atascada ahí. En un año que terminó, para los demás. Yo, en cambio, vivo en dos mil diecisiete. Como el ancla que me aferra a un pasado que no pasó, excepto para la otra gente, y para el calendario.

Como una mala noticia de domingo por la noche. Una que hace que toda tu nueva semana sea nada salvo algo que vino después de una tragedia, como un eco de una frase que te destruyó en fragmentos, y no hace más que repetirse en tu cabeza con igual o mayor intensidad, porque ya ni siquiera la escuchás en presente.

Ya es parte de un ayer que todo el mundo, de manera muy liviana, opina que tenés que superar.

Ahora todo se mide desde que no te tengo, como un antes y un después, esos con los que las empresas promocionan sus servicios. Antes, la persona decaída, apagada. Después, la persona contenta, alegre. Solo que en esta ocasión es al revés.

Fui al cementerio a las tres de la tarde, todavía cansada por la noche anterior. En el salón habían festejado un cumpleaños de cincuenta. Fabiana, la mujer del cumpleaños Carlos, se lo había organizado de sorpresa. La vida también está llena de sorpresas. Algunas lindas. Otras no tanto.

Me senté enfrente tuyo.

—Papá, perdoname. Nunca creí que iba a ser tan... destructiva para todos. Sé que con lo que hice los defraudé. Decepcioné a las abuelas, a la tía, a mis amigas que todavía no se enteraron porque Héctor no las localizó, seguro, y a Héctor, que ni siquiera sé quién es, pero me miraba como si lo hubiera defraudado.

“Pero también a vos, papá. Principalmente a vos. No hay nada que me haga sentir peor que eso... No me quiero morir.

“Cuando me dejaste tatuarme, a los quince, me recordaste que era para siempre, ¿te acordás? Y yo te respondí que jamás podría arrepentirme de la frase que me consolaba cada vez que lo necesitaba. Bueno, esta vez no me consuela, pero yo te prometí que siempre lo iba a hacer.

“Lo que pasa es que hay algo con la frase “Esto también pasará”, y es que si la pensás, por lógica, tiene razón. Digo, todo pasa. Inclusive la vida, aunque eso sea una obviedad absoluta.

“Lo que sucede es que mi mayor temor es ese. Que mi dolor pase cuando todo lo demás lo haga también.”

Paré de hablar para buscar en mi cuaderno lo que te quería leer.

—Este es el escrito de hoy:

“Lo impronunciable.

¿Qué pasa entre el “te quiero” que te olvidás de pronunciar, que te da terror pronunciar, que no tenés ocasión de pronunciar, y el “te quiero” que se vuelve impronunciable?

Me encantaría poder decir que en ese intervalo existe un puente. Uno que uno cruza a sabiendas que del otro lado ya no hay nada. Un puente lleno de carteles luminosos, de señales en rojo sangre que te gritan que te des vuelta y vuelvas al punto de partida por todo el tiempo que queda. Hasta que la alarma suene, hasta que el último grano de arena caiga del reloj, hasta que el sol se esconda, o se apague.

Un puente largo que te advierte que detrás está la última oportunidad, y unos pasos adelante el abismo que te separa para siempre.

Me gustaría decir que ese puente, ese túnel, esa brecha, ese camino existe, y que yo lo crucé.

Pero no hay nada. No existe siquiera tal intervalo.

Si crucé algo, lo hice inconsciente.

Entre todo lo que me parecía impronunciable cuando podía pronunciarlo, y todo lo que se volvió pronunciable apenas descubrí que ya no estabas, no hubo nada en lo absoluto. Ninguna señal. En el medio solo pasó la vida.

Y recién en el instante en el que me enteré que había pasado tu vida, hubiera dado la mía por una vez más. Mi vida entera, o los retazos que me quedan, a cambio de al menos una vez más.

¿Qué pasa cuando el “te quiero” se vuelve impronunciable?

Pasa que te das cuenta de que, en realidad, todavía lo podés pronunciar.

Pero para qué,

si ya no te escuchan”.

02/04/2018

Nunca fui mucho de los abrazos. A decir verdad me incomodan casi todas las veces.

Por eso no recuerdo muchos entre nosotros dos.

¿Por qué ahora lo necesito más que a nada en el mundo?

¿Por qué tengo nostalgia de algo que pocas veces sucedió?

03/04/2018

Hoy es jueves, y te escribo porque hace cuatro meses que no salgo. Me perdí cumpleaños, fiestas, y cada vez que mis amigas se juntan yo no estoy.

Eventualmente dejaron de invitarme. Y, aunque mi respuesta iba a seguir siendo no, duele ver la facilidad con la que el resto te aparta cuando estás lastimado.

Antes me gustaba estar con ellas, me divertía, me distraía. Ahora creo que no podría siquiera fingir que estoy pasando un buen momento, y no quiero ser una carga para los demás.

Fue uno de los motivos por los cuales acepté el trabajo en el salón. Para tener excusas cada viernes y cada sábado. Después al final no las necesité. La mayoría de la gente se desvaneció con tu muerte, como si te hubieras llevado con vos a muchas personas más. Y mis amigas ya no me invitaban. Ni siquiera los días en los que no trabajaba.

Ayer a la noche me acosté, dispuesta a dormir. Había terminado mi día. Actualicé las redes antes de hacerlo. Error. Ahí estaban mis mejores amigas. Cenando en La Colorada sin mí.

La foto en instagram que me avisaba que había un evento del cual yo no era parte. No parecía

faltar nadie en la foto. No se habían acordado de avisarme ni siquiera por compromiso. No me querían ahí. No querían ni correr el riesgo de que les dijera que sí.

Fue inevitable la sensación en mi corazón. La de que mi angustia repelía a los demás.

Yo ya no soy Jazmín. Soy una persona que está sufriendo. Y la tristeza es peligrosa porque se contagia, como una conjuntivitis. Nadie quiere acercarse mucho por las dudas. Mis amigas, las de toda la vida, me habían excluído.

Abrí el whatsapp y les escribí al grupo. “Ya no me invitan...”. Esperé. Una hora. Dos.

El sueño se me fue. Tres. Me fui del grupo. Cuatro. Me dormí con el celular en sonido abajo de la almohada, para leer lo que tenían para decir apenas sonara. Cinco. Alguna me iba a hablar para explicarme.

Ninguna lo hizo. Me desperté hoy con la misma melancolía en mi pecho, y con un dolor de cabeza insoportable, como siempre que me duermo preocupada. Doce horas. Todavía ninguna me había hablado.

Entonces escribí este texto:

“De la gente que me quiso, existen algunas personas que me dicen que me siguen queriendo, a la distancia. Y yo, desde mi lado del puente intransitable que ahora nos separa, solo puedo pensar en cómo puede ser posible que lo hayan cruzado si todavía me querían. La ecuación se vuelve simple. ¿Entonces por qué ya no están acá?”

De las dos veces en las que lo estoy por preguntar, borro el mensaje tres, si es que ese

cálculo siquiera es posible.

No sé allá, pero acá ahora hace frío. Y no sé por qué te estoy contando las condiciones climáticas de mi lado del puente si vos elegiste no estar acá para sentir las.

Tampoco para abrigarme.

Pero cuando te llega algún rumor que te dice que estoy decaída, o alegre, me localizás para decirme que me querés. ‘A la distancia’, agregás. Como para que a mí me quede todavía más claro que no cerca, que no ahí, que no se me ocurra caminar en tu dirección porque el puente se quemó para siempre y en su lugar ahora hay un abismo.

Pero que me querés.

Y yo intento recordar cómo se sentía tu cariño antes, cuando era tangible.

Cuando tus palabras venían acompañadas de tu cuerpo y yo podía tocarte para comprobar que existías, y que estabas acá. Y no lo recuerdo. Pero así como ahora no era.

Me siento cerca del precipicio y me entristezco. Acá antes había un puente que ya no existe. Podrías construirlo otra vez, pero elegiste cruzarlo y elegiste destruirlo.

La distancia entre nosotros no es más que unos pocos metros, pero no puedo caminarlos, porque el camino ya no está.

Y de vez en cuando, te escucho susurrar que me querés. ‘A la distancia’, destacás siempre, y yo trago saliva porque me duele la garganta, o el corazón.

Sé que no me mentís, porque el cariño a la distancia existe. Pero también sé que para seguirme queriendo necesitaste esta distancia. Y cuando hace frío y ya no me abrigás, me envuelvo con mis brazos, y me susurro a mí misma que me quiero, y que yo siempre me voy a quedar.

Para irse, están los demás.”

04/04/2018

Te encuentro en lugares en los que antes no estabas.

Tu ausencia te volvió omnipresente.

Y te extraño, todos los días.

Pero hoy, más que nunca, pareciera que todo lo que veo, toco, o hago, existe solo para remarcarme que ya no te tengo.

05/04/2018

Hace un rato me tocó el timbre Agostina. No quería hablar con ellas. Yo creía que tenía

amigas. Tres para ser exacta. El resto desapareció, en el sentido literal de la palabra. Ellas tres solían intentar estar, aunque yo las empujara. Pero había descubierto que ya no intentaban.

Cuando abrí la puerta estaba confundida. Aunque comprendía sus razones, una parte de mí no podía tolerar enterarse de sus salidas por fotos en redes sociales.

—¡Agos! ¿Qué hacés acá? ¿Habíamos quedado? —. Sabía que no habíamos quedado.

—Jajajaja, estás dormidísima —y me dio un beso. Me dio pena decirle que no estaba dormida, sino que esa era mi cara desde hace cuatro meses. Que esas ojeras no eran de sueño.

—Sí...

—Jaz. Venía a explicarte. Pusimos lo de la cena en el grupo hace una semana. Ni abriste el mensaje. También venía a decirte que hoy vamos al cine.

—No lo leí. Igual lo organizaron en otro lado... —sentía que me estaba tomando de estúpida—. Genial. Pásenla lindo —fue inocente. De verdad. No pensaba que su “vamos” me incluyera.

—¡No! Vos también —me sostuvo la mirada de forma fija, casi intimidante.

—No, yo no.

—Te estoy diciendo yo que venís, Jaz. Mirá... organizamos hacer algo tranquilo porque te extrañamos, y porque pensamos que te iba a hacer bien salir. No a bailar, ni a un bar, ni nada.

Al Hoyts. Después podemos comer esa cosa que te gusta a vos.

—¿El sushi? No me digas que...

—¡No! Sigo siendo vegetariana. Como el sushi vegetariano.

Busqué en mi cerebro, en la bolsa de excusas preparadas.

—No te estoy invitando. Te estoy diciendo que vamos a ir. ¿Qué tenés que hacer hoy?

¿Alimentar a Teo? Me desarma verte así. Y quisiéramos estar más presentes, pero no nos dejás.

Amiga, yo te entiendo. Sabés que lo hago —. El papá de Agos la abandonó cuando ella tenía doce años—. Pero no podés seguir así. Es como si no estuvieras. Apenas te bañás, es como si ya no existieras. Jazmín, contestame algo, ¿vos me querés? —Agostina siempre conseguía lo que quería porque era buena convenciendo a la gente. Supe desde ese momento que debería haber sido abogada. Y que iba a ganar.

—Obvio que lo hago. Sos como una hermana.

—Yo también. Te amo. ¿Vos me dejarías sola en un momento así? No lo hiciste ni siquiera cuando teníamos doce, ¿te acordás? Todas las tardes iba a tu casa y merendábamos juntas, eso lo hizo más pasajero para mí. Y vos me mentías cuando jugábamos a las escondidas.

Me dejabas ganar para distraerme.

—¿Te dabas cuenta?

—Claro que sí. Nunca fui tonta.

—¿Y por qué me dejaron de invitar? —no pude evitar preguntarlo. Sentí ganas de ponerme a llorar. Lo hubiese hecho si es que yo pudiera hacerlo.

—Porque nos sentíamos molestas insistiendo —su respuesta no me convencía, y ella lo sabía—. No contestás nunca, interpretamos que era un no.

—Lo de la cena no fue una invitación, no soy adivina. Una semana antes dijeron que el miércoles salíamos a comer, sin lugar, sin hora... Después no hablaron más. ¿Tienen un grupo aparte?

—No, Jaz —me quedé mirándola fijo. La conocía. Sí lo tenían.

—Vení. Por favor te lo pido. Si estás incómoda volvemos, yo te acompaño. Así sea en el medio de la película. Aunque tenga que perderme de ver a Taylor Lautner en cuero.

—¿Actúa Taylor? —pregunté con inocencia.

—Ojalá sí, aunque desde *Crepúsculo* desapareció. Hizo lo mismo que hicieron todos los hombres de los que nos enamoramos —. La miré sorprendida.

—No me digas que cortaste con... —. El novio de Agos nunca me cayó bien. Me di cuenta en ese momento que ya sabía poco y nada sobre el presente de mis amigas.

— ¡No, amiga! Estamos mejor que nunca. Wow, nos tenemos que actualizar.

Nos reímos y terminé aceptando, aunque seguía enojada, pero sobre todo muy decepcionada. Nada iba a hacer que me olvide de la noche que había pasado, durmiendo sin descansar, esperando que llegara un mensaje que nunca llegó. Me arrepentí en el momento exacto en el que se cerró la puerta. ¿En qué me había metido? Qué peligroso es sentirse cómodo en el dolor.

Noche.

Llegué al Unicenter primero que las demás. La cantidad de gente me aturdió. Me pregunté si alguno estaría sufriendo como yo. Si alguno quisiera estar metido en la cama con su gato, como yo. Todavía faltaba media hora para que ellas llegaran. Me quedé todo ese tiempo pensando en cuánta tristeza existirá de la cual no sabemos nada.

—¡¡¡Jaz!!!

Levanté la vista y vi a mis mejores amigas. Ahí estaba Agostina otra vez, estaba Marina, y estaba Camila. Para mi sorpresa se sintió lindo verlas a todas juntas. Cuando me venían a visitar lo hacían separadas. Y me hizo bien volver a vernos como un grupo, otra vez, yo incluida.

Hace mucho no me sentía parte de nada.

Pero mentiría si dijera que la pasé bien.

06/04/2018

Ayer intenté, pero no logré desconectarme de mi realidad. No pude. Mis amigas me quieren, y quizás las necesito más de lo que creí. Más de lo que pensé hacerlo estos meses en los que a duras penas les esbozaba una mueca, que nadie podría interpretar como una sonrisa si

las veía en algún lugar. Pero yo no estaba ahí.

Mientras cenábamos una pizza horrible en un bar cerca del shopping, ellas hablaban, y se reían, e intentaban que todo fuera menos raro de lo que estaba siendo. Pero yo sobraba. No sabía qué acotar porque hace mucho no las veía, y comprendí, por primera vez en meses, por qué me habían dejado de invitar.

Solo una vez atiné a interactuar. Estaban hablando de algo que yo no entendía porque no miro televisión y porque no las estaba escuchando, entonces las palabras me llegaban sueltas, y las frases desarmadas, desarticuladas. Lo único que recuerdo es un nombre. Todos mis sentidos se

pusieron a prestar atención apenas lo pronunciaron. Guillermo Francella.

Cuando Camila, desafortunadamente, lo nombró, pude sentir cómo su voz cambió. Se le quebró. Se dio cuenta de que acababa de decir algo que no debía decir. Me dio asco saber que, en ese preciso instante, todas sintieron lástima por mí.

Ya sabés que todo el mundo te decía que eras un calco de Francella.

Como no hay nada que deteste más que sentir que me tienen pena, hablé. Lo intenté hacer con naturalidad. Como si a mí, lo que a ellas tanto les avergonzaba, me hubiera pasado totalmente desapercibido. Como si ni siquiera hubiera notado el silencio que después, de forma repentina, invadió la mesa, mientras Camila tomaba agua para pasar el mal trago, Agostina masticaba la faina, y Marina se miraba las uñas.

—Marina, no puedo dejar de leer tu blog.

Las tres me clavaron la mirada como se le clava al tímido del curso cuando levanta la mano por primera vez. Con una mezcla de sorpresa y miedo.

—¿En serio, amiga? Qué lindo que me digas esto —contestó—. Intento hacerlo divertido. Con cosas que no se sepan tanto.

—Me encanta.

Agos y Cami nos observaban con una cara que yo les conocía. No habían leído el blog ni siquiera una vez.

—No sé por qué, pero me hace sentir bien —agregué. Y volví a guardar silencio.

Una vez dentro del cine, me relajé, porque por una hora y media no tendría que interactuar.

Después me invadió la melancolía. Ese era nuestro lugar, era nuestra diversión preferida. La película fue un aburrimiento. Era de miedo, como muchas de las que veíamos juntos, pero sin cumplir la función de generar miedo. Llegué a pensar, en medio del cine, que mucho más terror daban mis pesadillas.

Escapé del cine a mitad de película con la excusa de ir al baño.

—Ahora vuelvo, me hago pis —le susurré a Marina en el oído. Y me fui casi corriendo.

Una vez fuera, me senté en el piso del pasillo, abracé mis rodillas con mis propios brazos, e intenté llorar. Pero no pude.

Nunca puedo.

Me sentía enferma. Como si ese lugar no fuera mío si ya no puede ser nuestro. Otra vez me empezaba a faltar el aire y necesitaba llorar. Me clavé las uñas en los muslos y empecé a respirar cada vez más profundo, intentando calmarme. Entonces sentí la mano de alguien en mi hombro. Levanté la cabeza y ahí estaba Marina. Se sentó al lado mío, en el suelo, y puse mi cabeza en su

pecho. Nos quedamos así por un rato largo hasta que habló.

—Lo extrañas mucho, ¿no? —y me miró con una mirada que yo ya conocía. Que ya vi una incontable cantidad de veces durante estos meses. Con la mirada universal que ponen las personas cuando saben que sabés que tu dolor les excede. Que poco pueden hacer. Que poco pueden decir.

—Con cada parte de mi corazón.

Me volví a casa de la tía a mitad de película.

7/04/2018

Estoy recostada mirando el techo. Entonces me percaté de algo. Un detalle mínimo. Vos siempre cambiabas las luces de mi habitación.

Ante ese momento, que era ordinario, en el que nunca más voy a encontrarte, siento una punzada en el medio del corazón.

Algún día va a romperse. Y ya no voy a poder gritar “Papaaaaa” bien fuerte. Y ya no vas a aparecer en la puerta.

Ya ni siquiera es la misma habitación ni es la misma puerta.

Y en algún momento, cuando haya que cambiarla, voy a tener que hacerlo yo. O alguien me la va a cambiar y me voy a acostumbrar a eso. Me voy a acostumbrar a que ese momento ya no sea tuyo, o nuestro. Ya ni siquiera me va a sorprender haberte reemplazado de ese instante de cotidianeidad, y va a haber un lugar menos en el que estás.

Me cubro los ojos con la almohada para no mirar el techo y así me quedo dormida.

No sé si quiero perderte de lugares.

Aunque duelan.

8/04/2018

Domingo.

Fui al cementerio pasadas las tres de la tarde. Me senté sobre la tierra, y por un rato me quedé arrancando césped. Sin hablar. Pensando qué debería hacer con Héctor. Procurando no

tomar una decisión incorrecta. Comprendiendo que no existía forma de asegurarme de decidir bien. Reproduje tu audio. Lo único que, por un segundo, logra calmarme, y me hace sentirte cerca. “Che, Abril, ¿necesitás algo?”. Ayuda, papá, pensé.

No dije nada. Me dediqué a leer:

“Frío.

Tengo frío. Pero uno que no se pasa con sábanas, colchas, ni abrigos. ¿me entendés? Este es distinto. Entonces recuerdo que no existe. El frío no existe.

‘Es ausencia de calor’, dice el blog que vivo leyendo. Según las leyes de la física, el frío no entra por una ventana abierta o mal cerrada. Es el calor el que se va. Hay algo que se va, que hace que todo cambie, y se sienta distinto, aunque sigue siendo igual.

Tengo frío. Uno que no se pasa con una estufa, ni con un plato caliente, ni con un vaso de chocolate. ¿Sabés de qué te estoy hablando? Este es interno.

Y me gustaría que ahora nos riéramos juntos hasta que me cueste respirar, aunque respirar me cuesta desde hace meses, ¿viste?, pero lo que quiero es diferente.

Entonces recuerdo que no existe. Todo es consecuencia de tu ausencia. Eso hace que el mundo se perciba helado, aunque sigue igual. Lo que cambió es mi forma de mirarlo. Ahora solo veo en él tu falta. Ahora encuentro en cada cosa, todavía viva, su temporalidad.

Pero si hoy vinieras, y nos riéramos hasta que nos duela la panza, me sentiría otra vez abrigada... ¿Podés? Me gustaría que el dolor baje a mi estómago, porque ahora está más arriba, en mi pecho. Y viste que ahí es otra cosa. Ahí llega y se instala cuando la vida de verdad hiere.

Y si pudiera te pediría que vinieras, y te quedes conmigo. Porque esto que siento es adentro, y no se va cubriendo la piel. Solo se pasaría si volvieras a ocupar el lugar vacío que dejaste en mi corazón. Ahí es donde siento frío, aunque no existe.

Ahí es donde, correctamente hablando, solo hay ausencia de vos”.

9/04/2018

Siendo las ocho menos cuarto de la noche, te quiero contar que hoy, temprano, me encontré yendo hacia la casa de Héctor. No sabía lo que iba a hacer. Decidió mi cuerpo. El edificio era moderno y había portero. El hombre, desde atrás del mostrador, me preguntó dónde iba y si me esperaban. Y después de verificarlo en el monitor de la computadora, los llamó, porque no había registrada ninguna visita. Lo atendió una mujer que autorizó a que entrara.

Subí por la escalera porque era un solo piso, y lo hice de forma lenta, pausada.

No podía creer estar ahí ni sabía si lo que hacía estaba bien. Una vez arriba, miré hacia

el fondo del pasillo oscuro, y vi a una señora de unos sesenta años, rubia, con el pelo hasta los hombros, que me transmitió seguridad.

—¿Jaz? ¡Pasá! Héctor me dijo que ibas a venir. Me llamo Rosa, mi marido todavía no llegó. Está siempre acá metido, así que lo mandé a comprarme algunas cosas.

—Buen día —atiné a decir.

—¿Te gusta el té? ¿Mate?

—No, gracias, estoy bien... Yo no arreglé con él que iba a venir.

—No, no, ya sé. Pero él estaba seguro de que ibas a venir. Tan seguro que me dio miedo que no lo hicieras. Te voy a preparar un té. Y a ver si está la torta de mandarina...

—¿De mandarina? nunca la probé, la que me encanta es la de manzana —me iba a volver a negar a la infusión, pero se veía decidida, y de todos modos tenía ganas de tomar algo.

La torta de mandarina era su propia receta, y apenas desapareció por la puerta de lo que debía de ser la cocina, me quedé mirando el departamento. Era gigante, con un living luminoso y una pared repleta de títulos. Me acerqué a leerlos. Algunos eran de Héctor. Psiquiatría, tesis, licenciaturas. Otros eran de Rosa. Era profesora de inglés. Del otro costado del salón había una gran biblioteca llena de libros, y la admiré en secreto, porque adoro leer, y me encantaría tener algún día una biblioteca así.

La decoración, los muebles, la araña que colgaba del techo, el sillón, todo era antiguo pero elegante y bien cuidado, y me decía que eran gente de mucho dinero. Me senté en una silla de la gran mesa que atravesaba el salón principal, y apenas lo hice me percaté de que había una pared repleta de fotografías. No quería acercarme, porque sabía que entre esas personas debía estar Luz.

No sabía cómo era. Me la imaginaba rubia como la madre, con los ojos celestes, como el padre. Yo soy morocha de ojos marrones. No tuve la suerte de heredar tus ojos. Todos dicen que soy un calco de mamá cuando era joven. Escuché el ruido de las llaves abriendo la cerradura. Héctor había llegado.

Cuando lo vi me sorprendí, porque la única vez que lo tuve enfrente estaba vestido de manera informal. Ahora lucía un traje que se veía costoso, con una camisa a rayas, y zapatos.

Me pregunté qué hacía vestido así, y cómo sabía que yo lo iría a visitar ese día y no el anterior, o el siguiente. Me empezó a dar un poco de miedo, y a su vez volví a admirarlo. Ese hombre me había manipulado y que yo había caído, porque después de todo ahí estaba, esperando ser atendida.

—¡Jazmín! Qué placer verte acá. Voy a adivinar, Rosita te fue a hacer un café.

—Té...

—Ah, sí, así es ella. Esos detalles a los hombres casi siempre se nos pasan. No a todos, claro, generalizar genera rivalidades.

En ese preciso momento apareció Rosa como si todo fuera una puesta en escena y ella tuviese que salir después de la palabra “rivalidades”. Dejó el té en la mesa, con tres Frutigram, supongo que por si no me gustaba su receta personal, y una porción de torta de mandarina todavía caliente, y saludó a su marido con un beso en los labios.

Me llamó la atención que existiera o pareciera existir tanto amor entre ellos después de una vida entera juntos, que se saludaran así si por lo visto había ido a comprar un paquete de yerba *Unión* que traía en las manos para, supongo, no pagar la bolsa, y, sobre todo, que siguieran unidos después de una pérdida así. No sé en dónde leí que la mayoría de las parejas se divorcian después de la muerte de un hijo. No podía siquiera imaginar lo devastador que se debería sentir que la causa de esa tragedia fuera suicidio.

—Bueno, Jaz, pasemos a mi despacho. Ya no lo uso, como te conté. Lo dejé armado, como una reliquia. Me trae lindos recuerdos. Los títulos los trasladé al living para presumirlos.

Al final de todo, a mi edad solo sirven para eso.

Caminé por esos pasillos como si estuviera caminando hacia mi muerte, con ese pánico.

Había cinco habitaciones, aunque alguna de esas puertas era el baño.

Cuando puso su mano en la manija tuve la sensación de que del otro lado no había nada, excepto una silla eléctrica, y me reí por dentro de lo retorcidos que podemos ser cuando tenemos miedo.

El lugar estaba decorado acorde al resto de la casa. Paredes blancas, cuatro sillones (así de grande era el espacio), una mesita ratona en el medio, donde apoyé el té que todavía hervía, y un ventanal enorme por donde entraba la luz del sol. Dos notebooks Apple en un escritorio, y un cuaderno en el medio del sillón en el que, sospeché, él se sentaba a escuchar a sus pacientes, y anotar las cosas que anotan los psicólogos y psiquiatras mientras vos les estás hablando.

Nunca en mi vida hice terapia alguna, pero sospecho que lo que hacen es escribir que ya no te soportan. O al menos eso es lo que yo haría. Por eso no estudio psicología.

—Tomá asiento. Hace años que no hago esto, ya me siento viejo —. Me senté en uno de los tantos lugares, y esperé a que él fuera al que tenía el anotador, como efectivamente hizo.

Me pregunté por qué razón había un cuaderno tirado ahí, si hace años que no ejerce—. No voy a usar esto, porque no va a ser formal nuestra sesión. Te voy a escuchar, y si me lo permitís, te voy a dar mi punto de vista —explicó, mientras dejaba el cuaderno en la mesa, cual si me hubiera escuchado. Cuando lo tuve más cerca noté que estaba en blanco.

Me pregunté si lo había comprado porque de verdad me estaba esperando.

—¿Por qué fuiste a comprar un paquete de yerba en traje? —indagué a la defensiva.

—Técnicamente fui a comprar media docena de huevos también, porque Rosita se terminó los que había en el biscochuelo. No le digas, me los olvidé. Los años no vienen solos...

Pensé que era muy simpático cuando no estaba salvando gente en estaciones de subte.

—No es eso lo que pregunté.

—Fui al cementerio a la mañana. Voy todas los días ahora que tengo tiempo libre. No me gusta

ir en ropa informal, no sé por qué razón. Me hace bien arreglarme para ella. Me hace sentir... jovial.

—Ay, disculpame.

Ahí estaba yo otra vez, creyendo que mi dolor era el único en el universo. Pensando que Héctor se había puesto un traje para ser mi terapeuta.

—No, ¿por qué me pedís disculpas? De hecho, es una pregunta inteligente. Algo que no hago con Luz es hacerla tabú. La nombramos todo el tiempo, ella no dejó de ser nuestra hija y nosotros no dejamos de ser sus padres. Y si alguien la nombra, yo sonrío. Eso significa que todavía la recuerdan. Todos los días vamos con mi mujer a dejarle tulipanes. Mis flores preferidas. ¿Te gustan las flores, Jaz? ¿Conocés la historia de los tulipanes?

—No me gustan tanto —dije, a modo de sincericidio—. Solo puedo pensar en que se van a marchitar pronto... Pero contame la historia —. Me observó extrañado.

—¿Y las mariposas? Algunas mariposas viven solo un día. ¿Sabías?

—Eh... pero no se regalan.

—¿Pero te gustan? —inquirió.

—...Son lindas.

—¿Y por qué en ellas sí disfrutás su belleza sin pensar en lo mucho o poco que viven?

—Porque no las veo morir, las veo volar un rato y nada más. Cuando me dan flores, lo siento un desperdicio de dinero, las tengo ahí y estoy pensando que van a morir.

—En realidad, ya están muertas... Desde que las cortás —. Tenía razón. Me sentí tonta.

—Sí, ya sé, quise decir que se van a marchitar.

—Ah, sí. Nosotros también —. Revoleé los ojos.

—No tan pronto —dije de la forma más tajante posible.

—Bueno, en realidad no se sabe.

—Ya sé que no se sabe, pero no es lo mismo.

—¿Por qué no? —. Me estaba poniendo nerviosa

—Porque...

—¿No te encariñás con la gente porque se va a morir? Quizás cualquiera de nosotros muera mañana, o ahora mismo, ¿no?

—Sí, pero no es una certeza que vamos a morir pronto. En este caso tengo la certeza de que duran un tiempo corto desde que se arrancan.

—¿Y mientras tanto, no son preciosas? ¿Por esos días, no embellecen el lugar que habitan? No te gustan las flores porque vivís en el futuro.

Fruncí el ceño. Ya no me interesaba discutirle.

—Puede ser.

—Para colmo, tenés nombre de flor... Ironías de la vida.

A decir verdad, Héctor podía ser tan molesto que terminaba causándome gracia.

— Nunca nadie me hizo ese chiste. Sos el primero —repliqué, con sarcasmo.

—Perdón, perdón. Soy un profundo defensor de los tulipanes. Te cuento la historia, en realidad es una historia personal:

“Luz quería conocer Holanda, no sé por qué razón, creo que porque había visto alguna película filmada ahí, pero ese era su sueño. Yo no tenía planeado hacer un viaje a Holanda cuando le surgió esa locura y obsesión por ese país, pensé que algún día lo haríamos en familia, pero ese año en el que solo hablaba sobre Holanda, decidí investigar un poco.

“La flor holandesa más famosa es el tulipán. Los tulipanes se cultivan en grandes campos y en primavera se celebran festivales en honor a esa flor. Luz amaba las flores, así que un día con Rosa le llenamos la habitación de tulipanes. Se puso a llorar apenas la vio y no pidió explicaciones, ya sabía todo sobre Holanda. Pienso que si... si estuviera, se hubiera ido a vivir ahí. Pero bueno, esa fue nuestra forma de hacerla viajar pronto y rápido.

“A veces, hacer lo que podemos con lo que tenemos es un gesto inmenso para otras personas. Ahora, cuando la vamos a ver siempre le llevamos tulipanes”.

No pude hacer ninguna otra cosa que no fuera sonreír. Para ese hombre las flores tenían un enorme significado, sin importar lo que duraran. Se podía conseguir otras.

Y todos los tulipanes del mundo siempre iban a oler a su hija, y siempre lo iban a hacer viajar pronto y rápido al costado más inocente y dulce de su infancia, cuando todavía vivía, y cuando tenía sueños y proyectos en mente, como viajar a Holanda.

—Yo voy a ver a...

El silencio que había en esa habitación me hizo sentir terror de haber abierto la boca.

Ahí estaba yo, con el hombre del subte, sin saber cómo me había convencido de que vaya a terapia cuando nunca había pensado en hacer algo así, tomando un té preparado por una señora que quise abrazar desde que vi su silueta dibujada en la puerta, y para colmo, estaba a punto de contarle que los domingos iba a Chacarita a verte, cuando jamás se lo había mencionado siquiera

a mi propia tía. ¿Cómo había logrado darme tanta confianza?

—...A mi papá. Los domingos. Le voy a leer. Yo escribo —cada palabra era una confesión.

—Conozco a alguien que escribe. Francisco, mi hijo, tiene dos novelas... ¿Qué escribís?

—Odio esa pregunta —repliqué con crueldad.

—Perdón.

—¡No! Es que no sé responderla —después de cada respuesta tajante, volvía a apaciguarme.

—¿Querés que te ayude? —insistió. Me negué con la cabeza.

—Listo, cambiemos de tema.

—No. ¡Sí! Pero no hay forma.

—¿De qué? —preguntó intrigado. Ni yo sabía a esa altura de qué estábamos hablando.

—De que me ayudes...

—¿A qué?

—A saber qué es lo que escribo, ¿a qué va a ser?

Me levanté del sillón con furia, con un enojo que de pronto me nubló la vista y se convirtió en un dolor de cabeza tan profundo que me volví a sentar, no por decisión propia. Me desmoroné en el asiento.

Con mis codos en mis rodillas y mis manos cubriendo mis ojos, me olvidé dónde estaba, porque no me importaba. De pronto, tener una persona enfrente no me interesaba en lo absoluto, porque me sentía sola. Sola en el cementerio. Sufriendo como lo hubiese hecho sin nadie.

Para cuando se me pasó un poco, abrí los ojos, y él estaba ahí, por supuesto, con la calma de quien ya vio escenas similares muchas veces a lo largo de su existencia. Mi tía se hubiese desesperado, acelerando el pánico que yo ya sentía. Héctor me pacificó. Tanto que fui quien habló primero.

—Escribo sobre lo que siento. Lo que sea. Son... reflexiones. Hace poco que todo se lo voy a leer a mi papá... los domingos.

—¿Él sabía de este hobby?

—Sí, obvio —. Sentí que ese “obvio” sonó soberbio, y no quería ser mala con ese señor.

Así que continué explayándome—: Yo le hacía cubrirse los ojos, leerle a alguien mis textos me da timidez. A él le gustaban. Por eso me pareció que era una buena idea.

—Es una buena idea. ¿Lo que le lees lo escribís... ahora? ¿O son textos viejos?

Ese “ahora” significaba “después de su muerte”.

—No, son nuevos, excepto alguno que otro. Cuando me atreví a ir al cementerio decidí que volvería a escribir. Me hace bien.

—Te desahoga —agregó, y se detuvo a toser con una tos que yo ya conocía. Tos de fumador.

—Sí... ¿Estás bien?

—Sí, una gripe. ¿Te ayuda con lo de tu papá?

—No quiero hablar de él —lo que dije me causó rechazo apenas terminé de decirlo.

Sentí cómo te podías destruir al escucharlo—. No, perdón, perdón, perdón —no le pedía perdón a él, te lo pedía a vos—. Sí, quiero. Pero... no puedo. Hace cuatro meses que no lo nombro.

—Sabés... Dicen que la gente muere dos veces. Cuando se va, y cuando los que la quieren la dejan de nombrar.

Se produjo un silencio. Lo que dije luego todavía me impacta.

—Yo... yo tengo la culpa.

Me refería a nuestra pelea, aunque no la mencioné. Nunca me atreví a mencionársela a nadie.

—¿De qué tenés la culpa?

No sabía cómo decirlo. Hacerlo, para mí, era confesar un gran crimen.

—Yo... —me aguardaba con paciencia y atención. Esperando que yo encontrara las palabras adecuadas. Comencé a rascarme los brazos por los nervios—. Esa mañana... —me acomodé el pelo detrás de mis orejas y cambié el cruce de piernas—. A veces siento que no quiero vivir más —confesé.

—Sos fuerte —me contestó, mirándome fijo a los ojos. Fruncí el ceño.

—¿Escuchaste lo que te acabo de decir? Dije que no sé si quiero seguir...

—Pero estás acá. Viniste. —respondió, antes de que pudiera llegar a repetirlo.

—Quiero dejar acá por hoy. Estoy cansada.

—Me parece perfecto. ¿Querés volver?

Arreglamos una fecha para la próxima semana, y apenas salí del edificio descubrí que no quería esperar siete días. Intenté pagarle, pero no me dejó. Me repitió una y mil veces que si hacía falta, así fuera a las tres de la madrugada, me comunicara con él, y yo le agradecí un montón el

haberme atendido.

Volví a casa de la tía pensativa y decidí hacerme un blog, una página donde tener todos los escritos de mi cuaderno, aunque lo hice privado. No podía mostrárselos a nadie. Me quedé hasta tarde transcribiéndolos, y ahora, mientras la tía prepara la cena, te estoy escribiendo estas palabras en tu máquina de escribir.

Hoy te nombré. Y sí quiero hablar de vos.

11/04/2018

Estoy en el colectivo yendo hacia la facultad. Entonces observo. Salgo de escena y observo. A la madre que le está intentando poner las zapatillas a la bebé que revolea los piecitos y llora. A la chica sentada al lado mío, que está viendo el último video de Taylor Swift en la pantalla de su Iphone. Al señor parado enfrente, comiendo una manzana y gritándole a alguien por videollamada.

Todo sigue su curso.

Como si vos todavía estuvieras, o como si no se hubieran dado cuenta de que no estás.

Me espanto.

Voy a hacer folletos con tu cara. Voy a empapelar la ciudad con ellos. Voy a contratar

a una persona por cada esquina de toda la ciudad de Buenos Aires para que los reparta. Dentro va a estar tu información. La más importante. Voy a hablar sobre las cosas que amabas. Me voy a intentar aproximar lo más que puedo a vos, o al recuerdo que tengo tuyo.

Voy a hacer competencias, y quien las gane se va a llevar un premio grande. Dinero. El dinero siempre atrae a la gente y siempre la arrastra a la locura.

Los voy a arrastrar a todos a mi locura, porque es mucha para mí sola. Porque me quiero sentir acompañada. Todos van a querer saber más sobre vos. Todos van a saber algo sobre vos.

Y entonces, hasta que el último hombre o la última mujer muera, vas a vivir.

Excepto que se vuelva una tradición o una costumbre. Excepto que me convierta en legisladora y promueva un proyecto de ley que te vuelva una materia del secundario, un aprendizaje fundamental para todos. Ya no va a depender todo de que yo me quede cuando no quiero.

Ya no voy a tenerle terror al suicidio por creer que, si yo muero, me llevo al puñado de recuerdos que tengo sobre vos y lo erradico del mundo.

O al menos, sería una buena idea.

12/04/2018

Hoy me desperté sollozando y transpirando, con terror. Creo que tuve otro sueño aunque no lo

recuerdo en absoluto. No quiero recordarlo porque sé que fue horroroso. ¿Tenía algo que ver con Luz? En la facultad sucedió lo peor. A la profesora se le ocurrió que era excelentísima idea que hiciéramos un trabajo grupal. Me juntó con cuatro chicos al azar, y nada me costó más que tener que socializar con ellos.

La ventaja de ir a Puán, a la facultad pública, es que puedo evitar interactuar con gente.

Todos los cursos están repletos de personas diferentes, y esa situación encaja perfecto con mis ganas de estar sola. Es como si lo estuviera, a veces. En la otra materia, el trabajo era individual.

Había que elegir algún hecho o alguna teoría científica, astronómica, física, geológica, o la que fuera, y relacionarlo con la filosofía. Tenía dos semanas para presentarlo. Hice lo que hago siempre. Entré al blog de Marina. Después de buscar por un rato largo, llegué a un artículo que escribió en dos mil dieciséis. Se llamaba “El sol y los ocho minutos”. Lo puse en favoritos para leer más tarde junto a un par más.

13/04/2018

¿Cómo era el mensaje?

No me acuerdo bien.

¿“No voy a volver a casa”?

No, no. Así no. No era tan tajante. Había más.

¿“Me arruinaste la mañana. No vas a arruinarme la noche”?

No. Me niego a pensar que te pude haber escrito eso.

¿“No quiero verte más. Ni hoy ni nunca”? Creo que había insultos, pero no recuerdo cuáles. De todos modos, así tampoco era.

¿Te dije que te odiaba? ¿Te repetí que me dejaras en paz? ¿Qué te mandé esa mañana de diciembre desde la estación de subte, después de pelear? No lo sé. Lo borré hace mucho tiempo. No lo sé. No tengo idea. No quiero saberlo. No sé. No voy a seguir haciendo memoria porque me agota pensar en eso.

Lo que sí sé es que lo leíste.

Lo leíste apenas te lo mandé, y te quedaste en línea por un rato largo después de leerlo.

14/04/2018

Organizando el casamiento, mientras armábamos las mesas, probaban el sonido, decorábamos el salón, y acomodábamos los souvenirs, pasó algo que jamás desde que trabajo en el salón había visto. La novia salió corriendo de la sala en donde los homenajeados se visten, maquillan y peinan. Se rumoreaba que no le había gustado el peinado y ya. Tenía sentido, porque es el día más importante para muchas personas. Pero para mí existía una razón más profunda, porque

pensaba que nadie que se estuviera por casar con quien quisiera se pondría a llorar de esa forma por un peinado.

Me mandaron a buscar las bebidas a una de las puertas traseras, y fue cuando la vi. La novia, todavía sin vestir ni maquillar, hecha un bollito en el piso sucio, llorando. No solo lloraba.

Gritaba. Parecía que la estaban exorcizando. No soy de involucrarme, nunca. Lo que pasa es que no había nadie que ni siquiera se detuviera a mirarla. Todos le pasaban por al lado con las botellas en la mano como si fuera un trapo de piso.

“El show debe continuar”, pensé. Y me recordó mucho a mí. Así me siento cada vez que vengo a trabajar y todos se están riendo. Por tal razón no me quedó opción, decidió mi cuerpo. De pronto estaba arrodillada al lado de ella. Era hermosa. Todavía más de cerca.

Aunque pocas cosas son más lindas de cerca.

—¿Y tu familia? —me atreví a preguntar. Me miró. Tenía los ojos más verdes que jamás vi. Me di cuenta de que tenía mucha suerte de todavía no estar maquillada. Y también de que, dada su tez blanca, iba a ser muy difícil disimularle al novio que había llorado. Sus ojos estaban rojos, y sus mejillas también. Pronto sus párpados estarían inflamados.

—Les dije que me iba a fumar un cigarrillo —respondió, todavía sosteniéndome la mirada, como analizando a la única persona que se había percatado de su presencia. Después volvió a fijar sus ojos en el piso.

—¿Y los cigarrillos?

Sonrió. Con la sonrisa más blanca y apagada que alguna vez vi.

—Buena pregunta. Me los olvidé en la mesa de la sala de maquillaje. Se ve que nadie se dio cuenta... —nadie, excepto yo, se había percatado de ese pequeño enorme detalle. O sí, pensé para mis adentros. O sí, y no quisieron venir a afrontar lo que ya saben: que no se trata todo de un mal peinado.

—¿Estás bien?

—Sí, perfecta. Mal peinada —se rio con una carcajada histérica que me asustó. Entre sus manos había un encendedor. Me acordé del paquete de Marlboro que había en mi jean. Por un lado, para mí ese cigarrillo significaba mucho, era difícil entregarlo, y por otro lado, no hace bien fumar. Pero esa mujer no estaba bien de por sí.

Tal vez lo que a la larga te daña, en ese instante es efectivo. Quizás esa chica de unos treinta años requería una escapatoria rápida, antes de tomar una decisión equivocada.

—Nadie debería casarse si no quiere —me atreví a decir. Pienso de verdad de esa manera. Ya tenemos que hacer muchas cosas por obligación en la vida como para encima compartirla con quien no queremos cerca.

—¿Quién te dijo que no me quiero casar? Andate.

Me habló de forma cruel, pero por alguna razón no me enojó. Me dio todavía más pena, más ganas de abrazarla. Se estaba engañando a ella misma. Por eso le molestaba escuchar de afuera la verdad que no se atrevía a admitirse. Y también le molestaba que fuera tan fácil de ver para cualquiera, porque eso significaba que era una pésima actriz, por un lado, y que su familia no estaba ahí porque estaba haciendo oídos sordos, por el otro.

Me levanté, no iba a seguir insistiendo. Era mucha la responsabilidad que recaía en mis hombros si lo hacía. Su vida entera era la que estaba en juego. Correcta o equivocada, la decisión tenía que ser pura y exclusivamente suya. Una vez, cuando te pedí que me ayudaras a decidir, me dijiste que los errores también tienen que ser nuestros, para después poder cargar con ellos, y que no pesen por ser ajenos, ni por ser lo que otro, que no tenía que lidiar con las consecuencias, nos dijo que teníamos que hacer.

Frené antes de perderla de vista. Me toqué el bolsillo para verificar que siguiera ahí.

Agarré el paquete del Marlboro del pantalón. Le tiré el único que quedaba, pensando que jamás se enteraría de lo que significaba ese cigarrillo para mí, y el gesto inmenso que estaba teniendo con ella. Lo atajó. Me sonrió mientras lo encendía. Tenía una sonrisa preciosa, y muerta. Esa mujer no estaba enamorada.

Sentí, con mucha culpa, un alivio: iba a tener compañía. Esa noche íbamos a ser dos personas las que íbamos a desenchajar en la fiesta, sin nada que celebrar.

Se casaron. Cada vez que iba a servir algo a alguna mesa, la buscaba, y la encontraba

perdida. No sé en dónde estaba, pero no estaba ahí. Yo ya no era la única que no estaba ahí.

A las nueve de la mañana del domingo llegué a casa de la tía cansadísima. Cuando todo termina, nosotros, los empleados, nos quedamos en el detrás de escena. Acomodando, guardando. Me puse el pijama y las pantuflas, me preparé un campari con jugo, y apenas toqué la cama dispuesta a dormir, recordé los artículos que me quedaban para leer del blog de Marina, y ese pensamiento me despabiló.

Abrí “El sol y los ocho minutos”.

Sabés que hace mucho que no puedo llorar, pero esta vez solté dos o tres lágrimas.

Significaban mucho para mí.

15/04/2018

Domingo.

En el cementerio me senté enfrente tuyo y hablé en voz alta:

—Hola, pa. No te podés aburrir, mis semanas vienen bastante cargadas... Bueno, quería que

supieras que estoy contenta de haber ido al psiquiatra, aunque decirlo todavía me parece rarísimo. Igual hay algunas cosas de las que todavía no estoy preparada para hablar.

La familia está bien, bueno, como podemos. Teo está bien. Todavía me acuerdo cuando lo encontramos en un tacho de basura, era una bolita de pelos. Sigo agradecida de que me hayas dejado quedármelo y cuidarlo, aunque eras alérgico a los gatos... —retomé la conversación con lo importante:

—Papá, hay una teoría, un hecho científico, para ser más exacta. Se trata del sol y los ocho minutos. Sabés, creo que lo tenía que descubrir.

“Este hecho determina que el tiempo que la luz del sol tarda en llegar a la Tierra, el tiempo que le lleva recorrer esa distancia, es de ocho minutos. La luz que nosotros recibimos es, siempre, la luz que irradió el sol ocho minutos atrás.

“Lo asombroso para mí es que si el sol se apagara, como en algún momento va a suceder, nosotros tardaríamos en descubrirlo, porque seguiríamos siendo, durante ese tiempo, iluminados por la luz que emanó un astro que ya está muerto.

“Ocho minutos durante los cuales la Tierra seguiría alumbrada, el día seguiría siendo día, las plantas continuarían haciendo fotosíntesis, y la temperatura del planeta se mantendría intacta. Después, los océanos y mares se congelarían, y los animales morirían. Pero antes de todos los eslabones de la cadena de consecuencias que provocaría, lo primero que ocurriría es que nos daríamos cuenta: el planeta entero se sumiría en una noche sin luna. Entenderíamos que el sol se apagó.

“No pude evitar llorar, un poco. Tampoco pude evitar relacionarlo con vos, conmigo, y con esto que hago. Y pensé que yo estoy en esos ocho minutos. Sé lo que pasó, pero igual

creo que una parte de mí todavía no se enteró. Supongo que por eso te hablo, te escribo, y te leo. Sospecho que los estoy estirando lo más que puedo, como una sábana que no alcanza a cubrirte los brazos o que no logra cubrirte los pies, y que sigo inmersa dentro de ellos. Que sigo sintiéndote y teniéndote presente, como a la luz de un astro que en realidad ya no vive.

“¿Y cuando me entere? ¿Qué va a pasar en el minuto nueve? ¿Va a ser el fin de mi mundo? Nadie puede vivir sin el sol. Por eso me puse así, papá. Porque sé que la caída va a ser terrible, y no quiero que nuestro tiempo termine. Quiero que este dolor desgarrador que lo abarca absolutamente todo, y que por eso te hace permanecer tan cerca, tan presente, tan vivo, dure para siempre.

“Aún después del minuto ocho”.

16/04/2018

Lunes

Hoy fui por segunda vez a lo de Héctor. Diez minutos temprano, porque estaba nerviosa, como la vez anterior. Solo que en esta oportunidad él realmente me esperaba. Habíamos pactado el día y

la hora, y yo había salido del departamento deseando tener que esperar menos para volver.

Ahora ese pensamiento me parecía viejo, como de otra vida. Me sentía rara. Mi mente se quejaba de que era una pérdida de tiempo. Yo no tenía ninguna expectativa de mejorar, no le estaba poniendo esfuerzo, ni siquiera lo intentaba. ¿A qué iba entonces? A desperdiciar tiempo. Quizás sería mejor idea dar la media vuelta y volver a la comodidad de mi cuarto.

Pero no podía ser injusta con él. Sobre todo porque tenía la dirección de mi casa, así que era casi imposible desaparecer sin que me pudiera localizar. Era mejor llegar y comunicarle en persona que, aunque le agradecía mucho, no seguiría asistiendo a esas sesiones o a lo que sea que fueran. Para cuando me di cuenta había llegado a la puerta. Esta vez el portero me abrió y me dejó pasar de manera espontánea. Hasta me sonrió y no me miró con cara de sospecha cual si pudiera ser una potencial criminal, como la semana pasada. Y a mí me sorprendió lo mucho más cálida que se puede ver una persona cuando sonríe.

Subí por las escaleras otra vez, y ahí estaba el pasillo, esta vez luminoso, con la puerta entreabierta. Me acerqué con terror, como si tuviera un mal presagio. Cuando me atreví a entrar, lo que vi fue a mi psiquiatra con su mujer tomando mate, riéndose cual si estuvieran en la primera cita, hablando de un tema que no llegué a escuchar, con gran entusiasmo. Cuando me vieron, nada cambió. Yo suelo notar cuando la gente está fingiendo ser diferente frente al resto, cuando está en personaje.

Ellos no se intimidaron ante mi presencia. Más bien era claro que me estaban esperando,

que por eso estaba la puerta entreabierta, y que hasta querían que yo los viera tomar mate y comer bizcochitos mientras se reían. Comenzaba a sospechar que sabían que llegaría mucho más indecisa que la vez anterior, y que mostrándome que nada era tan formal ni tan terrible, calmarían mis ganas de salir corriendo.

—¡Jaz! ¿Cómo estás? ¿Te gusta el mate? Es amargo —dijo Rosa, mientras me ofrecía uno.

—Sí, gracias... ¿me siento?

—Sí, tomate un par y salimos —esta vez habló Héctor.

—¿Cómo que salimos?

—Claro. Vamos a dar una vuelta.

—¿Rosa viene?

—¡No, mi amor! Yo me quedo, voy a hacer el almuerzo, compré para hacer milanesas.

—Bueno..., ¿llevo la mochila? —mis preguntas eran tontas. Yo las hacía porque estaba intrigada y confundida.

—No hace falta. Te va a molestar para caminar.

Al rato salimos del edificio y empezamos el recorrido. Yo lo seguía, mientras pensaba y pensaba, y no se me ocurría dónde podríamos estar yendo. Como los silencios con ese hombre no existen, doy fe de que llenó cada espacio vacío de palabras. Y aunque a veces me perdía un poco, porque no podía escuchar a mi cabeza y a él al mismo tiempo, me sentía bien. Él sabía hacer que la situación no pareciera lo extraña que era.

—Ahora sí, llegamos. Uf, me cansé —dijo, con la respiración extraña y exageradamente agitada para la poca cantidad de metros que habíamos hecho. Yo había salido dispuesta a hacer una caminata hasta Pilar, pero habíamos tardado dos minutos por reloj. Estábamos a la vuelta de su casa.

Todo lo que había frente mío era una librería.

—¿Una... librería?

—Describila —me pidió, todavía jadeando. La situación se volvía cada vez más extraña, yo acababa de realizar mi mejor descripción. Ahí no había nada excepto una librería, antigua, gris.

—Es antigua, grisácea, los libros en las vidrieras están ordenados... ¿por color?

—Qué detallista —Héctor hablaba en base a sarcasmo e ironías—. Ahora, describila como si yo fuera ciego.

—...Por color. Eso es extraño porque casi siempre el orden es por género. Tal vez el dueño quiso innovar. O el empleado aburrido de armar vidrieras intentó volver su trabajo un poco más dinámico. Entre medio de ambas vidrieras, la entrada, y apenas entrás, un sector de libros baratos, acumulados ya sin tanto orden, con un gran cartel que establece los descuentos...

Me miraba fascinado, como si hubiera captado la actividad mejor de lo que él apostaba.

—A los costados, más libros. Estos, en estantes lujosos, ya no acumulados dando una sensación de haber sido tirados, sino acomodados. No hay un cartel enorme que diga sus precios. Deduzco que son más caros. Y pienso que el valor de cada uno de ellos está escrito en la contratapa.

—Los libros te apasionan. Desde chica. Te voy a decir algo, también te gusta escribir, como me contaste. Y aunque no te atrevés a decirlo querés ser escritora, ¿no? De novelas. ¿Y

sabés qué hay que hacer en las novelas? Describir.

—¿Sos psiquiatra o leés mentes?

—La gente es muy fácil de ser leída. Como un libro abierto. Lo que sucede es que no todos quieren leer.

—Me hice un blog el otro día. Está en privado, pero pienso que tal vez quieras leerlo—

. No sabía qué se suponía que estaba haciendo. Pero tenía ganas de que una persona, aparte de vos, supiera de la existencia de mis escritos. Cambié de tema antes de que me responda, porque

me sentí intimidada. Como si solo decirlo ya hubiera sido un exceso de exhibición—. ¿Qué se supone que significa lo que estamos haciendo? —me sentía una nena chiquita en la edad de los porqués.

—Por supuesto quiero, aunque creo que tu blog debería ser público. Pasámelo después.

Y sobre qué estamos haciendo, vamos a entrar.

La librería no era más que una librería de barrio, pero a mí me fascinaba. Todas las paredes estaban repletas de libros. Me puse a pensar que jamás podrían venderlos todos, menos ahora que llegó la época de ebook. Yo no puedo leer si no es en papel, y me parece que algunas costumbres no tienen que perderse. El olor a libro viejo que inundaba el lugar me provocaba una sensación inigualable, y supe que si la felicidad existiera y fuera un olor, sería ese.

Descubrí que los libros me hacen bien porque es una de las pocas cosas en las que no veo temporalidad. Para mí jamás van a poder ser reemplazados por la tecnología.

No sabía qué hacíamos ahí y deduje que él tampoco. Me puse a leer cada título, pasando por *El diario de Ana Frank*, *El túnel*, *Funes el memorioso*, *Rayuela*...

En un momento me quedé muda. Ahí estaban. Los casi ¿sesenta? ejemplares, el pasillo dibujado en la tapa. El libro que habías dejado a la mitad, sin querer, igual que hiciste con el Marlboro que tenías en el bolsillo. Héctor seguía hablando, como de costumbre.

Cuando reparó en mí sorpresa, por primera vez en lo que iba de la tarde respetó mi silencio. Me arrodillé en el suelo, y tomé uno de los tantos iguales que había.

—Qué raro que te detengas en ese libro... ¿Lo leíste?

Capítulo III: Seis

—¿Por qué me trajiste acá? —pregunté con cierta violencia.

—¿Por qué no?

Héctor siempre sabe mantenerse sereno. Casi nada externo lo altera.

—Hay algo raro en todo esto.

—¿En qué?

—En vos. Este libro... —me seguía mirando de manera desconcertada—. Lo estaba leyendo mi papá... antes de morir. Lo dejó en un cajón de su escritorio, con un señalador, y yo me lo llevé conmigo a lo de mi tía con la intención de leerlo. No puede ser que justo vengamos a una librería en donde hay un stand específico para este libro que.. ni siquiera es un best seller.

—¿Por qué no? —repitió, como si lo que acabara de contar fuera lo más normal.

—No entiendo tus preguntas. ¿No te parece raro lo que te estoy diciendo? ¿Nada te impacta?

—A esta altura, casi nada. Mirá, Jaz, yo entiendo que vos no confíes. A mí me pasó lo mismo cuando Luz falleció. Después empecé a prestar atención —su rostro denotaba que creía profunda y honestamente en lo que estaba diciendo—. Es increíble la cantidad de detalles evidentes que nos pasan de largo cuando no estamos prestando atención... Y mirá que los pedimos, eh. Rogamos recibir señales. ¿Y qué hacemos cuando llegan? Las negamos, las rechazamos, queremos racionalizarlo todo, desconfiamos, dudamos, las minimizamos.

Proclamamos que son casualidades, aunque en el fondo sabemos que no sería lógico. Nos convertimos en escépticos, en incrédulos. Yo sé que vos esperabas esto —expresó, mientras sujetaba uno de los ejemplares de *En el pasillo oscuro*, en su mano, sacudiéndolo—. Y lo que a vos te parece una terrible casualidad que te hace desconfiar de mí, a mí me parece un milagro, que me hace confiar un poco más en que “*la vie est belle*”. ¿Sabés?, hay una frase de Freud perfecta para este momento: “Así como a nadie se le puede forzar para que crea, a nadie se le puede forzar para que no crea”... Así que no me fuerces —ahora estaba sonriendo. Sus ojos celestes parecían estar divagando—. ¿No lo ves, Jaz? La vida es maravillosa. ¿No sigue siendo maravillosa?

—¿Por qué me trajiste a una librería? —insistí. Héctor hablaba demasiado pero casi nunca contestaba nada.

—¿Por qué no? —reiteró por tercera vez. Me mordí los labios. Supuse que, en realidad, su respuesta estaba implícita: ni siquiera él tenía idea de qué hacíamos ahí.

Entonces...

—¿Conoces algo sobre el sol y los ocho minutos? —pregunté. Deseando que sí.

—Claro —no esperaba esa pregunta. Yo no esperaba formularla.

—Estoy dentro de ellos. Sigo iluminada por mi papá, como si fuera un astro... ya muerto.

Y ¿qué va a pasar cuando me dé cuenta? ¿Qué va a pasar conmigo en el minuto nueve? No sobreviviríamos sin oxígeno —lo miré. Me percaté de que me estaba volviendo loca. Le estaba hablando de un hecho científico, y de mi papá, y estaba actuando como si no fuera irrisorio—.

Perdón, no dije nada.

—No no, es verdad. Estás en una cuenta regresiva. Tarde o temprano, los primeros ocho minutos en un duelo tienen que terminar, hayan durado el tiempo que hayan durado... Pero no estoy de acuerdo con vos.

Agradecí para mis adentros. Necesitaba que alguien me tranquilizara, que alguien me dijera que lo estaba relacionando de forma incorrecta. Deseaba, más que nada en el mundo, estar equivocada.

—¿Por qué?

—Lejos de significar el fin, significaría un alivio para tu alma. No se puede vivir en negación. Tu

mundo no va a terminar, Jaz. Va a empezar otra vez.

No hay un minuto nueve. Hay una cuenta regresiva que termina y una nueva etapa que empieza. Es más, muchos astrónomos dicen que si lográramos acostumbrarnos a las nuevas circunstancias, encontraríamos la forma de vivir. O tal vez esto me lo estoy inventando... —se rio tan fuerte que dos personas se dieron vuelta para mirarnos—. Pero tu vida no es un hecho científico, y si vas a interpretarlo, interpretalo adaptándolo a las circunstancias.

Me gustaba verlo de esa forma. Fuese o no fuese cierta.

— ¿De verdad pensás así?

— Por supuesto. Hubo cinco extinciones masivas en la Tierra, ¿sabías? —. Afirmé con la cabeza, aunque no sabía que habían sido cinco—. La Tierra sobrevivió a todas, y la vida encontró su manera de sobrevivir también y de empezar otra vez, aferrándose a algún minúsculo lugar recóndito del planeta para poder desarrollarse. Nunca había relacionado “El sol y los ocho minutos” con un duelo, pero ahora que lo mencionás... Es interesante. Los días terminan. Y la noche que les sigue existe, y es habitable, aún...

—...Después del minuto ocho —agregué.

17/04/2018

¿Te acordás que te conté que tuve una pesadilla? Hoy en la facultad, mientras organizábamos el trabajo grupal con los cuatro chicos con los que tengo que hacerlo, la recordé.

Me gustaría olvidarla ahora.

Me encontraba de nuevo en la estación de subte, por primera vez desde que sucedió lo sucedido. Estaba sola. Entonces escuchaba un llanto de mujer a mis espaldas. Me daba vuelta, y ahí estaba yo, a punto de lanzarme a las vías, como la última vez. ¿Alguna vez soñaste que te

veías a vos mismo? Cual si hubiese dos “yo” en ese lugar.

Intenté gritar mi propio nombre para impedir que se lanzara. No salía sonido alguno de mi boca. No podía hablar, moverme, ni hacer nada, excepto llorar mientras presenciaba mi propia muerte, como único testigo.

El subte aparecía de manera repentina y de pronto mi otra yo, a punto de suicidarse, me miraba a la cara. En el momento en el que nuestros ojos se cruzaban, yo ya no era yo: era Luz.

Aunque no sé cómo es porque nunca me atreví a mirar hacia la pared repleta de fotografías.

Aunque no me acuerdo tampoco de cómo se veía en ese sueño. Yo sabía que ella era Luz.

Cerré los ojos cuando se tiró, y escuché el paso del subte, que siguió de largo. De pronto la estación se llenó de gente y todos me comenzaron a señalar. Me acusaban de su muerte. O

de la mía. O de la de ambas. Me intenté mover o hablar, para explicar que yo no la había

empujado, pero no existía forma, no había nadie más a quien culpar. Cada vez había más personas. Todos me miraban como se mira a un criminal.

Estaba también la misma mujer del día en el que conocí a Héctor, cubriendo con su cuerpo a su hijo para evitar que me mirara, de la misma forma que la otra vez. Cerré los ojos con fuerza para ya no verlos. Cuando volví a abrir mis ojos había despertado.

—¿Estás bien?

Me había puesto pálida y sentía náuseas, así que ni siquiera alcancé a agarrar mi mochila. Salí corriendo del aula, y no llegué a localizar un baño. Vomité el pasillo de la facultad.

Me puse contenta de al menos haber alcanzado a pasar la puerta, hubiera sido más humillante dentro. Dos de los chicos con los que estoy haciendo el trabajo salieron detrás de mí, y también lo hizo la profesora. Les pedí perdón y me recomendaron que me fuera a mi casa, porque no se me veía nada bien.

Balbuceé que no sabía que me había pasado e intentaron calmarme, diciendo que algo me había caído mal. Lo que me había caído mal era ver morir a Luz frente a mis ojos. Me percaté de que no tenía idea de cómo Luz se había suicidado. Le pedí a Esteban, uno de mis compañeros, que me trajera la mochila, y apenas crucé la entrada principal, le traté de escribir un mensaje a Héctor: “Tuve un sueño horrible, hace unos días, recién me acuerdo. Creo que me voy a desmayar...”. No alcancé a enviarlo, porque sí me estaba a punto de desmayar. Y de hecho lo hice.

Todo el resto del día transcurrió de manera extraña. Abrí los ojos y tenía a unas quince personas encima mío. Para cuando recuperé el habla, les balbuceé el número de teléfono de la tía. Un chico de unos veintisiete años, cuyo rostro no recuerdo porque seguía adormecida, la llamó, y a medida que me iba sintiendo mejor, comenzaron las preguntas. “¿Cómo estás?, ¿te bajó la presión?, ¿quieres agua?, ¿tiene que comer algo dulce o salado?, ¿quieres entrar a la facultad?, ¿te duele la espalda?, ¿vieron cómo se cayó? Sí, yo estaba acá, ¿no se habrá roto

algo? La espalda, para mí; el sol le va a hacer mal, ¿podés pararte?”.

Todos se habían transformado en opinólogos, y yo solo quería que se callaran. Que me dejaran quedarme tirada en el suelo hasta que la tía Marcela llegara. Accedí a irme a sentar a una escalera que estaba cerca. No me iban a dejar en paz si me quedaba recostada en el pavimento. Apenas atiné a moverme, me di cuenta de que la persona que había señalado que me dolería la espalda, tenía razón, pero no solo dolía. Era como si me hubiesen pegado con un palo de golf en el medio de la columna vertebral, reiteradas veces.

Cuando abrí la puerta me encontré con mi abuela en el living. La saludé y me disculpé, porque sentía que si no me acostaba el cuerpo se me iba a romper en diez mil pedazos. Me dormí apenas toqué la almohada, como si me hubiese descompensado de nuevo. Esta vez, por suerte, en la cama.

18/04/2018

Héctor me pidió que vaya a su casa después del episodio del desmayo, y yo le hice caso.

Era momento de hablar con alguien. Tenía que dar mi declaratoria.

—¿Qué soñaste? —pensaba que yo estaba ahí para hablar de la pesadilla que jamás le confesaría. Cambié de tema.

—¿Te acordás de la primera vez que vine? ¿Que hablé sobre eso de... de la culpa?

—Por supuesto. Estaba esperando que quisieras retomar el tema.

—No puedo, de verdad no. Me encantaría poder gritarlo, y sacármelo de adentro, pero en mi cabeza es como si... estuviera por confesar un homicidio.

—Podés confiar en que no voy a denunciarte por lo que sea que hayas hecho.

—No hice nada —en mi cabeza esa oración venía con signos de pregunta: “¿no hice nada?”.

—Es normal que tu mente bloquee un recuerdo que te atormenta —. Quería decirlo.

Quería sacármelo de adentro. Necesitaba hacerlo. Sin embargo no pude. No pude mencionar la pelea. No pude confesar el gran crimen.

—Me acuerdo de partes, del mensaje no, pero sí de la mancha de café... —. Me miraba con desconcierto, como si no pudiera entender nada de lo que estaba diciendo porque lanzaba palabras sueltas que no tenían ningún hilo conector. Me comencé a percibir débil. Él me miraba, atento. Se me ocurrió que me estaba mirando como se mira una película de suspenso cuando estás por descubrir quién es el asesino.

Ese pensamiento me hizo sentir todavía más frágil.

—¿Cuál es el crimen que no querés confesar? —indagó entrecerrando los ojos, dando a entender que estaba confundido.

—Que si no hubiera pasado algo esa mañana... Nada —. Intentar decirlo en voz alta lo hacía parecer peor de lo que ya de por sí era. Me encontraba sentada al borde del sillón, por si tenía que escapar.

—Tengo una actividad para que hagas —dijo mientras se levantaba y colocaba una silla vacía enfrente mío—. Yo me voy a ir. Vos vas a imaginar que en esta silla está la persona con la que te debés una conversación. Vas a decirle lo que sea que haya quedado como asignatura pendiente. Lo que vos quieras. Cuando termines, me avisás.

Esperé a que abandonara la habitación y cuando la puerta se cerró a mis espaldas, me arrodillé en el suelo, e intenté hablar, pero no podía hacerlo. No estaba viéndote a vos en esa silla.

Ahí estaba mamá.

No comprendía por qué la veía a ella, y no a vos en ese asiento. Sin embargo, me hacía una idea. Jamás la había sufrido. Su ausencia se había sentido tan brusca, que me había dedicado a evadirla. Me había aferrado a vos como a un salvavidas en el medio del mar. Supongo que era

chica para comprender y asimilar la fragilidad de la vida y la brutalidad de la muerte. Pero lo malo de dejar para después, es que ese después llega. Y había llegado.

—Hola, mamá. No sé cómo se hace esto, yo...

Y lloré, por primera vez desde hacía muchísimo tiempo. Hubo una época en la cual era normal para mí poder hacerlo. Desde hace algunos meses se había convertido en un imposible.

Lo requería, pero no había forma. La tristeza se había estancado y habitaba en mi garganta, en mi cabeza, y en todo mi cuerpo, sin poder expulsarla. En esta ocasión pude. Mi nariz se había tapado y casi no podía respirar, entonces lo hacía por la boca.

Lloraba y tragaba mis propias lágrimas, los ojos me dolían y a su vez sentía que había una especie de nudo que se comenzaba a desatar. Muchos científicos dicen que los animales no pueden hacerlo por tristeza o felicidad, como nosotros, sino solo para limpiar sus glóbulos oculares, aunque todavía es tema de debate. Pensé que quizás, si así fuera, me estaba comenzando a humanizar otra vez.

No sé cuánto tiempo pasó. Solo sé que para cuando pude recuperarme quise hablar para expresarle que la extrañaba, pero rápido decidí que ya era más que suficiente. Había estado como veinte minutos demostrándoselo. Con un llanto que esperó toda una vida para ser llorado.

Dejé entrar a Héctor. No le expliqué lo que había pasado en detalle, y él tampoco me pidió explicaciones.

—¿Te sentís mejor?

—Sí... No con mi papá. No vi a mi papá.

—Está bien, vamos por partes dijo Jack, el Destripador —. No me parecía lo más adecuado para decir en ese momento, pero así era Héctor. Hasta me causó risa, para qué negarlo.

Volví sintiéndome liviana, y me convencí a mí misma de que si bien ese avance no solucionaba el dolor que tengo, lo iba desmenuzando.

Vamos por partes.

19/04/2018

De pronto recuerdo alguna nimiedad y el dolor vuelve con violencia. Siempre vuelve.

Siempre más fuerte.

¿Cómo se las arregla para hacerme sentir que vuelve si yo sé bien que nunca se va?

La nimiedad: no llegaste a tatuarte el nombre de mamá. Tenías el turno para el siete de diciembre.

Estoy segurísima que era el de mamá y el mío, pero el mío era sorpresa.

Murió siendo sorpresa.

20/04/2018

Hoy temprano me encontré yendo al cementerio a visitarte. Antes iba nada más los domingos, lo que pasa es que estos días me sentí peor que nunca. No es que haya pasado algo específico, solo es como si mi cuerpo me cobrara caro cada leve mejoría. A veces me comienzo a sentir un poco optimista, aunque dura poco y nada. Es ahí cuando recuerdo. Es que creo que uno se vive imaginando tragedias, las más terribles, pero sin vos no me imaginaba.

Todavía no lo hago.

Llovía torrencialmente, ¿viste que me gusta cuando los días se condicen con mi estado de ánimo? Por mí podrían pronosticar tormenta todos los días, que yo estaría siempre acorde al clima. Me puse uno de tus pilotos, que me queda inmenso pero me recuerda a vos, y te fui a visitar. Hace un par de semanas ir al cementerio me parecía una imposibilidad. Ahora si fuera por mí iría todos los días. Cuando te hablo me siento cerca tuyo, y cuando me siento cerca tuyo, nos percibo reconciliados:

—Hola, papá, estos días fueron horribles. Ya me habrás visto, digo, te habrás dado cuenta. No tengo un motivo en particular. Me cansé de hacerme la fuerte, si es que a esto que hago se le puede llamar fortaleza. No puedo más, papá. Te extraño mucho. Ya sé que vos a veces me das señales y yo las desconfío, pero me falta algo más.

Mi vista estaba posada en mis manos, mientras jugaba con una volante que me habían dado en la calle.

—Perdoname papá. No quiero seguir mintiendo —levanté la vista. Como si tuviera que decirlo en voz alta y con la frente en alto—: Es lo que hago todo el tiempo. Miento para no preocupar o molestar a nadie. Finjo, actúo, no digo las cosas como son, y... ¿qué sentido tiene?

Al menos a vos, no quiero mentirte más.

21/04/2018

A veces me siento una nena chiquita en la cola del supermercado. Miro hacia mis costados frenéticamente. Estoy nerviosa. Dijiste que te faltaba agarrar algo, y te fuiste, y nuestro turno va a llegar. ¿Qué hago si no volvés a tiempo? ¿Cómo me defiende sola?

Y cuando llegue nuestro turno no va a pasar nada. Nada de nada. Voy a explicarles que ahora volvés, (¿ahora volvés?). Voy a dejar pasar al siguiente en la fila. Me voy a sentar a esperar.

Ahora deduzco que mi terror, en realidad, es poder sola. Porque en el fondo, tal vez, mi miedo fue siempre que sin vos no quiero.

Ahora soy esa nena chiquita que sabe que puede dejar las cosas e irse. Pero quiere quedarse a esperar(te).

Porque sin vos no quiere.

22/04/2018

Tuve franco, y a la noche no podía dormir. No tenía forma alguna de conciliar el sueño.

Encendí las luces y agarré el libro *En el pasillo oscuro* de mi mesita de luz, dispuesta a leerlo.

Antes de hacerlo reproduje cuatro veces tu audio preguntándome si necesitaba algo, como ejercicio mental para no olvidar tu voz.

Ojalá pudiera contestarte esa pregunta ahora.

Apenas lo abrí pude ver que en la primer hoja habías escrito una especie de dedicatoria.

Era tu letra, papá. Lo cerré, con terror de lo que pudiera llegar a leer. Me levanté, fui a la cocina, y agarré el jugo de naranja y un vaso. Volví a mi pieza, donde guardaba el vodka que tenía escondido en mi armario desde el día del subte. Me preparé un trago, y después de un rato, con valentía pero muchísimo miedo, volví a abrir el libro.

Sonreí como no lo hacía desde hace muchísimo. La señal que te había rogado era esa, había estado ahí todo el tiempo, pero como Héctor dice, es increíble la cantidad de detalles evidentes que se nos pasan de largo cuando no estamos prestando atención.

“Querida Abril:

Compré este libro con la intención de regalártelo.

En algunos meses es tu cumpleaños, así que lo voy a tener conmigo hasta que ese momento. Feliz cumple. Te quiero.

Papá”.

Me quedé despierta hasta las cinco de la mañana, leyendo. Lo cerré. Su última frase era

“Esto también pasará”. Mi único tatuaje. Mi frase preferida.

Y ahora tenía un último *te quiero* tuyo.

Uno que había estado ahí todo este tiempo.

23/04/2018

La actividad del día con Héctor incluía salir del departamento, otra vez. Apenas entré me topé con una caja en el piso y Rosa me dijo que estaba llena de regalos que le iban a dar a Francisco pronto, porque iba a venir a visitarlos. En esta ocasión, que había ido preparada para caminar media cuadra, el destino era más lejos. No sabía a dónde estábamos yendo, y empezaba a divertirme la idea de que cada sesión fuera un nuevo desafío.

—Acá.

Me reí.

—... ¿Treinta cuerdas para venir a... un banco de plaza?

—Así es, te gustan los espacios al aire libre y los días despejados, ¿cierto? —dijo con un gran dejo de sarcasmo.

—Los detesto.

—Ya sé. Bueno, vos te vas a sentar en ese banco y yo me voy a ir a dar una vuelta... o dos. Tomá, te traje varias hojas y una lapicera que me regaló mi hijo, cuidámela —tuvo que parar de hablar para toser, como de costumbre.

—¿Fumás?

—Fumaba. La tos quedó. ¿Cómo te diste cuenta?

—Mi papá tosía igual... ¿Qué tengo que hacer con esto?

—¿Vos también fumás, no? Por los cigarrillos en el jean.

Bajé la vista. Sobresalía una parte de la caja vacía en el bolsillo del frente de mi pantalón.

Me negué.

—No, nunca fumé. Es... largo —me reí por dentro. Mis actitudes eran extrañas, y todavía más si intentaba explicarlas. Decidí que no lo haría—. ¿Qué tengo que hacer con la hoja?

—Tenés que dibujar a un hombrequito bajo la lluvia. No, mentira, tenés que escribir cómo te sentís. Como no se lo dirías a nadie, ni a mí.

—Eso lo hago todo el tiempo —. Me refería a esto, lo que hago acá. Donde expongo mis sentimientos de forma tan cruda que no quisiera que nadie lo leyera—. Cuando pasó lo de papá, me costó volver a escribir. Así que empecé a hacerlo para... contarle a él todo lo que me iba pasando.

—Bueno mirá, vamos a cambiar la actividad, la verdad es que me imaginaba que esto podía suceder —Héctor nunca admite una derrota—, así que tenía un Plan B —creí que se le

acababa de ocurrir por lo que le había contado, lo que sí debía admitir era que es ingenioso—.

Podés escribir un cuento, o un texto, o enumerarlo, o hacer un cuadro sinóptico, lo que prefieras.

Pero tiene que ser en primera persona. Cuando esté listo, mandame un WhatsApp.

—No entiendo... No sé qué tengo que hacer.

Héctor no era Héctor sin misterio.

—Tenés que escribir sobre tu papá. Sin mencionar nada sobre autos, calles y accidentes.

Tu papá no es eso.

En el momento en el que lo vi irse me quedé en blanco. No sabía qué escribir, y no creía que fuera una buena idea la de nuestra tercera sesión. Me quedé pensando cómo comenzar hasta que decidí dejar que surgiera lo que tenga que surgir. Como siempre que escribo:

“Papá.

Tiene razón Héctor. A veces olvido decirte lo importante. A lo que me refiero es que cuando las personas están vivas, uno siempre olvida expresar ese te quiero que falta, porque...”

—No.

Creo que grité porque un chico que pasaba andando en bicicleta se quedó mirándome por un rato, hasta que se acordó de pedalear.

¿Qué hacía? La consigna era simple, sin embargo ahí estaba, hablando sobre tu muerte, otra vez. Doblé el papel en dos para transcribirlo en tu Remington más tarde, y comencé de nuevo. No podía ser tan difícil pensarte. Vos eras, vos sos mucho más que lo único que recuerdo cada vez que hablo o escribo. Volví a empezar:

“Papá:

Cuando tenía cinco años creí que eras un superhéroe, desde el día en el que te descubrí disfrazado de Papá Noel. Vos me susurraste al oído que te habías puesto su traje porque te había nombrado su ayudante, y yo te creí, porque no hay nada que me hayas dicho que yo no te haya creído. Cuando tenía seis años, lloraba desconsoladamente. No quería empezar la primaria. Me quería quedar en casa con mi familia. Así que vos me prometiste que íbamos a ir a con mamá a Mcdonald's a la noche, y yo entré a la escuela sin protestar. Esa promesa no significaba más que ‘al final del día vamos a estar’, y de esa forma se volvió soportable.

Cuando tenía ocho años, te pregunté por qué yo ya no tenía mamá si todos tenían una, y vos te quedaste por primera vez sin respuesta. Esa madrugada te escuché llorar por primera vez, y comprendí que sí eras un superhéroe después de todo. Mi preferido, aunque no conocía a muchos otros.

Cuando tenía trece años la que lloré fui yo. En la escuela me cargaban. Vos me enseñaste que ‘cuando se acaba la inteligencia, comienzan los insultos’, y esa frase

todavía la atesoro, después de todo este tiempo. Me cambié de colegio y la vida se volvió un poco más simple. No juzgaste mi dolor, e hiciste todo lo que estaba a tu alcance para que disminuyera.

A los quince años festejé mi cumpleaños en un salón, y todavía me acuerdo de la dedicación que

le pusiste a todas esas cosas que para el común de los hombres son irrelevantes. Vos me ayudaste a conseguir el vestido, el peinado perfecto, y la corona.

Esa noche me sentí una princesa, y vos le sonreías a mi sonrisa. Bailamos el vals, y cuando llegamos a casa te agradecí una y mil veces.

Pero no solo por la fiesta.

Papá, tenías la risa más contagiosa que escuché en mi vida, y eras un buen hombre, de esos que siempre dejan huella y nunca cicatriz. Sé que mi felicidad te hacía feliz, sé que todo lo que hacías por mí también lo hacías por vos.

A mí también me alegraba verte bien. Sabía que te había costado estarlo. Por eso te admiraba. Habías construido una familia de a dos, y yo no requería más que eso.

Así que el tres de junio del dos mil quince, cuando cumpliste cuarenta y cuatro años, te hice una carta, y te dije que eras mi superhéroe favorito, lo cual te causó risa porque ya no era una nena.

Pero lo sos.

Todavía lo sos, papá. Porque a veces es más difícil enfrentar a la vida real, y vos lo hiciste. Sin capa, sin espada ni poderes. Y siempre saliste triunfante.

Y yo quiero ser como vos”.

Terminé de escribir sonriendo, y cuando Héctor llegó a la plaza, me sonrió a la distancia.

—¿Lo vas a leer? —le pregunté cuando ya estaba lo bastante cerca como para escucharme. No tenía idea de qué iba a hacer Héctor con esa hoja.

—¿Querés que lo lea? La realidad es que no pensé en eso, solo en que estoy seguro de que tenías que recordar ciertas cosas. Si no lo hacés, el olvido te pasa factura.

—Yo jamás podría olvidar a mi papá —solté con agresividad.

—Lo sé, ni yo a Luz, ni nadie a alguien que realmente quiso, pero si no hacés este ejercicio, si no pensás en todo esto, ¿no se van borrando detalles? Se acrecientan los del único día del que siempre hablás, y se desdibujan todos los demás.

—Puede ser, me costó empezar a escribir. Tuve que hacerlo dos veces.

—Te entiendo.

—¿Lo vas a leer? —repetí la pregunta. No la había respondido, sino retrucado.

—¿Querés que me lo lleve?

—No. Te quiero contar, digo, leer. Sobre papá. Si hay tiempo, claro.

—Siempre hay tiempo —Héctor se sentó al lado mío, en el banco, sosteniendo la

mirada, analizándome, supongo—. El tiempo es un invento, y como es un invento, nosotros determinamos si lo tenemos o no, y qué cosas merecen nuestro tiempo —el cielo en sus ojos volvía a aparecer, más despejado que nunca por el brillo del sol.

Se lo leí. Me puso contenta que alguien que no tuvo la suerte de conocerte sepa ahora sobre la persona que fuiste.

—¿Querés venir a comer a casa? Rosita te hizo una torta de manzana, no sé si te gusta.

—Es mi preferida. Era la preferida de él también —me di cuenta de lo vivo que te sentía cuando me atrevía a nombrarte.

Llegamos al departamento y la puerta estaba entreabierta. Me pregunté si esta gente no escuchaba las noticias, y me llamó la atención que no lo hicieran porque eso es lo que las personas grandes hacen. A lo lejos se podía sentir el olor a manzana, que me recordó a la casa de mis abuelas, siempre con el exquisito perfume a comida casera que te invita a entrar. Una vez que Héctor abrió la puerta el bizcochuelo estaba en el medio de la mesa, y había tres tazas de té. La había hecho para mí. Yo le había dicho la primera vez que la vi que era mi favorita.

¿No es hermoso sentirse bienvenido?

Comimos, hablamos y pasamos un buen rato. Estaba cómoda con Héctor y Rosa, mucho más de lo que creí que podía llegar a estar con gente mayor desconocida. Cuando estaba por salir, no resistí la tentación de mirar de reojo la pared repleta de fotos, aunque me daba terror hacerlo. No alcancé a ver a Luz. Igual podía imaginarla. En lo que sí reparé, desde lejos, fue en lo alegres que se veían como familia cuando todavía eran cuatro.

24/04/2018

La notebook estaba en mi escritorio y yo daba vueltas por la habitación, pensaba, me convencía de que sí, y volvía a retroceder, sospechando que no era una buena idea. No estaba segura de si era correcto, aunque la intriga me consumía. Antes de hacerlo pensé en esa frase, la de que la curiosidad mató al gato, y me dio un poco de miedo. Igual lo busqué: el nombre completo de Luz en google.

Solo quería saber algo más de ella, teníamos tanto en común... Apenas apreté enter lo encontré, su suicidio había sido noticia. Tal vez debido a que iba a un colegio privado, o porque su padre era un reconocido psiquiatra y era una gran ironía que su hija se quitara la vida. Los medios se alimentan de esos morbos. Sin lugar a dudas, una de las primeras cosas que se mencionaba era la profesión de Héctor, y me llené de ira por dentro al imaginar cómo se debió de haber sentido él en ese entonces. ¿Hay límites para lucrar con el dolor?

Cuando vi la foto de Luz se me heló la sangre. Tanto imaginarla y ahora la tenía enfrente.

Era hermosa. En la foto estaba sonriendo, y tendría unos trece años. El pelo rubio, como la madre, la piel albina, y los ojos marrón claro, pecas en los cachetes, y facciones simétricas.

Nadie podía negar que era bella, casi angelical. Comencé a leer la noticia cada vez más desconcertada.

En una parte la nota mencionaba que en Argentina la tasa de suicidios supera a la de homicidios, y que la mayor parte de quienes lo intentan, lo vuelven a intentar al año siguiente.

Este último dato me espantó, todavía no estoy tan segura de estar sana. Y me prometí a mí misma que me cuidaría.

Fracasé más rápido de lo que me gustaría admitir.

Para cuando encontré lo que estaba buscando sentí como si hubiera llegado a la parte cúlmine de una novela. De pronto no podía pensar en nada, salvo en Luz. Y me enteré de algo que prefería haber ignorado. Cómo se había quitado la vida. No puedo ni redactarlo en esta máquina de escribir sin imaginarlo, y no quiero que eso suceda.

No puedo volver a imaginarlo.

Solo voy a decirte que se sometió a un dolor inconmensurable. Y si se sometió a ese dolor inconmensurable, es porque todos los días estaba sufriendo todavía más que eso. En ese momento lo pude observar en mi mente, como si estuviera ahí. Pude ver el rojo tiñendo el suelo del baño, el mismo baño al que yo había ido varias veces, y me bajó la presión. Seguí leyendo el artículo, y después, cuando lo terminé, encontré un video en Youtube de 2008. Un segmento de un noticiero en el que hablaban sobre Luz.

Un periodista contaba, entre otras cosas, que Luz se suicidó por las burlas que recibía de sus compañeros porque nació con hipoacusia, es decir, la incapacidad de escuchar en lo absoluto a través de uno de sus oídos. Que se reían, le gritaban en la oreja, o movían los labios como si le estuvieran hablando. Luz llegaba llorando a la casa de Rosa y Héctor todos los días.

En una parte entrevistaron a una maestra que contó que Luz siempre fue una chica muy reservada, y que creía que la cargaban por eso. Ella iba al colegio a estudiar y después prefería ir a teatro, cantar... También se burlaban de cómo cantaba y de los videos que subía a internet.

Le gritaban cosas en el recreo, la dejaban sola en el comedor, la elegían última para los trabajos grupales o para los equipos de educación física. Ella quería amigas, contaba el periodista. Tenía, en un momento, pero se alejaron. Nadie quería estar con una chica a la que todos habían tomado de punto. A medida que los años pasaban los agravios eran mayores.

Un día la encerraron en el baño por cuarenta minutos. Y una vez un nene que estaba sentado detrás de ella le cortó el pelo con una tijera. Luz tenía el pelo largo, hasta la cola. Rosa se lo tuvo que emparejar hasta casi los hombros. En otra ocasión, una chica la empujó por la calle. Se abrió la pera, así que se la tuvieron que coser.

A medida que los años pasaron, le instalaron en la cabeza que estaba gorda. Un día, a los catorce años, Rosa la encontró vomitando en el baño... Después se volvió cosa de todos los días. La llevaron a psicólogos, psiquiatras. Cada vez estaba más flaca. Le diagnosticaron

depresión y bulimia.

Cuando terminé de ver el video seguí investigando y llegué a una publicación del Facebook de Rosa. Lo había escrito y publicado cuatro meses después de que Luz muriera:

“Me encantaría poder dejar de volver a un momento puntual todos los días, pero no puedo. El día anterior a la muerte de Luz, entré en su cuarto, y la encontré sentada, desnuda, frente al espejo, pero el espejo no estaba. Fragmentos de vidrio en todo el suelo. Sus manos con sangre.

“Me miró, llorando, pero como si nada. Como si ya no sintiera absolutamente nada...

Jamás me asusté más que cuando vi esa mirada. No había tristeza en sus ojos. No había nada.

En ese entonces estaba pesando treinta y cinco kilos.

“Nunca me voy a olvidar lo que escuché de sus labios, porque me partió el corazón. Y

lo que peor me hizo fue esa voz... No era la de mi hija. Esa voz ya no estaba sufriendo. Mi hija ya no estaba ahí.

“—Perdón, ma. Ahora limpio. No podía verme más.

“Lo rompió con sus puños.

“Me cansé de hablar con los padres de los chicos, con los profesores y los directivos.

Nadie nunca escucha.

“Toda esa gente me mató a mi bebé. No los nenes. Perdón, mi amor. No sé en qué momento fallé”.

La publicación tenía más de dos mil comentarios, y así como había varios positivos, había muchísimos otros que no.

Los culpaban a Rosa y Héctor de no haber cuidado de su hija. Los culpaban de su muerte.

Cerré la computadora de forma repentina, y por un instante me quedé quieta, mirando un punto fijo, sintiendo su dolor, hasta que agarré la almohada para cubrirme la boca, y grité con todas mis fuerzas. Aunque no puedo comprobarlo, puedo jurar que me puse de color bordó.

Seguí gritando, hasta que la ira que me ardía por dentro se convirtió en debilidad, y me percibí frágil, como si estuviera a punto de quebrarme y desmoronarme.

Pensaba en lo mucho que se sufre en el colegio, y en lo malos que podemos ser los seres humanos. En la pena que sentía por pensar en el infierno que habían vivido Héctor y Rosa, en el cariño que le tenía a Luz sin conocerla, y en lo que me hubiera gustado haberla podido ayudar.

El pequeño dolor de cabeza se había transformado en la convicción de que me estaba a punto de estallar, y la visión se me nubló por las puntadas. Me desesperé y reproduje tu audio cinco veces,

pero esos siete segundos no lograban distraerme. Agarré el vodka de mi armario, y no sabía si había jugo en la heladera, pero no me interesaba. Así puro era como quería tomarlo.

Tragos y tragos que me quemaban la garganta sin lograr calmarme. Entonces busqué los

clonazepam que tenía la tía en el cajón de la mesa de luz de su cuarto, y me tragué uno, y dos, y tres. Para cuando entendí lo que acababa de hacer, iba por el sexto. Llamé yo misma a emergencias, a la tía, a Héctor y a la abuela Matilde.

Y me desperté en un hospital.

27/04/2018

Hoy me dieron el alta, después de dos días, de un lavaje de estómago por la intoxicación que había provocado, y de un médico de unos cuarenta años que me explicó, delante de mi familia, que me podría haber muerto, y que si esa había sido mi intención necesitaba ayuda psicológica. Les repetí millones de veces a todos que nada más quería sentirme bien, y que había buscado un efecto inmediato. No me creyeron, y yo tampoco me creí. ¿En qué estaba pensando? En nada, salvo en Luz.

Y así fue como volví a decepcionar a toda la gente que me quiere. No fue un intento de suicidio, aunque mis palabras hace mucho tiempo que perdieron credibilidad. Por el momento me basta con que vos me creas. Provoqué un desastre, y solo quise sentirme mejor. Solo me quiero sentir mejor. ¿Existe alguna forma? ¿O cada vez que tenga una leve mejoría voy a recibir una trompada en el medio de toda mi esperanza?

A la primera persona que vi cuando abrí los ojos fue a la tía, a la que le pedí hojas para poder escribir. Apenas iba despertando, pude ver a los abuelos. También me fueron a visitar Héctor y Rosa.

Todos me miraban de la misma manera, de esa que ya se me había vuelto tan familiar.

Con decepción. Los había vuelto a defraudar, a todos, y esta vez sin quererlo. Solo por haber leído algo que no debería haber leído. No en este momento de mi vida en el que estoy frágil.

Para poder volver a lo de la tía les prometí a todos que iba a seguir yendo todas las semanas a terapia, y les juré una y mil veces que no había sido nada, salvo un gran error. Un error que me costó caro, porque ahora voy a tener que pedirle a la tía el suministro hasta de un ibuprofeno.

Un error, al fin y al cabo. Si me sentía un poco más optimista. ¿A qué se debía semejante recaída? Pude percibir el terror en cada parte de mi cuerpo. ¿Este retroceso y recaída significaban perder cada paso hacia adelante?

¿Tenía que volver a empezar la cuenta regresiva desde ocho?

28/04/2018

A la noche salí con mis amigas y acabo de volver. No sé bien cómo fue que acepté.

Supongo que me motivó que nada más se juntaran a cenar en Las Cabras, y aunque quedarme

en la cama siempre me parece una mejor opción, en el momento en el que dije que sí estaba segura de que si hacía como si nada había pasado, tal vez dejarían de decir que volví a intentar suicidarme y creerían la versión de la equivocación por irresponsabilidad. En términos de derecho, lo mío había sido culpa.

Pero todos me acusaban como si hubiera actuado con dolo.

A pesar de que tuve que aceptar que me lleve la tía, la pasé bien. Mejor que la última vez. Hablamos, nos reímos, y todo surgió y se desarrolló de una forma mucho más natural que la vez del cine. Pensé para mis adentros que ellas estaban igual de predispuestas que en el cine.

La que de verdad estaba ahí en esta ocasión era yo. A la vuelta, la tía me fue a buscar, y llevamos a Marina y a Camila hasta su casa. En el viaje mantuvimos una charla muy honesta. Yo estuve muy encerrada en mí misma, y a veces cuando te encontrás solo en tu pena, tu pena te empieza a convencer de que el resto tanto no te quiere. Hasta que comprendés que los alejaste. Y algunas personas se alejaron, pero yo también alejé a algunas personas.

Me dijeron que me extrañaban y que ellas estaban, aunque yo no las dejara. Que ellas estaban e iban a estar. Me abrazaron. Primero me sentí incómoda. Pero después disfruté de ese abrazo.

También hablamos sobre Christian y de que todavía lo que hizo duele. No creo que nunca deje de doler. Varias veces pensé en escribirle, pero el día en el que me enteré por la abuela que fue a la mercería, hasta llegué a redactarlo:

“Seis días esperaste para dejarme por otra. Todavía el cadáver de mi viejo estaba caliente. Para mí estás muerto. En una sola cosa tuviste razón ese día: No soy yo. Sos vos.

Solamente vos podés ser tan basura.”.

Todavía ese mensaje sigue en borradores.

29/04/2018

Camino a nuestro reencuentro de domingo, el día estaba nublado y algo fresco, como más me gusta a mí. No estaba de mal humor. Era día de ñoquis, y me encantan los veintinueve.

Desde que tengo memoria que los pasamos en la casa de los abuelos. La abuela hace la mejor pasta del universo. Y ahora, que ya no te tengo, sigo respetando esa tradición. Pero a veces pienso para mis adentros, que si lo que dice la abuela es verdad, y si los veintinueves, al poner un billete debajo del plato de ñoquis multiplicás al billete y atraés fortuna, me gustaría poner una foto tuya, en vez de dinero, para ver si así te puedo recuperar. Para ver si así puedo multiplicar el tiempo que tuvimos, y lograr que todavía nos quede.

El cementerio estaba repleto de personas, de voces, de llantos, como nunca lo había

visto desde que te visito. Primero me hizo sentir incómoda. Es nuestro lugar, y el resto lo estaba invadiendo. Después de ese instante de puro egoísmo, comprendí que toda esa gente estaba destruída, igual que yo. Y que no era solo mi punto de encuentro.

Me quedé pensando por un rato en lo necesario que ya lo sentía. Era nuestro momento semanal, el mejor de los siete días, y ya no me parecía raro ir sino que me apaciguaba. Por ese tiempo, y aunque no obtuviera respuesta a las cosas que te decía o te contaba, podía jurar que vos me estabas escuchando de forma más inmediata que a través del papel.

—Buen día, papá, te extrañé mucho esta semana. Bueno, todo el tiempo lo hago. Se me está haciendo difícil esperar tanto para venir. Me gustaría hacerlo todas las mañanas, pero no lo hago porque también me gusta venir los domingos, ansiosa, con ganas de verte acumuladas.

Como si ahora vivieras lejos y no pudiera visitarte todos los días. Me despierto contenta sabiendo que vamos a compartir un momento. Espero que lo estemos compartiendo... Guardo la ilusión de que sí.

“Te quería pedir perdón. Yo no sé si el resto me cree o me dice que sí como a los locos.

Vos sí sabés la verdad. Lo de Luz me... —tuve que detenerme un segundo y tragar saliva, me dolía la garganta, como cada vez que tengo ganas de llorar y no puedo—. Es como si estuviéramos conectadas con Luz. Ahora lo que le pasó a ella yo lo puedo sufrir en mi piel, y la entiendo. Entiendo cómo se sintió, y me duele que no haya tenido mi suerte.

“Sé que es discutible, que habrá gente que piense que no tengo razón, pero acá solo estoy yo... Y bueno, vos. Así que puedo decir las cosas que pienso sin que nadie me debata, como una especie de superpoder. Y yo pienso que el colegio es un lugar horrible. Estoy segura de eso. Los nenes son crueles. La gente grande también, solo que uno lidia con eso diferente.

Pero cuando sos apenas un chiquito y te topás con tanta crueldad, cuando recién empezás a

desarrollar tu personalidad y de repente alguien te dice que no encajas por... por lo que fuere, cuando en el medio de tu crecimiento te toman de punto y te hacen sentir insignificante, ¿no va a haber para toda tu existencia, si no lo logras superarlo, una voz en el espejo que te va a repetir que no valés nada?

“Es que no estás creciendo, nada más. Estás aprendiendo. Aprendiendo lo básico, como los colores, los números, a escribir, a leer, y también aprendiendo valores, y qué cosas son y no son importantes. Y si viene alguien y te dice que vos no sos nada ni nadie por tal cualidad física o por lo que te enseñan que se percibe como defectos que deberían humillarte, ¿no lo incorporás e internalizás?

“¿Existe alguna forma de llenar el vacío de esa silla que estaba al lado tuyo, en la que nadie se sentó durante toda tu infancia? Espero que sí. De verdad espero que todos puedan superarlo. Todos los que no tomaron una decisión como la de Luz.

Pero... el colegio es un lugar horrible”.

Me quedé reflexionando un rato, viendo cómo el cementerio comenzaba a normalizarse y la gente se empezaba a ir.

—Bueno, cambiando de tema, te quería contar que a veces necesito preguntarle a Christian por qué me hizo lo que me hizo. También me suele hablar Gonzalo, ese chico del colegio con el que salí un par de veces el año pasado. Él no fue malo conmigo. solo me pasaba esto que me pasa casi siempre. Las personas en general, y las relaciones en particular, me aburren. Es como si el amor no me llenara. Menos ahora que me podrían pinchar y me desinflaría porque estoy vacía... Y estoy empezando a pensar que estoy bien así, que así es como tiene que ser. De todas formas, hoy en día lo único que yo puedo ofrecer es heridas aseguradas. Aparte, ¿quién te deja seis días después de que...?

No pude siquiera terminar de decirlo.

—Este es el texto que escribí para Christián. Lo escribí para distraerme de decírselo:

“El perdón que no recibí.

Me despierto y ordeno mi habitación. Del desorden que dejaste en mi vida ya me hice cargo durante mucho tiempo. Sola y en silencio. Y ya lo organicé.

Nunca tuve oportunidad de decirte nada. La única oportunidad que tuve fue la de correr lejos, y fue lo que hice. Para cuando me cansé de correr, miré hacia atrás, y por suerte ya no estabas. Pero eso no significa que no me haya quedado con palabras por decir. A veces, después de todo este tiempo, las sigo sintiendo como nudo en la garganta. ¿Es eso lo que siento en la garganta? Pronto recuerdo que esas palabras siempre fueron en vano, y que si existió un momento para hacerte saber lo que me hiciste, ese momento ya pasó. Porque fue antes de correr.

Entonces, ¿qué es lo que sigue en mi garganta? ¿Qué es lo que duele ahí, y en todos lados, cada vez que veo una foto tuya, cada vez que me preguntan por vos?

En mis sueños aparecés. También en mis pesadillas. Pero hay un sueño. Uno recurrente. Y sé que es sueño y no pesadilla, porque ahí existe algo que deja de doler.

Entonces despierto y descubro que eso solo significa que algo sigue fresco.

En mi sueño te escucho pronunciar el perdón que nunca recibí de tus labios. Ahí lo decís.

‘Perdón’, y me mirás arrepentido. Lo puedo ver en tus ojos. Comprendés el dolor que causaste. Lo comprendés y pedís perdón.

Y yo te miro y te sigo teniendo miedo. Y no te quiero de nuevo en mi vida. Y no pienso que seas una buena persona. Pero no es pesadilla, sino sueño. Porque deja de doler.

Entonces te perdono, no porque lo merezcas, sino porque yo lo merezco. Yo merezco ese perdón. Merezco escucharlo, o leerlo. Yo merezco que el nudo en la

garganta cuando te nombran desaparezca.

Pero despierto. Abro los ojos, comprendo que fue irreal, y trago saliva.

Y duele.

Será que me destrozaste tanto, que hasta la versión mía curada todavía espera una disculpa. Yo sé que la necesito, aunque solamente funcione como una curita en una herida de bala. En vano, a destiempo, desproporcionado, e ineficaz: pero necesario.

Porque si vos podés destruir con la impunidad de quien no pide perdón ni siquiera por cortesía, yo no podría perdonarme a mí misma jamás el haberte querido tanto”.

30/04/2018

El día estaba frío y soleado, una contradicción que aborrezco. Cuando entré al 1° D, el departamento de Héctor y Rosa, pude ver un saco colgado de una de las sillas del living, y supe que eso significaba que había vuelto del cementerio. Al verlo, sentí un poco de timidez y humillación. Era la primera oportunidad después del episodio en el hospital. Sin embargo, intenté retrasar las explicaciones que le debía por el mayor periodo de tiempo que fuera posible.

—Jazmincita, ¿desayunaste? Rosa se fue a comprar leche y algunas cosas que faltaban.

Lo observé. Parecía estar mucho muchísimo más flaco que la última vez que nos habíamos visto. Y no había pasado mucho tiempo.

—Sí, ya desayuné.

—Bueno, igual voy a hacer un mate.

Al rato nos sentamos en la mesa del living. Empezaba a presentir que jamás podría salirme con la mía y hacer de cuenta que nada había ocurrido, sin antes darles alguna que otra explicación a las personas que quería, me creyeran o no lo hicieran. Ese ya no era asunto mío.

—Jaz... —puede que me fuera a preguntar si lo iba a tomar dulce o amargo, o si quería galletitas. Pero yo creí que era momento. En mi cabeza él me iba a preguntar por qué me había intentado suicidar. Otra vez.

—Te lo juro, me sentía mejor —la impotencia se apoderó de mí, y me enojé conmigo—

. Pero busqué algo que no tenía que buscar, y vi algo que no me convenía ver, y... Luz.

—Eso te hizo mal —Héctor, naturalizando siempre las cosas que me costaba confesar por creer disparatadas...

—Me destrozó por dentro. Me devastó su historia. Después me dolía tanto el cuerpo que lo quise aliviar. Yo estaba bien. Creo que sufrí su sufrimiento.

—¿Qué viste? —preguntó.

—Lo suficiente.

—Fue una tragedia anunciada —. Guardé silencio. Jamás lo había visto tan serio. Volvió a hablar —: quiero decir, fueron años de burlas. Durante todo ese tiempo hablamos con todos los adultos responsables que había, nadie hizo nada... “La omisión del bien no es menos reprehensible que la comisión del mal”—agregó, mientras dibujaba comillas en el aire con sus dedos.

—A los colegios les falta mucho —contesté.

—Al sistema, en general. No nos enseñan que la omisión es tanto o más peligrosa que la acción. Pocas personas comprenden ese concepto. Por ejemplo, Luz tenía amigas. Venían a casa, merendaban con mi hija, y la querían. Pero no la defendían cuando la insultaban. La gente está acostumbrada a no entrometerse. Así les enseñan los grandes a sus hijos, y a sus nietos.

¿Conocés la frase: “En pleitos de marido y mujer, la cuchara no hay que meter”?

—Sí —dije. Aunque no la conocía. Pero me gustaba escuchar su punto de vista sobre un tema tan importante. Quería que siguiera hablando, como un monólogo. Como si yo no estuviera ahí.

—Esa frase es una basura. Perdón los modos. Me voy a desviar del tema del bullying...

En 2001 tuve una paciente, de treinta y cuatro años, Aylén. La bestia que tenía al lado la golpeaba. No tengo ni que decirte que la justicia no actuaba. ¿Sabés cuántas denuncias hizo?

—no respondí. Sentí escalofríos—. Doce. Doce veces que la justicia no estuvo ahí. Pero lo extraño para mí no es eso, lamentablemente —esbozó una sonrisa—. Me sorprendió que su entorno tampoco. Su familia vivía en Córdoba, así que se mantenían al margen. Había intentado hablar con gente de su trabajo. Llegaba con moretones. No era difícil deducirlo. La gente se alejaba, como si en vez de ser una persona que estaba sufriendo, fuera un engendro con una enfermedad contagiosa. Suena fuerte. Pero es así. En ese momento el feminismo no era lo importante que es hoy. A la víctima se la repelía. Se le desconfiaba. Ya sabés el pensamiento machista: “algo habrá hecho, mejor no me meto. Total, no me incumbe”.

“Vino al psiquiatra para ver si podía darle algo porque no podía dormir, y terminamos hablando de ese hijo de puta —nunca había escuchado a Héctor insultar—. ¿Sabés cómo le tuve que sacar la información? Con paciencia de artesano. Ella no estaba acostumbrada a recibir ayuda de nadie... y menos de un hombre. No creía que contarme pudiera servir de algo.

“Cuando me lo confesó me dijo que si se él se enteraba, la mata”. Ese día perdimos los protocolos. Con Rosa le ofrecimos una cama. Le dijimos que se escapara. Como la quinta o sexta vez que vino me dijo que ya no hacía falta, que él se había ido de la casa y le habían puesto una perimetral, aunque la seguía amenazando por mensajes —detuvo su relato para tomar un mate. Pude descubrir en su mirada que no estaba ahí, conmigo. Estaba en el 2001 otra vez. Con Aylén—. Se iba a volver a vivir a Córdoba con su familia. Le pedí que se cuidara.

Sacamos el pasaje de micro juntos. Le prestamos dinero. No tenía nada en Capital. Solo a ese infeliz. Fue la última vez que la vi. Esa noche la mató a golpes. Con la perimetral.

Comencé a sentir que me faltaba el aire. No sabía ni siquiera qué decir. El mundo en ese momento me dolía. Me dolía Aylén. Me dolía Luz.

—¿Está preso?

—Estuvo preso... dos años y medio. Salió por buena conducta —se rio con una gran carga de sufrimiento y sarcasmo. Lo miré a los ojos. Los tenía, también, llenos de lágrimas.

Como un océano—. Después mató a otra mujer. Y después no se supo nada más de él. Camina por la calle como un tipo común. Nos puede pasar por al lado a cualquiera.

En ese instante descubrí a otro Héctor. Ese hombre había pasado por mucho, había visto y escuchado mucho. Convivía con tantos fantasmas y con tanto tormento que lo admiré... más que nunca. Seguía siendo una persona positiva, seguía creyendo que la gente podía ser buena, y seguía queriendo ayudar.

—Perdón que te conté esto, Jaz. Tengo tantas anécdotas así sobre mi profesión que a veces necesito filtrarlas por algún lado. Me desvié del tema principal, que era el bullying. El bullying existe. Es una realidad. ¿Y sabés lo que también existe? Un sistema educativo que no cree en el bullying. No creen, en serio. Como si les estuvieras hablando de Papá Noel. Miran para otro lado. En serio creo que el noventa y nueve por ciento de los problemas son por los que miran para otro lado.

—¿Qué pensás ahora de lo que hizo Luz?

Me miró a los ojos, más fijo que nunca. Y después desvió su mirada a la pared en donde estaban las fotos de Luz.

—Al principio me costó entenderlo de la manera en la que lo pienso ahora. Me odié a mí mismo durante muchísimos años. Estuve con psicólogos. Cuando me cansé de culparme por los momentos en los que tal vez le faltó mi presencia, me perdoné. Un padre no puede cubrir todas las grietas. Hicimos todo lo que estuvo a nuestro alcance. Luz sabía que tenía nuestro apoyo. Y

no alcanzó.

Para mí no fue un suicidio. Para mí fue una instigación al suicidio. Sé que muchos no estarán de acuerdo, y que la decisión al fin y al cabo es personal... Pero ¿qué puede decidir por sí misma una persona que está siendo acosada de forma masiva? ¿Quién puede pensar que tomó esa elección desde la serenidad, y no desde la marginalidad? ¿No fue casi como ceder a lo que le estaban insinuando que debía hacer? ¿No fue un intento desesperado de frenar con la angustia, aunque para hacerlo tuvo que frenar con todo a su alrededor?

“Dudo que la decisión haya sido planificada. Y ya no estoy enojado, ni con ella ni conmigo. Todos hacemos lo que podemos...”.

—Perdón por la internación. Fue un error —dije. Cambiando de tema. Lo veía devastado. Creía que era hora de que volviera a dos mil dieciocho.

—Nada de lo que hagas ahora va a ser un error, enténdelo. Nadie puede juzgar a una persona que está sufriendo. Ni siquiera vos misma tenés ese derecho. Tener recaídas es normal.

No hay persona que salga adelante sin tropiezos. Eso es una mentira que te quieren meter en la cabeza para que vos te olvides de todo tu progreso.

No importa si el progreso es gigante o pequeño, a vos te requirió mucho esfuerzo. Y

esto no lo deshace ni te vuelve al lugar de salida. Te sirve para cuidarte más. No para juzgarte más. ¿Sí?

No respondí nada, pero me tranquilicé. Al menos a una de todas las personas a las que sentía que había defraudado ya no le debía una conversación.

Llegó Rosa y la charla terminó. Ahora hablábamos sobre el clima, y las noticias de la semana. Me quedé un rato con ellos, hasta que decidí que era hora de volver.

Me acompañó afuera porque tenía que sacar la basura. Entonces, antes de despedirnos, lo dijo de una forma tan natural que podría haber pasado desapercibido. Si no, me hubiera destrozado el corazón.

—A partir de ahora va a ser un poco más difícil encontrar un momento para vernos, voy a estar de médico en médico. Ya me escapé mucho tiempo. Igual vamos a tener la sesión semanal, aunque sea un domingo a las ocho de la noche.

—...¿Médicos? ¿Te sentís mal? —por supuesto que sabía que algo grave estaba sucediendo. Pero pensé, casi con inocencia, que si hacía como si nada, no iba a pasar nada.

—Ah sí, sobre eso... Tengo cáncer. Pero *por ahora* estoy bien. Puedo caminar, hablar y respirar. Nada sobre lo que preocuparse. ¿Próximo miércoles a las once?

Y otra vez, me puse a llorar.

Capítulo IV: Cinco

¿Viste el dominó? Cuando se cae la primera pieza, y todas las demás siguen el mismo camino. A veces la vida es como un dominó. Todo está bien, algo sale mal, entonces todo se desmorona. No te da ni siquiera tiempo de levantarte, porque la avalancha de situaciones te vuelve a derribar. Una mala noticia, y de pronto una centena de malas noticias llena tu buzón.

Y pensás ¿algo más me podría salir mal? Y la vida lo toma como un desafío, y te demuestra que sí. ¿Te pasó alguna vez? Así me sentía yo. Cada pieza era una persona especial para mí.

Héctor me abrazó casi al instante, por primera vez desde que nos conocimos. Hay algo sobre la angustia que no se puede negar, y es que se siente. Aunque el otro pretenda que nada está pasando, aunque sonría, y grite, y baile. Se percibe, se respira. Y yo la podía respirar.

—Basta, che, me vas a hacer llorar a mí, no pasa nada. Mirame, estoy bien.

—Vos mismo lo dijiste: “por ahora”. No lo puedo creer.

Lejos de calmarme parecía empeorar a cada segundo, cual si la noticia siguiera penetrando cada fibra de mi cuerpo, como si las piezas siguieran cayendo.

La primera fuiste vos, papá.

—Bueno, hagamos una cosa, vamos a volver a subir, te vas a ir a enjuagar la cara al baño, y después te vas a quedar con nosotros hasta que te sientas mejor, porque yo estoy bien.

Soy una persona grande y así es la vida.

—No entiendo por qué hablás como si no tuviera solución.

Me arrepentí de haberlo dicho apenas lo pronuncié. Por unos segundos, donde el silencio invadió el lugar, una voz en mi cabeza solo podía pensar que no quería saber si no tiene solución. No quiero saber si no tiene sol...

—No tiene solución, Jaz, y no importa. Quiero disfrutar de lo que me quede y es lo que estoy haciendo. No estoy triste.

—No puedo... —quise terminar la oración. No me atreví. Era: “no puedo seguir perdiendo gente”. Creo que él lo intuyó.

—Estoy acá, Jazmín, y las cosas son así. Espero que no te arrepientas del tiempo que compartimos.

Me negué con la cabeza.

—No hables como si te estuvieras despidiendo. ¿Tiene algo que ver la tos?

—Sí, tiene mucho que ver.

Me sentí tonta por no haberme dado cuenta antes.

—No lo puedo entender, se te ve tan sano.

—¡Error! Me ves bien, y estoy bien. Ya soy un hombre grande... ¿Te quedás a cenar?

Y me quedé. En la cena no se volvió a mencionar nada sobre la enfermedad de Héctor.

Sí hablaron sobre Francisco y sobre cuál era la forma correcta de decírselo. No existe una manera adecuada de dar algunas noticias. Solo tienen que decirse, como salgan. Porque nunca van a ser bien recibidas.

De lo que pasó yo me enteré por la tía. Estaba en la facultad, y me llegó un mensaje suyo preguntándome si me podía pasar a buscar. Jamás en la vida nadie me fue a buscar alguien a la facultad, no es algo que se estile hacer, así que entendí que algo pasaba. Primero pensé en los abuelos. Te mandé mensajes. Por supuesto no los respondiste, y entonces tuve una pequeña mala sensación, pero ¿lo sucedido? No lo podría haber sospechado ni en mil vidas. Para cuando la escuché decírmelo, sentí que podría haberse ahorrado tiempo y gritármelo al teléfono, podría haberme gritado con todas sus fuerzas hasta el punto de herirse la garganta, y en mí iba a tener el mismo impacto. Nada puede aminorar ciertas tragedias. Pobre el cartero de las malas noticias...

Volví y me desmoroné en la cama. Queriendo preguntar “por qué”, y sabiendo que no iba obtener ninguna respuesta, excepto que “porque sí”. Igual, ¿esta horrible noticia me hacía arrepentirme de haber conocido a Héctor? Jamás. Él me había salvado, y casi sin darme cuenta, yo había permitido que lo siguiera haciendo. Y en esta máquina de escribir que te pertenece, escribiría sobre lo increíble que había sido su paso por mi vida. Reproduje tu audio. “Che, Abril,

¿necesitás algo?”. Sí, papá, necesito comprender. Todo. O al menos algo. Con ese pensamiento en mente, me quedé por fin dormida.

01/05/2018

Hace medio año no te tengo.

Soñé con vos, y como dice el refrán, fue lindo mientras duró.

Yo estaba ahí, con vos, estábamos los dos. El lugar no lo reconozco. Era casi en su totalidad blanco, pulcro, angelical. ¿Qué importa “dónde” cuando todo se reduce a “quién”?

Me mirabas, y yo sabía que no estabas vivo, porque te veías algo diferente, como con una luz distinta, o un aura a tu alrededor. Y me sonreías, la misma sonrisa de siempre. Yo corría hacia vos para abrazarte, lo hacía con todas mis fuerzas.

Y tenía tantas cosas para decirte, pero solo decía una, susurrando. La que me salía. La primera frase que podía articular: “Te quiero, papá”. Al instante vos me respondías fuerte y claro: “Yo también, Abril”.

Me desperté, y por un instante, me olvidé de todo. Hasta que recordé. Entonces las lágrimas

comenzaron a caer. Estaba recuperando la capacidad de llorar. Lo había hecho por mamá, por Héctor, y ahora lo hacía por vos.

Me arrepentí de haber deseado soñarte tanto tiempo.

Hay algo con los sueños horribles, y es que una vez que despertás, agradecés que todo era falso. Hasta te sentís un poco más conforme con tu vida. Hasta te da miedo parpadear, y preferís quedarte en vilo, por todo el tiempo que puedas, como me pasaba antes, cuando no quería volverme a dormir. Lo cierto, lo concreto, lo que se puede tocar, lo que existe, aunque sea repugnante, en comparación, sigue siendo mucho mejor.

Pero cuando tus sueños te muestran una realidad perfecta. Cuando son lo que querés y no podés tener. Cuando en ese universo el otro está vivo, cerca, o todavía te quiere. Cuando modifican un factor invariable de la vida real que no tenés forma alguna de conseguir que suceda, como todo lo que no depende de nosotros... La pesadilla se invierte: empieza cuando abrís los ojos. Solo te prueba que todo apesta.

Te acerca lo que querés tener, y después te lo aleja, más lejos de lo que ya estaba antes, cuando no recordabas o no sabías qué se sentía tenerlo. Te hace percibirlo todavía más distante.

Te da de probar un poquito de esa felicidad que anhelas, y que sin embargo no existe, no es posible, ni va a serlo jamás, excepto que cierres los ojos. Y después comprendés que ni siquiera eso es posible en el mundo del que sos parte: ni siquiera esa migaja que tu inconsciente te dio para probar.

02/05/2018

Igual fue lindo.

Tu mano en mi mano.

Todavía la siento.

03/05/2018

Hoy me sentía rara así que decidí que en vez de molestar a Héctor iría a visitarte. Para cuando llegué al cementerio, los vi. Tus papás sentados frente a tu tumba. Daba la impresión de que estaban ahí desde hacía un tiempo considerable. El abuelo rodeaba con su brazo a la abuela, y ninguno hablaba. Comprendí que no existe una tragedia más terrible que perder a un hijo. El curso natural de la vida establece que es al revés, que uno es quien debe ver morir a sus papás. Me senté al lado de ellos y los abracé. Nos quedamos un rato largo sin decir nada, y se sentía bien así. La abuela rompió el silencio con una pregunta inesperada, para mí, que oculto todo por alguna razón que desconozco.

—¿Hace mucho venís? Creí que...

—Hace tanto no, y sí. Me hacía sentir peor. Un día me atreví y ahora... es como mi lugar preferido.

—Nosotros no venimos tan seguido, no nos hace tan bien —habló el abuelo. Me recuerda mucho a vos, sobre todo en su manera de pronunciar las palabras. De modo pausado.

Les quise decir que los quería. No pude. Es asombroso que después de ciertas tragedias sigamos privándonos de mostrarnos humanos. Apoyé mi cabeza en el hombro de la abuela, y ella me agarró de la mano.

En ese momento me invadió la melancolía por saber que los iba a perder. Como a las flores. Como a Héctor. Como a vos. Como mucha gente me perdería a mí. Eventualmente, o tal vez pronto, a ellos también los iba a perder. Pensé para mis adentros que ese era el costado más oscuro del “esto también pasará”.

Esto, lo bueno que me queda, también pasará.

Volví a lo de la tía con sentimientos encontrados. Todavía estaba a tiempo, ¿no? Todavía podía preocuparme por los que quiero. Me senté en la mesa del comedor con la tía, y habilitéé la conversación que sabía que ella estaba esperando, con la disculpa que le debía. Perdón, no quise terminar en un hospital, te quiero mucho, gracias por estar cuidando de mí.

Noche

Estuve como dos horas frente al espejo eligiendo qué ponerme, arrepintiéndome de haber dicho que sí. Pero este tiempo Gonzalo había demostrado preocuparse por mí, así que después de pensarlo, le escribí que no tenía problema en verlo un rato, como amigos.

Apenas entré a su coche me comencé a sentir incómoda. Yo era la que intentaba hablar y llenar silencios, y él era el que lo imposibilitaba, excepto cuando hacía comentarios que me hacían pensar que cada vez que abriera la boca yo iba a tener ganas de tirarme del auto... en movimiento. Fuimos a tomar algo, se sentó al lado mío, y todo el tiempo en mi cabeza había una voz diciéndome que me fuera, deseando que esa tortura terminara.

Yo le hablaba y él me miraba de esa forma, esa que te hace pensar que al otro no le importás en lo absoluto. Que podría haber una pared donde está tu cuerpo. Que ni siquiera te está escuchando. Y él dirigía la conversación a lugares tan vacíos, que yo no podía dejar de preguntarme por qué hay gente que prefiere estar acompañada hablando sobre el clima, a estar sola y de verdad pasarla bien, y preocuparse por cosas interesantes. También sentía terror. Mis sentimientos están tan entumecidos que tal vez nadie nunca me parezca otra vez interesante.

Esto es algo que me pasó toda la vida, con cada relación que tuve, con cada cita. En un momento sentí su mano en mi muslo. Lo miré, extrañada. No me esperaba que me besara. Era lo último que me esperaba que hiciera, y a su vez, desde que había entrado al auto, me había hecho sentir que era evidente que era lo único que estaba esperando. Me tomó tan de sorpresa que nuestros labios se llegaron a tocar antes de que pudiera reaccionar para rechazarlo.

—Pará —atiné a decir. No le importó. Me apretó la pierna con más fuerza. Volvió a acercar sus labios a los míos aunque lo intenté esquivar—. Gonzalo, no —dije.

—¿Por qué? Dale —y siguió. Me empecé a sentir asqueada.

—TE DIJE QUE PARES —le grité con todas mis fuerzas. La pareja de la mesa de al lado clavó la mirada en nosotros. Gonzalo me observó con odio—. Me siento mal, quiero volver

—agregué, en un tono más calmo pero firme, sacándole la mano de mi pierna de forma brusca.

Creo que recién en ese momento volvió a la realidad. Antes estaba inmerso en vaya a saber dónde, pensando en vaya a saber qué o quién. Yo no pensaba que esas palabras podrían salir de mi boca.

—¿Eh? —primero se rio, nervioso. Después comprendió que no había nada que yo pudiera haber dicho más en serio, así que la sonrisa soberbia se esfumó de su rostro— Jazmín...

¿De verdad me decís? Recién llegamos. Yo quería hablar de tu pa...

—No. No tengo nada que hablar con vos sobre eso.

—Pará, ¿qué te pasa?

Ese “¿qué te pasa?” fue tan agresivo que me hizo sentir débil. Conté hasta tres y me contuve de gritar otra vez.

—Me tengo que ir, disculpame —susurré. Dejé los doscientos pesos que había gastado en el fernet, que no tomé porque ni siquiera lo habían traído, en la mesa. Salía ciento cincuenta pero no tenía cambio. Él miraba hacia los costados, sintiéndose humillado, aunque no había mucha gente en el bar. Lo hacía sentir humillado que estuviera yéndome.

—Sos patética, flaca. Y encima no dejás que nadie te ayude. Todos piensan igual.

Lo miré con odio. No sabía a qué se refería, pero no podía creer que me dijera eso.

¿Quiénes eran “todos” ¿“Todos” pensaban que no dejaba que me ayuden o “todos” pensaban que era patética? ¿Mis amigas habían dicho eso? Tragué saliva para no llorar.

—No soy patética y no necesito tu ayuda. Y decile a “todos” que se vayan a la mierda.

—A todos nos pasan cosas. Pero vos querés llamar la atención.

Antes de escapar, la ira me inundó. No era de ese día. No era solamente por Gonzalo.

Era la ira porque Christian siente que puede descartar a las personas en el peor momento de sus vidas. Por la gente que se desvaneció tras tu muerte. Era la ira por el hombre que se burló de mí en el salón de fiestas. Y por toda la gente que, en silencio, lo presencié.

Era la ira por Leonardo Rodríguez. Por lo que le hicieron a Luz. Por su mano rompiendo un espejo. Por su mano sosteniendo un fragmento del espejo que había roto el día anterior, usándolo para cortarse las venas. Por su mirada, esa última mirada con la que Rosa descubrió que su hija, por dentro, ya estaba muerta. Era la ira por imaginar a Héctor entrando al baño a lavarse las manos, y saliendo del baño con el cadáver de su hija en brazos. Era la ira por Aylén.

La ira por imaginar su cuerpo sin vida en el piso.

La ira por cada Gonzalo que cree que pedir ayuda es buscar atención.

Yo no quiero ni nunca quise que me ayuden los que no puedan ayudarme. Yo solamente quiero que no sigan escarbando con sus uñas en mi dolor.

Entonces me sequé las lágrimas, retrocedí, y lo miré de frente. Sin miedo. Con un enojo acumulado. Y hablé.

—Vos y toda la gente que se te parece no tienen idea de lo crueles que son. ¿Qué hacés acá? Yo te digo qué hacés acá. Pensaste que a la pobre piba que está deprimida con tres fernet te la llevabas a un telo. Pensaste que mi tristeza te podía servir. Te voy a repetir una sola cosa, y espero que la escuches bien: vos y toda la gente que se te parece, se pueden ir a la mierda.

Agarré los doscientos pesos que había dejado en la mesa antes, los dos fernet que la moza acababa de dejar, el suyo y el mío, y volví a caminar hacia la puerta. Esta vez la crucé sin titubear, con la plata que no pensaba dejarle, con las manos ocupadas sosteniendo los vasos, y con una sonrisa de oreja a oreja mientras las pocas personas que había, y que habían presenciado la escena, no me dejaban de mirar.

Ya no estaba escapando.

Se sentía bien dejar de escapar.

Una vez en casa de la tía respiré en paz por primera vez en la noche, agarré el poco helado que quedaba en el freezer, y me acosté con Teo hecho una bolita a mis pies.

Antes de quedarme dormida las palabras de Gonzalo se repetían una y mil veces en mi cabeza, como hago con tu audio. Pero las de él lastimaban.

“Patética”, recordé.

Me invadió un odio que desconocía que podía llegar a tener dentro.

05/05/2018

Detesto que la gente me diga que está mal que me sienta mal. Detesto que la gente me mire con lástima. Detesto que la gente me mire con apatía. Detesto que la gente me pregunte cómo estoy por compromiso.

Detesto que la gente no me pregunte cómo estoy.

Detesto que te nombren y te simplifiquen a mi pena (sos más que mi pena). Detesto que no te nombren. Detesto que lo intenten entender.

También detesto que no lo entiendan.

06/05/2018

Hoy en Chacarita me senté en frente tuyo, esta vez sola. Te conté lo de Héctor, aunque ya lo sabías, y empecé a hablar sobre lo injusta que es la vida. Después me retracté y pensé en Gonzalo, pero tampoco era algo que quería hablar con nadie. Decidí que solo te leería algo que te escribí:

“Mi duelo.

No quiero estirar mi duelo porque mi duelo no te hace justicia. Mi duelo no tiene tu rostro, no tiene tu voz. Mi duelo te despersonalizó, hizo que nombrarte se vuelva agrio, mi duelo te transformó en palabra prohibida, te convirtió en nudo en la garganta, en un dolor universal del que hablo frecuentemente y en el que casi no estás.

Y yo quiero que estés.

No quiero sufrirte durante todo mi tiempo porque en vida te quise, te amé, me peleé, te disfruté. Me reí de tus tres chistes buenos y me burlé de que te atrevieras a pronunciar todos los demás. Te abracé, te grité, te pedí consejos, me quedé a escucharlos, y recolecté un puñado de anécdotas que no puedo, siquiera, atreverme a dejar morir en el olvido en el que muere todo lo que no es nombrado. Y sé que esto es solamente una expresión de deseo. Pero, ¿cómo se logra un cambio, si no es deseando, en primer lugar, que suceda?

No quiero que seas mi pena. No fuiste jamás una historia amarga en boca de nadie. Te preocupaste por dejar marcas en todos los corazones. Casi ninguna es cicatriz.

No puedo dejarte ser una cicatriz justo en el mío. Sé que me perdonarías todo, excepto eso.

Y ahora tu ausencia es herida, y es complicado, porque todavía está fresca.

Pero te prometo que voy a hacer lo posible para distinguirte de mi duelo.

Y, como me dijiste una vez, cuando te dije que iba a hacer lo posible para que me fuera bien con la escritura, todavía te puedo escuchar decirlo:

—Buenísimo, Abril, pero si las cosas se ponen difíciles, vas a tener que hacer lo imposible también. Porque vos podés hacerlo”.

09/05/2018

Más de seis meses estuvo en coma, y hoy despertó. No te voy a mentir, la noticia me impactó hasta dejarme destruida. Y no es que yo quisiera que él también muera, pero ¿por qué vos?

Leonardo Rodríguez fue quien nos arruinó la vida. Ahora él está vivo, y es probable que salga del hospital, y vos no. Apenas leí la noticia la garganta se me volvió a cerrar. Otra vez el mismo episodio. No poder respirar, no poder calmarme, sentir que la cabeza me iba a explotar.

Llamé a la tía, no me respondía, llamé a mis amigas, no atendieron, llamé a Héctor, tenía el

celular apagado. ¿Cómo puede ser todo tan arbitrario? Si estas eran pruebas de la vida, no sabía cómo superarlas.

Después de media hora, o quizás más, recuperé la calma. No podía ir así a la facultad.

No podía hacer nada con esa noticia en mente excepto intentar olvidarla. Me decreté enferma y me autoreceté un día de descanso. Busqué tu audio y escuché tu voz varias veces, hasta que logré tranquilizarme, y me quedé dormida con un solo pensamiento en mente:

“Leonardo Rodríguez me arrancó a mi papá”.

10/05/2018

El ruido de la música aturdiéndome. La vibración de los parlantes que hace temblar el suelo, haciéndome sentir enferma. El mareo que me obliga a apartarme y localizar un baño de inmediato. Me alejo sin avisarle a Camila. Estoy muy borracha para darme cuenta de que me estoy yendo sola. Subo las escaleras como puedo. La cola para los baños de mujeres es interminable.

—Por favor, voy a vomitar.

Una chica me ofrece sostenerme la campera y la cartera. Le agradezco. Todas me dejan ponerme primero en la fila, y apenas alguien desocupa un inodoro, entro corriendo. Me pongo de cuclillas, y vomito, aunque no tanto por el alcohol, sino por la repulsión que me genera el piso de ese lugar. Llegué a pensar, en ese pobre estado, que me daba pena que la gente viera eso como una diversión. Con el calor sofocante, pegados a gente transpirada hasta en invierno.

Salí a lavarme las manos y a enjuagarme la boca. No me sentía mejor. Claro que no. No había otra forma de estar después de los tres shots de tequila y los dos vasos de vodka.

Me pregunté cuánto dolor había intentado cubrir esa noche detrás del alcohol.

¿Y mi cartera?

—Se fue —escucho—. La piba se fue y se la llevó.

Tu voz.

Me robaron tu voz.

Capítulo V: Cuatro.

27/05/2018

De pronto me sentí completamente sobria. Como si me hubiera bañado en agua helada para que se me pasara el efecto del alcohol. Se me acababa de desmoronar el mundo entero.

Como un volcán que amenaza con erupcionar pero jamás lo hace, hasta que de pronto sucede.

No te da tiempo a cubrirte, ni a localizar un techo para protegerte. Nadie ni nada te advierte que va a suceder.

Si Dios apretaba pero no ahorcaba, en esta ocasión sí me había ahorcado.

Por eso hace diecisiete días que no te escribía, y hace dos domingos te visitaba para quedarme sentada, incapaz de hablar.

Porque todavía sentía sus manos rodeando mi cuello.

Me robaron tu voz.

Estos diecisiete días fueron catastróficos. No podía decir lo que sentía. Lo que sentía me humillaba. Solo podía pensar en tu voz. En alguna manera efectiva de no perderla para siempre.

En formas de que las memorias no se disipen, que no se conviertan en cenizas de lo que era, hasta ya no recordar lo que sucedió, sino solo una réplica que no hace justicia a lo real, que ya no es nada ni está en ningún lugar. Excepto en un pasado que aunque intente abrazar, comienza a soltarme.

Y algún día voy a poder alcanzar a tocarlo solo con las puntas de mis dedos. En algún momento el olvido me va a pasar factura, y ya no voy a ser capaz de aferrarme a lo vivido, a lo sucedido, sino a una imagen poco nítida, imprecisa y remota de lo que alguna vez tuve, y de lo que alguna vez fue. Como huellas en la arena que poco dicen sobre quién pisó la costa, y que pronto, cuando el agua las alcance, también ellas van a desaparecer. Y ya nadie va a saber que alguien caminó por la orilla, o por lo menos cómo eran sus pisadas. No voy a lograr aferrarme a lo que pasó, sino a una representación que mi mente tiene sobre hechos que existieron, perfumes que olí, sonidos que oí en algún momento. Pero que ya no puedo mantener conmigo.

Ni siquiera de forma artificial.

Y cuando todo se comienza a borrar, como si la vida se escribiera en lápiz y luego no existiera forma de releer las primeras hojas, voy a tratar de descifrar cuáles eran las palabras que se perdieron, mientras sostengo el borrador en mis manos, que ya casi es ilegible. Y como no voy a poder hacerlo, voy a inventarlas, reemplazando las que no recuerdo por otras parecidas, y convenciéndome de que lo que imagino es lo que decía.

Pero son recuerdos de un recuerdo que tuve alguna vez.

Una vez leí que las células se renuevan constantemente, y que cada siete años se produce una regeneración total del cuerpo. Salió en el *New York Times*. Después otros científicos dijeron que no era un dato cierto. Y otros defendieron y avalaron la teoría. No importa, porque no soy científica. Lo único en lo que puedo pensar es en... ¿qué si así fuera? Entonces en siete años ni siquiera voy a ser la persona que vivió esos recuerdos. Voy a tener un cuerpo que jamás abrazaste. Y vas a fallecer otra vez.

Porque, como Héctor dijo, cuando nos dejan de recordar, fallecemos otra vez.

Me fui del cementerio a las cuatro de la tarde. No te había hablado ni leído. Me había sentado a pensar. A pensarte.

Me robaron tu voz.

La chica que muy amablemente se ofreció a sostenerme la cartera y la campera, se fue corriendo apenas me distraje. No bastó siquiera un segundo para ponerme a llorar con un llanto que solamente una vez en mi vida había escuchado: el cinco de diciembre.

Salí corriendo del baño y empecé a buscar a Camila, o a la que me robó. La cantidad de gente que había me hacía pensar que jamás iba a encontrar a nadie y me desesperé. Estaba completamente alcoholizada, y estaba sola. Había perdido la sube, la plata, las tarjetas.

Y tu voz.

Me empezó a faltar el aire en el medio de la pista de solo pensarlo. Entonces vi una cartera negra igual que la mía.

Toqué a la chica para decirle.

Entonces la vi bien. No era mi cartera, ni era la que me robó. Antes de poder explicarle algo vomité.

—¿Qué hacés, enferma? —me gritó. Quise disculparme por haber vomitado, pero ya era tarde. Me empezó a empujar.

Tropecé con mi propio vómito y me caí al piso.

Nadie me ayudó a levantarme. Estaban todos bailando. O pasaban rápido y no se percataban de que estaba en el piso. Tampoco de que me estaban pasando por encima. Al rato me logré levantar y seguí caminando, hasta que llegué a la puerta de salida. Le dije al de seguridad que me robaron pero me contestó que no podía hacer nada. Que no podía revisar a nadie. Que tenía que ir a hacer la denuncia. Le intenté explicar que me habían robado todo, que el celular guardaba algo importante, y que no encontraba a mis amigas, pero no me escuchó.

Me repitió que tenía que ir a la comisaría y hacer la denuncia. Entonces le grité que tenía tu voz. Me susurró que me calmara o llamaba él a la policía.

Entonces pensé en volver a entrar para pedirle a alguien un celular prestado. O para intentar localizar a la que me robó. Pero no me acordaba de su rostro, y necesitaba aire. Me

estaba ahogando con mi propio llanto. Con mi propia desesperación.

Salí del boliche. Ahí estaban mis amigas.

Intentaban llamarme al celular. Pero ya les daba apagado.

Me quedé sentada en la puerta hasta que se fue la última persona, intentando encontrar mi cartera. Tratando de recuperar tu voz.

No fue posible.

Decidí que ya era momento de reaparecer en la vida de los que se preocupaban por mí.

Y por tal razón, después de diecisiete días que pasé en una especie de cautiverio, vacía de palabras, me encontré a mí misma en la puerta del departamento de Héctor. El encargado me dejó pasar sin avisarles, porque ya me conocía. Subí las escaleras, y observé que la puerta estaba entreabierta. Se escuchaban gritos de una voz masculina que no conocía.

¿Francisco?

Me acerqué, a paso lento, creyendo que mis oídos me estaban jugando una mala pasada.

Cuando entendí que efectivamente había alguien discutiendo en el 1º D, era tarde. No pude darme la vuelta e irme sin ser vista. Fue cuando Francisco, o quien yo creía que era Francisco, porque jamás había visto una foto suya, abrió la puerta. Seguía gritando. Solo alcancé a entender una oración. La última: “Hacé lo que vos quieras. A mí no me hablés nunca más”.

Me pasó por al lado como si mi cuerpo fuera una pared y no reparó en mi presencia. O

tal vez sí, pero no le importó ni siquiera mirarme. Estaba enojado. Bajó las escaleras y se perdió de vista. Me quedé quieta por un rato, con la vista fija en el pasillo, ya vacío. Y después giré hacia la puerta de entrada.

—¡Jazmín! Qué sorpresa. Cuánto te extrañaba...

Ni un rastro de preocupación en su rostro. Héctor de verdad sabía cómo hacer que nada externo le afectara al punto de desquitarse con otras personas. Odié a Francisco con toda mi alma. Nadie que tuviese un corazón podía gritarle así a una persona que se estaba muriendo.

Menos a su papá.

Me quedé con él y con Rosa merendando, y no le pedí explicaciones, ni me las dio.

Creía que no era de mi incumbencia nada de lo que fuera que había pasado entre ellos.

Solo podía sentir rechazo hacia Francisco. El hombre que acababa de ver no parecía hijo de las dos personas que yo conocía. Sin saber qué había sucedido, estaba del lado de Héctor.

—¿Cómo estás?

Dado que estábamos sentados merendando hacía más de media hora, entendí que la pregunta se refería directamente al hecho de haber perdido el celular. Al valor emotivo y al verdadero significado que tenía para mí.

Como no imaginaba que podía suceder algo así, no había hecho nada para guardar el

audio en algún otro lugar. No me había prevenido de ninguna manera. Tal vez porque todavía no me acostumbro a que todo sea susceptible de ser perdido. De un tirón y sin advertencias previas.

—Bien, supongo. No sé. Mal —la primera respuesta fue por inercia. La segunda fue un intento de camuflar la verdad. La tercera fue un sincericidio.

—Mal... —repitió.

—Jamás en mi vida odié tanto a alguien. Te lo juro —sentencié. Héctor no tenía idea de qué estaba hablando. Le había contado por teléfono sobre el celular pero no sobre Leonardo.

—¿Qué pasó, Jaz? —preguntó, mientras me observaba con intriga.

—No sé si te hablé de él, creo que no. Leonardo Rodríguez. El tipo que... mató a mi papá.

—¿Asesinato? ¿No fue un accidente de tránsito? Cuidado con cómo contás las historias.

Corrés el enorme riesgo de creerte versiones erróneas.

Me ofendí como jamás me había ofendido con Héctor.

—No entiendo. ¿En un accidente no puede tener culpa una persona?

—Por supuesto que sí. Culpa. En Derecho la culpa se define por una omisión de la conducta debida para evitar el daño. Podemos matar a alguien por negligencia, una situación devastadora para una persona normal. Pero ser un asesino es algo más.

—Sí. Él es algo más. No importa, no vine a hablar de esto —dije, cada vez más enojada.

—Jazmín, el rencor solo te hiere a vos. Porque los sentimientos ajenos pueden provocar alguna reacción en el resto cuando se expresan, pero dentro de quien los está sintiendo son un huracán que lo abarca todo... y nadie tiene espacio para cargar con el enojo para siempre sin enfermarse.

Cambié de tema. Hablar de Leonardo con él no me servía.

—Perdí su voz. La perdí para siempre —solo por decir eso ya sentía ganas de ahogarme en lágrimas.

—No existen tales cosas como los *nunca* o los *siempre*. Literalmente no existen. Hablar sobre ellos es un peligro. Naturalizarlos también. Decir que *nunca* vamos a estar bien, o que algo *siempre* va a ser de determinada forma, es mentir y mentirnos —me miró fijo. Y guardó silencio un rato, como hacemos cuando dijimos algo que consideramos importante y que merece ser comprendido y asimilado por el otro—. ¿Vos la recordás? A su voz, digo.

—Sí... ese audio sigue en mi mente. Se repite una y otra vez. Y yo lo resignifico.

—¿Entonces? ¿Por qué decís que perdiste la voz de tu papá? —preguntó, con una sonrisa en su rostro y los ojos más celestes que nunca—. Puede que tu miedo sea perderla, en algún momento, si perdés la memoria. Ahora mismo está con vos, dentro tuyo. Y nadie te la va a sacar de ahí, si es que te robaron el celular, o no te la vas a olvidar en ningún lado, si es que

lo perdiste. Hasta está más protegida que antes, cuando dependía de un artefacto externo.

—Sí. Pero la memoria también es frágil —dije.

—Sí. Todo es frágil. Quizás eso lo vuelva valioso.

Volví a lo de la tía con una sensación amarga. Necesitaba descargar mi frustración con Francisco. El enojo no era solo hacia él y hacia lo repugnante que me había parecido su actitud, sino hacia mí. Hacia lo repugnante que había sido mi actitud con vos. Pero yo no sabía, papá.

Y Francisco sí sabe.

Una vez en mi habitación, me recosté en la cama boca arriba, y me quedé mirando el techo. Nada quería más en ese momento que escuchar tu “¿necesitás algo?” que moriría por responder ahora. Entonces lo reproduje en mi mente. Todavía podía hacerlo. Tu voz estaba intacta en mi memoria. Hasta podía oír el ruido de la gente y de la caja registradora. Y el ruido de la vida.

Sí, papá. Necesito ayudar a Héctor.

Busqué a Francisco. Alguna red social donde pudiera contactarme con él.

Primero me topé con Twitter, pero no podía mandarle mensajes, entonces me fui a Instagram. No me costó encontrarlo porque tiene muchos seguidores, y sé su nombre completo.

Lo cerré.

Sospeché que sería en vano. No iba a contestarme. Tal vez ni lo veía. Pero tenía que descargarme, aunque fuera hacia el vacío. Aunque nadie recibiera mis palabras. Todo iba a ser mejor que no decir nada. Le escribí:

“Hola. No sé si me recordarás. Hoy a la mañana nos cruzamos.

Tu papá está mal.

Tenés la inmensa suerte de saberlo, aunque te pueda parecer una tragedia.

¿Y lo tratás así? No puedo entenderlo. No sé ni siquiera qué hago escribiendo esto, pero me sentí todo el día pésimo. No soy nadie para pedirte nada, pero Héctor fue siempre muy bueno conmigo. Y se merece que su hijo esté con él en un momento así”.

Dejé mi nuevo celular abajo de la almohada, y seguí mirando el techo. Justo lo que estaba haciendo antes de que mi impulso tomara las riendas. Me puse a pensar cuántos minutos quedarían de mis ocho minutos con luz solar. Yo no sentía estar avanzando.

Cada vez que lo hacía una bomba explotaba al lado mío y para protegerme, me seguía aferrando a vos, y a todo esto que hago para no afrontar la realidad que me sigue decepcionando.

Sospeché, por primera vez, que tal vez lo necesitaba. “¿Necesitás algo?”. Perdón papá, pero tal vez necesito dejar de recibir lo que quedó de luz de ese astro que ya no ilumina, para comprender

de una vez por todas cuál es el mundo nuevo, y adaptarme, quizás, a esas circunstancias. Me

quedé dormida. Y soñé.

Supongo que alguien me escuchó decir que prefería tener pesadillas, y amablemente, me concedió el deseo. Con la peor de las peores.

Abrí los ojos, y me encontré acostada boca arriba, justo como estaba cuando me dormí, pero al aire libre. En vez del techo de mi habitación, podía observar el cielo, grisáceo, y también las nubes, que presagiaban la tormenta. En esta ocasión, mi clase de día preferido, el lluvioso, me disgustaba: me atemorizaba. No comprendía dónde estaba.

Entonces sentí que mis manos estaban apoyadas en una superficie fría y húmeda. Las levanté para poder verlas. Tierra. Estaban cubiertas con tierra. Me reincorporé, un poco. Lo suficiente para pasar a estar sentada, y lo comprendí. Estaba en una tumba todavía descubierta.

Apenas miré hacia arriba, no alcancé siquiera a cerrar la boca: me tiraron más tierra. Alguien la estaba empezando a enterrar. Me estaban sepultando viva.

Comencé a toser, y a escupir lo que no había tragado. Los ojos me lloraban para limpiar la suciedad. Pero tenía que mirar.

Logré entreabrirlos, con mucho esfuerzo, aunque me ardían. Tenía la vista nublada. La persona que me enterraba no tenía rostro, era una especie de sombra inhumana. Giré hacia el otro costado. Estabas vos, papá. Mirándome con ternura. Vestido como el cinco de diciembre.

Con el mismo traje. Dándome a entender que vos no estás donde yo suponía. En ese instante, otra palada de tierra me alcanzó.

Me coloqué de costado para proteger mi rostro. Empezó a llover, y quien fuera que me estaba enterrando dejó de hacerlo. Me levanté, descalza, vestida con una especie de túnica que comenzaba a mostrar su color blanco otra vez, mientras el agua, apiadándose de mí, recorría mi cuerpo, llevándose con ella el barro. Te busqué. Ya no estabas.

Salí del pozo. El cielo se había oscurecido, ahora era de noche. En ese momento descubrí que la tumba era la tuya, papá.

Yo había estado enterrada justo en el lugar en el que vos estás ahora. ¿Entonces, en dónde estabas vos? ¿En dónde estuviste todo este tiempo? Sentí terror. Terror de ese lugar tan horrible al que le tengo o tenía tanto cariño. Por primera vez sentí que no es un café, como pretendo todos los domingos. Es una acumulación de cadáveres y duelos. Es un sitio repleto de ausencias.

La carga negativa de cada llanto no se disipa. Queda ahí, acumulada.

Las dudas invadieron mi mente. ¿Estoy viva? ¿Estoy muerta? ¿Dónde está mi papá? Me puse a llorar y a gritar. Tenía miedo. Mucho miedo. Empecé a buscar una salida. Fue cuando vi a lo que fuera que sea, lo que me había intentado enterrar. Su sombra comenzaba a caminar hacia mí con la pala en la mano. Intenté correr pero estaba inmóvil. Una parte de mí comprendió

que todo eso era un sueño. Empecé a sacudirme para despertar antes de que esa cosa me

alcanzara.

Abrí los ojos llorosos, y vi el techo de mi habitación otra vez. Sonreí pero por nervios.

¿No es esto lo que le dije a los creadores de mis sueños que prefería? ¿No quería que los sueños fueran tan horribles que mi realidad, en comparación, fuese más soportable? Respiré profundo y tragué saliva, con la sensación, todavía, de que la tierra estaba en mi garganta. Me miré las manos.

Por un segundo estuve convencida de que estarían negras.

“Che, Abril, ¿necesitás algo?”.

Necesito dejarme en paz, papá.

Esta vez es mi mente la que tiene que dejarme en paz.

28/05/2018

Amor.

Me acordé de tu definición. “Amar es ocuparse, Abril. El que se preocupa solo te quiere”.

Vos te ocupaste. Y te amo por eso.

Temporalidad.

La temporalidad de las cosas como la peste que inició con tu duelo. Se contagia. Está en todos lados. El reloj de sol marcando el paso del tiempo. El reloj de arena.

Las flores. Héctor. Mis abuelos. Tu audio.

¿Y el duelo? ¿Y la tristeza? ¿También son temporales?

¿¿Esto también pasará??

29/05/2018

Lentamente comencé a aparecer otra vez en la vida de la gente que quiero. Había invertido mis ahorros para comprarme un celular al día siguiente de perder mi Samsung. Tenía que descargarme otra vez Whatsapp para ver si existía alguna manera.

No existía.

Peor fue cuando descubrí que no solo había perdido tu voz. También todas las fotos de nuestro viaje a las Cataratas en dos mil diecisiete, y videos donde te podía escuchar hablar, aunque fuera a lo lejos. Por ejemplo, en fiestas familiares o en las navidades. Todo se había ido.

Ya no estaba en ningún lugar.

Entonces, ya sin otra cosa que hacer, me dediqué a guardar esperanza. A confiar en que

me lo iban a devolver, o que iba a poder encontrarlo a la venta en algún grupo de Facebook o en Mercado Libre. Y todavía lo pienso, aunque suene infantil.

Todavía espero un golpe de suerte que me devuelva aunque sea una parte ínfima de todo lo que la vida durante este tiempo me arrancó.

A veces cuando sufrimos tanto nos volvemos algo inocentes, y creemos que no van a pasarnos más cosas malas, porque ya tenemos nuestra cuota cubierta por cierto periodo, en el que vamos a poder descansar y respirar tranquilos. Pero el mundo no funciona así, las cosas casi siempre son más arbitrarias, y puede suceder que las tragedias lleguen todas juntas.

Sentada detrás del mostrador de la mercería observaba cómo mi abuela hablaba con un vecino, al lado de la puerta. Observaba, sí. Cómo gesticulaban, por ejemplo. Porque no los estaba escuchando. Me dedicaba a mirar desde afuera, pensando en todas las fotos que había perdido. Un viaje que ya no estaba, excepto en mi pasado y en una o dos fotos que podía recuperar de las redes. Las otras doscientas no existían. El tiempo que había invertido en sacarlas había sido en vano. El haberle pedido a personas por la calle que nos sacaran fotos a los dos juntos había sido en vano. Y me sentí culpable. Si estuvieras vivo, te hubieras enojado por mi torpeza.

También pensaba en el tiempo que faltaba para irme. Una hora y media. Entonces me sonó el celular.

Francisco.

Lo abrí al instante, solo había alcanzado a escribir: “Perdón. Sé que no te saludé, no era la manera en la que quería que nos conociéramos”. No le di tiempo a seguir. Le respondí de inmediato: “Eso no importa”.

Esperé cuatro minutos su respuesta. Durante esos minutos mantuve la vista en la pantalla del celular. Esperando que se iluminara. Deseando recibir una explicación que tuviera algún sentido. Sabiendo que no existía. No había razón para ser así de cruel.

Entonces contestó. “Sé que en este momento sos importante para mis viejos. Podemos ir a un café si querés. No puedo contarte qué pasó por acá...”.

¿Quería ir a tomar algo con él? No era de mi incumbencia qué había sucedido, y aparte, sabía que hablar con él me iba a hacer sentir mal. Deduje luego que dos eran las razones: primero, su papá estaba muriendo. Él estaba, seguramente, haciendo su duelo ahora mismo, mientras el corazón de Héctor todavía latía, mientras su cuerpo seguía caliente. Hablar con él era hablar conmigo. Con la que fui los primeros meses después de tu muerte. Y no podía tolerar vivir todo eso de cerca otra vez. Como verlo en una película. Qué difícil que es lidiar con el dolor ajeno. Todavía más cuando se asemeja al propio.

En segundo lugar, lo más difícil de admitir, le tenía cierta envidia.

Es horrible, es miserable, pero acá no voy a fingir que no tengo sentimientos inmundos.

Ya tengo que hacerlo todos los días de mi vida, en cada ámbito en el que estoy. Acá no. Me daba celos saber que él tenía la oportunidad de despedirse. Yo no la había tenido. Él sabía lo que iba a suceder. Yo no me lo habría imaginado ni en mil vidas. Es cruel que hasta en una situación tan horrenda, como la muerte de un ser querido, yo me compare y salga perdiendo.

Hasta en esa circunstancia horrenda, existe gente que tiene más suerte que yo.

Acepté. Ya estaba involucrada. No podía quedarme con la intriga, y tal vez podía hacerlo entrar en razón. Por Héctor. Cuando la conversación llegó a su final entré a su perfil.

No existe la perfección porque cada uno la amolda a su propio concepto de belleza, y es subjetivo, y bla bla bla, pero si yo tuviera que describirla, es Francisco. Es de tez morena y sus ojos son verdes, enormes. Es morocho así que se destaca su mirada. Es muy alto y musculoso.

No me había detenido a admirar su atractivo cuando lo vi.

Debe haber sido porque me parece una persona horrible.

Quedamos en vernos mañana a la tarde en un café de Caballito. Va a ser como sentarme enfrente a la Jazmín que fui el cinco de diciembre del dos mil diecisiete, e intentar no pegarle una cachetada para que despierte. Despertate, Francisco. Porque sino la vida te despierta.

Y duele todavía más que una cachetada.

30/05/2018

Llegué al café cinco minutos antes de la hora pactada. Creyendo que, como de costumbre, iba a tener que esperar. Resultó que él ya estaba. A medida que me fui acercando me percibí nerviosa. Ni siquiera sabía qué estaba haciendo ahí.

“Por Héctor”, me recordé.

—¡Jaz! ¿Cómo estás? —me abrazó. De verdad. Me abrazó como si me conociera. Me pareció todavía más detestable su actitud. Me recordó al lobo en piel de cordero.

—Hola... Bien, todo bien —dije. Todavía no comprendía que no estaba ahí por él. A él lo detestaba. Me dediqué a analizarlo. Estaba vestido con un jean negro, unas Nike azules, y una camisa blanca. Tenía buen gusto. Medía algo así como un metro ochenta, humillando mi metro sesenta.

Nos sentamos en una mesa al lado de la ventana. Primero no hablamos de nada importante, solo sobre qué queríamos pedir. Me dediqué a mirar hacia mi alrededor para evitar el contacto visual con él. Me sentía incómoda. Muchos parecían estar espiandonos, aunque el café por suerte no estaba tan lleno. Pensé que, o estaba paranoica, o era porque Francisco es muy conocido. Él, sin embargo, parecía no percatarse, o tenerlo naturalizado.

—Bueno... Me parece que malinterpretaste la situación —ahora me trataba de loca.

Contraataqué:

—¿Te parece que qué? ¿Me estás cargando? Escuché como le gritaste.

—Jaz...

—No, dejame hablar a mí. Sabés que está enfermo. ¿Y te peleás? ¿Hace cuánto no lo veías? Y no vas a decirme que fue él, porque lo conozco.

—Bueno, eso es relativo.

—¿Eh? Nunca reacciona mal por nada. Ni siquiera ese día me contestó mal cuando entré.

Negó con la cabeza, como si yo no entendiera a lo que se refería.

—Está bien, pero más allá de todo lo conocés hace poco. No es que jamás se enoja —

ahora hablaba con un tono de voz todavía más bajo, más sereno. Su quietud ante la inminente muerte de Héctor me desesperaba.

—¿Qué puede haberte hecho una persona que tiene cáncer para qué le grites así? No nada más *una persona*, perdón. Tu papá.

—Jaz.

—¿Qué pasa? —contesté, de mala manera.

—No creo que sea ético estar acá con vos, pero sé que sos a la única paciente que atiende en este momento, y que sos importante para él, y no sé con quién hablar...

—Decime.

—Mi papá no se quiere tratar. No quiere hacerse la quimioterapia. No quiere, aunque existen muchas chances de que si lo hace se pueda recuperar.

En esta ocasión la que clavó la vista en sus ojos fui yo, y no moví la vista de ahí hasta que pude articular una palabra.

—¿Eh?

Francisco se dio cuenta de que estaba lagrimeando. Excelente manera de conocer a alguien. De todas las formas de pasar vergüenza que había imaginado, esa me había agarrado desprevenida. Entonces apoyó su mano en mi mano.

—Tranquila —lo último que necesitaba era contacto físico con él. Por suerte llegó el mozo con los dos café y las tostadas, y Francisco tuvo que devolver su mano al lugar de donde nunca debería haberse movido. Esperamos que se fuera.

¿Qué estaba pasando? Todo lo que había pensado acerca de él de pronto se desmoronaba. Ya no

existía una mala persona, ni alguien desconsiderado, ni un lobo en piel de cordero.

—¿Por qué no quiere tratarse? No lo puedo entender.

Volvió a poner su mano en mi mano. Las mías estaban congeladas, como siempre. Las de él, calientes.

—Qué se yo. Dice que su vida fue linda, que duró lo que duró, y que no quiere pasarse

el último tiempo en tratamiento. Y según él las chances de salir adelante son mínimas, pero no es así. No hay forma de que cambie de opinión. No hay manera.

No lloraba pero se notaba lo decaído que estaba. Y sin embargo, aunque su papá se estaba muriendo, aunque su papá estaba esperando recibir a la muerte como si se fuese a reencontrar con una vieja gran amiga, sin siquiera intentar escapar de sus garras, todavía tenía tiempo de consolarme a mí.

Quería decirle que yo no era quién para juzgar a nadie. Después de todo, yo sí te había tratado mal por una nimiedad insignificante. Por una tontería que ya ni recuerdo.

—Perdón por prejuizar.

—No pensó en nadie más que en él. No sé ni qué hago acá. Vine a Argentina a que me dijera eso. Me lo hubiera dicho por teléfono —estaba enojado. Y estaba cometiendo un error enorme.

—No le dejes de hablar.

—¿No me acabás de decir que tengo razón? —estaba desconcertada. Sabía a qué me refería pero estaba muy nerviosa. Solo tenía que animarme a articularlo. Entonces entendí que no había tiempo para pensar en el modo ideal para decirlo. Los momentos perfectos nunca llegan. A veces solo hay que hablar.

—Sí, no importa. No le dejes de hablar. Aunque no te haga caso. No lo hagas porque...

—se produjo un silencio. Esta vez tenía que confesarlo. Tenía que, por primera vez, hablar del crimen del que me creo culpable, aunque me denunciara. Había mucho en juego si no lo hacía.

—¿Qué?

—Yo lo hice. Yo me peleé con mi papá. La mañana en la que se murió le dije... le pedí que me dejara en paz. Yo me peleé con él la última vez que lo vi —lo repetí, porque era la primera vez que lo decía. Ahora solamente quería seguirlo diciendo. El llanto se volvió imposible de disimular. Te estaba llorando—. Sentía que me estaba controlando, y le grité cosas horribles. Él también a mí, pero eso ya no importa...

Después se cayó el café, después cerré la puerta con fuerza, y él salió tarde al trabajo.

Después le mandé un mensaje horrible por whatsapp que no me acuerdo qué decía, o no quiero.

Y lo leyó. Eso fue lo último que le dije en vida... y después... después pasó lo que pasó. Si él salía antes...

—No pienses en eso, Jaz. Mi mamá siempre dice que no se puede pensar con el diar...

—...con el diario del lunes, ya sé. Intento dejar de pensar en eso, todo el tiempo. Y no puedo. Por un lado, siento muchísima culpa, porque ahora ya todo se reduce a nada. Todo lo que ese día me parecía tan importante, todos los motivos por los cuales fui tan cruel con él...

Ahora ya nada importa, ahora ya... ya no estoy enojada. Pero lo peor de todo, lo que me da más humillación admitir, es que le tengo un poco de rencor... la hizo fácil. Él ahora no está, solo yo estoy sufriendo.

De pronto entendí que estaba diciendo cosas desconsideradas, y que no podía creer que pensara. Sin embargo las pensaba.

—Perdonate, Jazmín. Todos nos peleamos con la gente que más queremos.

“No todos tienen la mala suerte de hacerlo el día que se van a morir”, pensé.

—¿Y si él no sabía esa mañana que yo lo seguía queriendo?

—¿Vos pensás que tu papá te quiso?

No dudé en responder:

—Sí, me amó —aseguré.

—Ese día, ¿vos pensás que él te seguía queriendo, a pesar de la pelea?

Entonces lo entendí. Y mi sensación de culpa se había apaciguado, se iba junto con las lágrimas que ya no me costaba llorar, y con la verdad que por fin había admitido. Hablar sana.

Y vos sabías que yo te quería.

Vos sabías esa mañana, a pesar de la pelea, que yo te seguía queriendo.—Nunca conté esto. Creo que te lo estoy contando para que no te pase lo mismo. Andá y hablale.

—No hay manera de que entre en razón, ya decidió. Tiene setenta años, Jazmín. No puedo convencerlo de nada. Tal vez solo me quede aceptarlo.

—¿Y Rosa? —pregunté.

—No sé. No entiendo. Ella lo tiene asimilado. Lo que pasa es que a él se lo ve tan sano...

Y eso es lo que él quiere. Dijo que no quería que la muerte fuera dejando marcas físicas en él.

Hasta ahí lo venía escuchando. Después de eso solo podía pensar en mi enojo —su vista estaba

puesta en la mesa. Mi mano seguía en su mano. La apreté. Levantó la mirada. Me asusté. Se había vuelto opaca, sombría. Supuse que a eso se refería Héctor. Eso es lo que la muerte hace cuando está cerca.

—Perdón. Estoy destrozado.

No sabía qué decir. Ni siquiera yo, que estaba sufriendo algo parecido, sabía cómo consolar a alguien en esas circunstancias.

—¿Vos decís de verdad que ya no hay forma de que entre en razón? Puedo hablarle yo y ver...

—No. Lo conozco.

Tragué saliva. No creía que fuera cierto nada de lo que Francisco me decía. Lo creía, sí, pero en el fondo estaba esperando que se riera, y aparecieran cámaras, y todo fuera parte de una broma de mal gusto.

Después de un rato dominado por un silencio pesado y oscuro, empezamos a hablar sobre temas que ya poco tenían que ver con Héctor, aunque siempre se notaba su tristeza, como una canción de fondo que está ahí, sonando en repetición, hiciera lo que hiciera, hablara de lo

que hablara. Y la mía también.

Me contó cosas de su vida, algunas ya las conocía, otras no. Y me dijo que no sabía cuándo volvería a España, lo cual por alguna estúpida razón me alegró. Me sentía en deuda por haber sido cruel con alguien que estaba resignándose a soportar una elección en la cual poco lugar tenía su permiso o asentimiento.

Una hora y media después salimos del bar, y aunque me negué reiteradas veces, me dijo que me acompañaba hasta casa. Me contó que tenía un departamento a unas cuadras, en donde vivía cada vez que venía a Buenos Aires. Nos despedimos y apenas toqué la cama me llegó un mensaje suyo agradeciéndome otra vez, y deseándome una buena noche.

31/05/2018

En la facultad me acordé de tu chiste sobre el pollo. Me acordé de lo molesto que eras repitiéndolo.

Y eso me hizo sonreír. (No reír. Sigue siendo pésimo. Te extraño pero no soy una mentirosa).

¿Lo precioso de esto?

Lo recordé con tu voz.

Te puedo escuchar contarlo, papá. Te escucho clarísimo.

Todavía tu chiste no me hace reír. Pero ahora, me hace sonreír.

01/06/2018

Llegué a lo de Héctor a las tres de la tarde, dispuesta a decirle todo lo que pensaba. La puerta de calle estaba entreabierta, como siempre que me esperan. Una vez dentro no los vi a ninguno de los dos. Parecía no haber nadie. Así que grité “hola”. Salió Rosa de una de las habitaciones. Me asusté.

La vida está llena de sustos.

—Jazmincita. Perdón. Estaba bien, pero se descompensó. Tiene fiebre. Está por venir el médico.

No pude asimilar lo que estaba sucediendo. En ese instante entró Francisco. Su rostro no era el que tenía por la noche. Ahora estaba ojeroso, y daba la impresión de que había llorado.

La muerte, pensé. Esa es la muerte invadiendo la superficie.

—Mamá, ¿qué pasó? —preguntó.

—Yo lo veía caído pero él me decía que estaba bien. Hace un rato le estaba hablando y de repente me doy vuelta, y no estaba. Empiezo a buscarlo y se había metido en la cama. Él sigue diciendo que está bien. Yo llamé al médico.

Francisco no respondió. Se fue caminando a la habitación de Héctor y entró. Me quedé petrificada. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? Yo no era parte de la familia. Sin embargo, no quería irme.

—Ay, Dios mío —exclamó Rosa—. Vení, si querés.

Con esa invitación me animé a acercarme.

Héctor estaba hecho un bollito en la cama. Se notaba a kilómetros que no se sentía nada bien.

—Estoy perfecto. Ahora duermo un rato y se me pasa —su voz no parecía su voz. Se notaba que cada una de esas palabras le había costado horrores.

—No, papá. Basta. ¿Qué estás haciendo? Por favor, no podés ser así de egoísta.

—Dejalo, Francisco. Ahora no —le dijo Rosa. Yo me quedé parada en el marco de la puerta.

—¿Y cuándo, mamá? —gritó. La voz se le quebró.

—Por favor, se siente mal —le pidió Rosa, empujándolo hacia el living. Francisco salió del cuarto. Lo seguí. Se quedó de espaldas.

—Fran...

Se dio vuelta y me miró, como recordando que había gente. Estaba llorando. Me dolía verlo así.

Francisco era un reflejo mío, y yo hace mucho no me animaba a mirar hacia el espejo.

Me acerqué despacio. Con precaución. Cuando entendí que me permitía hacerlo, lo abracé. Las

lágrimas que caían de su rostro adquirieron más fuerza gracias a mi abrazo. Ahora lloraba como un nene de siete años cuando es castigado.

O como un hombre de treinta y pico de años cuando su papá se está muriendo.

Lo abracé más. Yo ya estuve en ese lugar. Todavía estoy ahí. Yo no tengo miedo. No me importa que la tristeza sea contagiosa. Yo no voy a dejar a nadie solo en su sufrimiento. Yo sé lo que se siente que lo hagan.

—Me iba a quedar hasta que viniera el médico. Pero no puedo más.

—¿Querés ir a dar una vuelta? —asintió con su cabeza. De pronto, su enorme cuerpo no impedía que se lo viera débil y frágil. Salimos. Era la primera vez que lo veía bajo la luz del sol y del día. Era hermoso.

Nos sentamos en un café. El tiempo suficiente hasta que se tranquilizó. Nos pusimos a hablar de otras cosas, aunque yo sabía cómo él se sentía.

Es como yo me siento. Puedo cambiar de tema, y reirme, y puedo estar en cualquier lugar. Sin embargo todo sigue ahí. Vos seguís ahí, papá. Sos como el fondo de pantalla. Haga lo que haga y diga lo que diga, no me desconecto de mi realidad.

Como si me hubiera leído la mente, habló.

—¿Cómo estás vos, con lo de tu papá?

Me quedé un rato muda, pensando, mientras un hombre que repartía estampitas dejaba dos apoyadas en nuestra mesa. La pregunta me había tomado por sorpresa. ¿Cómo estaba yo con lo de mi papá?

Mal, como respuesta pronta y rápida. Pero, ¿cómo estaba? ¿En qué minuto estaba?

¿Había habido cambios y mejoras? ¿Mi tatuaje, mi “esto también pasará” mentía, o ahora que confiaba en que después de los ocho minutos había algo, estaba más cerca?

—Ahora que me lo decís, no sé. No estoy bien, evidentemente. Es raro. Rarísimo, en realidad. No me había puesto a pensar en eso. No me había preguntado a mí misma... cómo estaba. Y ahora que lo mencionás, creo que en algún momento recuperaré un poco mi fe de poder llegar a volver a estar bien. No ahora. En algún momento.

Asintió.

—Sí, dicen que así funciona. Estás mal, y es estático y permanente, como una constante todos los días. Hasta que algo cambia.

—Estoy mal igual —dije, a la defensiva. Como cuidando a mi tristeza—. Solo que...

ahora alguna parte de mí piensa que eso podría llegar a cambiar.

Mantuve la vista fija en el café, todavía demasiado caliente como para tomarlo. Me levantó la cara con su mano izquierda, para que lo mire. Y me susurró cuatro palabras. Cuatro palabras que pude sentir en mi corazón.

—Y va a cambiar.

Al rato volvimos a la casa de Héctor y Rosa. El médico ya se había ido. Ninguno de los dos preguntó qué había dicho. No hay mucho que decir cuando un paciente con cáncer no se quiere tratar. Sospeché que Francisco no preguntaba porque no estaba preparado para escuchar la respuesta.

—Voy a volver a España.

Me quedé muda. No podía creer que justo a mí, que nunca se me pasa de largo la temporalidad de las cosas, no se me había ocurrido que Francisco se iba a ir. Pensaba que se quedaría acompañando a Héctor por todo el tiempo que pudiera. Creí que no iba a volverse tan pronto. Que por lo menos pasarían semanas, o meses.

—¿Pasó algo? —preguntó Héctor. A todos nos había tomado desprevenidos.

—No tengo mucho que hacer acá, pa. Y dejé mi trabajo para venir. Tengo que volver.

Nadie decía nada. Nadie sabía qué decir. ¿Se puede una persona entrometer en la manera en la que otra elige vivir su duelo?

—Está bien, mi vida, ¿cuándo te vas? —dijo Rosa. Ninguno quería mencionar lo que los tres estábamos pensando. “Tu papá se está muriendo”. Yo, por mi parte, no me atrevía a

emitir ningún juicio de valor sobre su decisión.

—Voy a ver pasajes... Ahora me voy a casa. Ya se hizo tarde —dijo, mientras se levantaba de la mesa del living—. Acostate, pa. Te quiero mucho. — Y lo saludó con un beso y una mano en el hombro—. Jazmín, ¿salís conmigo?

Acepté.

Caminamos juntos hasta lo de de la tía. Lo notaba apagado. Casi distante. Yo intentaba hablarle, pero notaba que él no estaba ahí, salvo físicamente. Estaba pensando en su papá. Y yo no sabía qué decirle. ¿Cuál sería el mejor consejo en esas circunstancias?

—Chau, Jaz. Gracias.

Me dió un beso de despedida justo en la comisura de mis labios. Me puse nerviosa. No sabía si había sido intencional. Nos quedamos cerca, hasta que habló en voz baja.

—¿Pensás que soy una mala persona? —indagó. Estaba llorando.

—¿Eh? No. ¿Por qué decís eso? —le respondí, mientras le secaba una lágrima de la mejilla con mi mano.

—No sé —agachó la mirada. Entonces lo abracé. Volvió a hablar, con su rostro todavía más cerca del mío.

—¿Está mal que me vaya?

Negué con la cabeza. Pero todavía no sabía cómo expresar por qué razones no me parecía mal. Tenía que pensarlas. Estábamos a centímetros. Hasta ese momento, no me había imaginado que entre nosotros podía pasar algo. Quizás por la diferencia de edad. Tal vez porque solo me había dedicado a odiarlo. Ahora era en lo único que pensaba. Ahora sentía una química que seguramente habría sentido desde el primer encuentro, si el primer encuentro no hubiera sido un gran malentendido. Ahora todo lo que quería era que me besara.

Y me besó.

02/06/2018

Entré a lo de Héctor a las doce y media del mediodía. Sabía por Francisco que se sentía mejor, así que era el momento perfecto para hablar. Subí las escaleras a toda velocidad, y una vez en su puerta, toqué el timbre tres veces seguidas. Esperé. Me abrió con la calma que lo caracteriza. Hasta que descubrió que yo no estaba tan calmada.

—¿Qué pasa, Jaz? —me dijo con dulzura.

—Hablé con Francisco.

—Otro más que se enoja conmigo no, por favor —y se rio, mientras caminaba hacia la mesa del living, para sentarse, con total naturalidad. Para él lo que estaba sucediendo era normal. Casi podía imaginarlo indiferente hacia todos los que lo queríamos. Rosa, sentada, mantenía su vista en el mate. Me saludó, se levantó con delicadeza, y se fue a la habitación. Me

intrigaba demasiado cuál era su postura acerca de toda esta locura.

—No vine a quedarme mucho tiempo, solo te vine a preguntar algo. ¿Dónde quedó eso de que “tu muerte es algo que le pasa a los demás”? Decime, porque no puedo comprenderte

—dije, con la carta que me había mandado cuando apenas nos habíamos conocido en la mano.

La prueba más contundente de que estaba siendo incongruente con su propio discurso.

—Me voy a morir pronto, de cualquier manera. No quiero vivir en un hospital. Nada más —habló serio, de forma distante.

—¿Por qué? ¿Por qué vas a rendirte? —pregunté, con un tono de voz más bajo, todavía parada al lado de la puerta por si tenía que salir corriendo. Se rio como si hubiera sido gracioso.

—“Rendirse” es una palabra muy de autoayuda. De ninguna manera. No me estoy rindiendo. Mirá, si no tenemos control casi sobre nada, al menos en “el pasillo oscuro” podemos decidir. Yo decidí caminarlo y transitarlo acá. En la comodidad de mi casa.

Estaba divagando. Ni siquiera tenía lógica lo que decía.

—No estás caminando por las calles de París. Estás hablando de la muerte —le recordé.

—Que tétrico suena dicho de esa manera. No es un concepto tan terrible. ¿Te imaginás un universo de inmortales? Eso sí sería terrible.

Fruncí el ceño. Me estaba cargando. Se estaba riendo de mí con todo lo que decía para desviar el tema de lo realmente importante.

—Sabés que te podrías recuperar, ¿no? Existe esa posibilidad.

—No. Si existiera, sería una de entre un millón, un pez en el océano. Jaz, no sé que te dijo Fran, pero no es verdad. Él cree que no es tan grave porque elige creer eso. Es grave. No hay solución alguna excepto retrasar el final inevitable. De todas formas, prefiero no “luchar”

contra la muerte, si seguimos con las palabras de libro de autoayuda. Ella llega, y yo la recibo.

Y le cuento que “*la vie est belle*”... o fue “*belle*”.

—No nos podés hacer esto, ahora lo entiendo a tu hijo.

Algo que sucede con la gente a la que jamás podés afectar con palabras es que, cuando hay que hacerlo, sos capaz de decir cualquier cosa para ver si de alguna manera lográs preocuparla. Sobre todo cuando es necesario que se preocupe.

—Bueno, no te pido que estés de acuerdo. Ni a mi hijo, ni a nadie —se quedó un rato estudiando mi mirada. Yo, mientras tanto, pensaba en que no había nombrado a Rosa. Su papel en esta situación era un enigma. Me ofreció un mate. Lo miré con enfado.

—¿Te puedo pedir un favor?

Levantó las cejas. Entonces me obligué a decir las cosas justo como las pensaba. Era esa la oportunidad para hacerlo:

—Necesito entender. Más allá de que me parezca una irracionalidad, o de que te dé la razón, me están faltando explicaciones... Por favor —una lágrima negra, llena de rimmel, le

advirtió que realmente requería una conversación. Una donde él me diera una historia que tuviera sentido, que yo pudiera contar algún día, y que uniera todos los cabos sueltos que no se conectaban entre sí, y hacían de su elección un absurdo absoluto.

¿Dónde estaba ese Héctor ahora? ¿Lo tenía secuestrado este nuevo hombre que poco se parecía al que yo creía conocer?

—Para mí me salvaste. Aunque la palabra “salvar” también sea de autoayuda. Me ayudaste todo este tiempo. Y no puedo ni aunque quiera entrometerme en algo tan íntimo y personal. Pero, por favor, justifícalo.

Prefería irme enojada a irme insatisfecha. Con preguntas sin respuesta.

—Está bien. Tenés razón. Pero pasá y sentate.

Y me senté.

—Bueno. Creo que deberíamos volver al principio. Mi cáncer es de pulmón. Un pequeño presente que me dejó el cigarrillo. Si pudiera volver el tiempo atrás, me advertiría, y sé que aún así hubiera fumado un atado y medio por día. Todos sabemos que las enfermedades y la muerte son algo que existe; sin embargo, mientras hay salud y vida, somos expertos en olvidarlo.

“Hablé con médicos, muchos. Ya está muy avanzado, así lo descubrí. Las opciones son, o bien como dije antes, postergar lo ineludible, o no hacerlo. No es un invento mío, es lo que los médicos me dijeron hace unos meses. Entonces me puse a pensar en muchas cosas. Sobre todo en lo que para mí significa vivir —respiró profundo y tosió. Su tos cada vez era más preocupante. Rosa se volvió a sentar en la mesa, al lado de él, y enfrente mío. Aguardó un instante y después siguió hablando—: Para mí vivir es esto. Mi casa, un mate, Rosa. Para mí vivir es ser la persona que fui siempre. No alguien parecido. No alguien enfermo que tiene algunos rasgos y gestos de quien solía ser, pero sin serlo. Si pudiera trazar una línea entre lo que creo que es vida, y lo que creo que no, la trazaría justo acá. En este límite —dijo, mientras miraba el pañuelo con el cual acababa de cubrir su tos. Tenía sangre. Sentí escalofríos—. Y sí, creo que *“la vie est belle”*. Por eso si es acá donde tiene que terminar, no tengo ningún temor de asumirlo. A la muerte no le tengo ningún miedo... Hasta me da un poco de pena. Imaginate que todos te detesten por hacer tu trabajo.

La miré a Rosa. Asentía con cariño. Comprendí que ellos ya habían tenido esta conversación. Comprendí que ella estaba de acuerdo. Y que tenían un amor muy puro.

—Yo me voy a morir de cáncer. Acá o entre cuatro paredes blancas. Hace metástasis rápido y ya está en todas partes. Y, aunque te parezca mentira, primero pensé en la gente que quiero. En lo mucho que la quiero. Y en que no me gustaría hacerle eso a los demás. Me parece un sinsentido. No me gustaría enfermarlos junto conmigo. ¿El cáncer no se reproduce también en los que están cerca? ¿No es una enfermedad que padecen todos al unísono?

“...Y si pudiera elegir, elegiría vivir muchos años más. Pero como no está esa opción de entre mis posibilidades hoy en día, pienso en los demás, y pienso en mí. Y visto desde todos los ángulos me parece lo correcto. No es precipitado ni impulsivo. Al contrario. Jamás estuve tan seguro de que ser agradecido, también implica muchas veces dejarse de aferrar. Y Jaz... —

me miró a los ojos e hizo una pausa para asegurarse de que prestara atención—: no voy a dejar que el cáncer decida por mí. Yo voy a decidir por mí”.

Sonreí. Admiraba a la persona que tenía enfrente. Ahora la admiraba más que nunca. Y

no me iba a ir enojada. Me iba a ir aceptando que a veces querer a alguien implica dejarse de aferrar. Yo quiero a este Héctor. Quiero al Héctor que no se dejaba vencer por el cáncer, aunque

“vencer” sea una palabra de autoayuda.

Porque, aunque el cáncer tenía todas las de ganar, de alguna manera, consiguió ganar él.

Una vez en lo de la tía, por la madrugada del domingo, después de trabajar en un cumpleaños de quince que me pareció interminable, me preparé un fernet, encendí la notebook, y busqué de nuevo, sin saber por qué, “El sol y los ocho minutos”. Leí y leí y leí. Ocho minutos seguiríamos iluminados.

Y perdoname, papá, hasta en un día tan especial, deseé para mis adentros que no faltara tanto.

Como Héctor me había dicho, va a ser un alivio para mí aceptar lo sucedido. Hay cosas que no se superan, pero son susceptibles de ser aceptadas. Ese hecho científico lo significaba todo para mí. A eso me aferraba para sobrevivir, así como la vida se aferra a algún lugarcito recóndito de la tierra cuando las especies se extinguen.

Yo abrazaba con todas mis fuerzas ese hecho. Lo cuidaba como se cuida a una planta, como se la riega, como se le habla para que crezca con más energía. Los ocho minutos me habían hecho sentir que quizás había algo más luego.

Y que quería quedarme a ver qué era.

03/06/2018

Me desperté con una angustia que no podía calmar. Salí de la casa de la tía temprano y fui a comprar tres Cofler Block. Sentía miedo de ir al cementerio. La pesadilla todavía seguía instalada en mi mente y aunque intentaba, no podía encontrarle un sentido. Pero no podía dejar de ir de ninguna manera.

Era un día especial.

Me senté y recordé que ahí según mi sueño no estabas vos. Estaba yo. Y alguien o algo me estaba enterrando, hasta que la lluvia y la noche repentina le impedían seguir haciéndolo.

Pensé si tendría algo que ver con los ocho minutos. Si quizás lo que me liberaría fuera que terminaran, como dijo Héctor. Si tal vez en esa oscuridad yo podría escapar...

No me atreví a dejar los chocolates que compré. Decidí que me los volvería a llevar conmigo.

—Hola, papá... Feliz cumpleaños. Cuarenta y siete cumplirías hoy. Nos quedaba tanto tiempo... Este es el primero en el que no estás físicamente —empecé a llorar—. Es gracioso que caiga domingo. Pareciera que estaba establecido que tenía que venir a verte. Te quiero regalar este escrito. Ojalá te guste:

“A la muerte no la entiende nadie.

Me gustaría contarte que recuperé mi pasión por la lectura. Porque por un tiempo la había abandonado y reemplazado por la escritura: tenía muchas cosas por decir. Que ya no estoy tan segura de nada, pero sigo adelante, ¿no lo hacemos por impulso la mayor parte del tiempo? Que a veces te recuerdo con una sonrisa, y a veces con tristeza, y que estoy intentando comprender si

ese va a ser el sabor agri dulce que tu nombre va a generarme durante toda mi vida.

Que de vez en cuando te encuentro en otras personas, por la calle, en su manera de caminar, y por un instante juego a creermelo que sos vos, y que por ese rato siento menos frío.

Que a la muerte no la entiende nadie. Que es algo de lo que nos hacemos una vaga idea, que sabemos que viene después, en algún momento, pero que jugamos a olvidarlo.

Que ya sé bien que no existe cosa más espantosa que quedarse con mucho amor por decir. Y que me faltó una charla. Que entendí que siempre nos va a faltar una charla, un abrazo o un café. Que nunca va a existir una despedida que se sienta suficiente.

Que me gustaría que vieras la mujer en la que me voy a ir convirtiendo, y que si hoy viéramos de nuevo alguna película, te dejaría quedarte dormido, y me haría la que no te vi.

Que te quiero. Aunque no te lo haya dicho tanto.

Es que en ese momento, yo no decía te quiero, porque creía que no necesitaba hacerlo.

Yo sabía que lo sabías, porque de todos los lugares en los que podía estar, yo quería estar ahí: viendo una película con vos”.

—Feliz cumpleaños, papá. Ojalá lo hayas recibido. Ojalá alguna de mis cartas llegué a destino y no mueran todas en el vacío. Te extraño mucho... Pero me tengo que ir.

Me levanté con los tres chocolates que creí que te regalaría, y me fui.

Porque ahí no estás.

04/06/2018

Estoy intentando aprender a hablar de vos sin sentir que te vuelvo a perder una y otra vez, cada vez que la historia termina.

Y a no buscar tu rostro en cada habitación repleta de gente, con la esperanza de que esté(s).

06/06/2018

Ayer a las seis me junté con Francisco. Llegué temprano, otra vez, pero de nuevo ya estaba ahí. Esperándome debajo de un techito por la llovizna. Nos sentamos en la misma mesa.

La segunda desde la entrada, al lado de la ventana. El café estaba más vacío, supuse que por ser martes.

Me puse a jugar con las servilletas, me percaté del nombre del lugar escrito en ellas.

“Piwkenyeyu”.

—¿Sabés qué significa?

Negué con la cabeza.

—No, ni siquiera sé pronunciarlo.

—Significa “te llevo en el corazón”. Vine tantas veces a este lugar que una noche me generó intriga —. Me pareció una palabra hermosa—. Esa noche justo acá, después de buscar la palabra y su significado, adquirí un nuevo hobby.

—¿Cuál? —indagué.

—Las palabras así, extrañas. Me apasionan. Tengo un repertorio. Por ejemplo,

“inmarcesible”. Significa “que no puede marchitarse”.

—Decime otra.

—No puedo cederte todos mis conocimientos ahora.

Me reí. Se produjo un silencio. Cambié el rumbo de la conversación.

—¿Cómo estás? Con lo de tu papá —pregunté.

—Estoy mejor. Ayer me llamó y me pidió que fuera a verlo. Me dijo que creía que yo tenía que escuchar su punto de vista, y que más allá de lo que pensara, me estaban faltando explicaciones. Almorzamos juntos, y tuvimos una charla honesta. Hace mucho no tenía una charla tan sincera con mis viejos.

—¿Los dos?

Asintió.

—Mamá sabe todo hace mucho tiempo.

Merendamos y nos quedamos hablando por dos horas. No tengo idea de cómo el tiempo pasó así de rápido. Salimos del café. Hacía mucho frío. Llegamos a la puerta de la casa de la tía. Me besó otra vez en los labios. Le correspondí al beso. Nos quedamos un rato largo ahí.

No quería entrar. Tampoco quería quedarme en la puerta. Fue lo que le dije. Y me sorprendió hasta a mí, que nunca me atrevo a decir nada.

Capítulo VI: Tres.

Mamá:

Esta carta va dirigida a tu buzón. Creo que te pertenece. Nunca te escribo. Cuando te perdí era muy chica como para realmente comprenderlo. Ahora, ya más grande, me tocó atravesar tu duelo. Hay tantas situaciones de la vida en la que me hubiera gustado tenerte...

Cuando sos chico pasa lo que tiene que pasar y ya. Las preguntas surgen a medida que uno va

creciendo. Ahora comprendo que te extrañé, en pausa, durante todos estos años. Ahora me doy cuenta de que te quiero escribir.

Hoy fui a lo de Francisco. No nos conocemos con él. O nos conocemos poco y nada. Sé que es el hijo de Héctor, que es profesor, y que vive en España. No tengo muchos más datos suyos, mamá, excepto los bibliográficos. Del resto lo ignoro todo. No sé qué cosas lo hacen reír hasta que se queda sin respiración, ni cuál es su serie preferida, aunque espero que sea *How to get away with murder*. No sé si tiene novia y le fue infiel ayer conmigo. No sé si está enamorado.

Ojalá no.

No lo conozco. No lo quiero. No es amor lo que pasó. Pero se le pareció. Ayer yo estaba ahí. Ayer alguien, del cual no sé nada, me hizo sentir que me estaba viendo. Y qué lindo haber hecho justo lo que sentía ganas de hacer.

Llegamos a su departamento a eso de las ocho de la noche. Era un lugar lindo, limpio, acomodado, pero vacío. Se notaba que nadie vivía ahí realmente. Dejé mis abrigos en una silla, y me preguntó si quería tomar algo mientras se calentaba la comida. Abrió una cerveza para los dos. Lo acompañé a la cocina y sacó un pollo con batatas del horno. Ya había preparado la cena.

—¿Te gusta el pollo? Ya veo que sos vegetariana...

—No, no soy vegetariana —sonreí—. Me encanta el pollo. Lo que pasa es que me siento medio culpable por no haber traído nada. ¿No preferís que pidamos algo?

—Estás loca. Con esto comerían cuatro personas. Nunca aprendí a calcular las porciones para mí solo. Por días, siempre como lo mismo.

Me pregunté si había tenido novia alguna vez. Si había convivido con alguna mujer en España. Preparé la mesa, con su ayuda. No sabía dónde guardaba las cosas. Mientras cenábamos y hablábamos de lo rico que estaba el pollo, retomé la conversación que había quedado inconclusa. Aún todavía sin saber bien qué responderle. Decidí improvisar.

Entonces comprendí que yo no podía aconsejarlo en una situación semejante. Él tenía que hacer lo que él creyera mejor. Yo solo podía brindarle mi experiencia, para que la tomara o la dejara, pero la conociera.

—Yo no fui al velorio de mi papá. No quise... Era a cajón abierto —aguardé unos segundos. Quería asegurarme de que el rotundo cambio de conversación fuese asimilado—. No

me arrepiento, jamás lo hice. Estaba completamente segura de que no quería estar ahí, y sigo igual de segura de que fue la decisión correcta.

—Elegí recordarlo por última vez peleando, gritando, y rojo de los nervios, con el corazón latiendo rápido porque estaba enojado conmigo, con la respiración agitada, casi irreconocible. Porque en ese momento había vida, y después no. Después ya no iba a haber siquiera enojos —aguardé para seguir hablando—. Yo no sabía que mi papá se iba a morir. Es una de esas cosas que ni siquiera te imaginás como posibilidad porque solo imaginarlo te dolería. Ni en mis peores

pesadillas me faltaba su presencia.

“Y pasó, y elegí ausentarme esa tarde. Nadie cuestionó mi decisión. Yo tampoco cuestioné mi decisión. Incluso si algunos días, cuando el dolor era tanto que me lo comenzaba a replantear todo, me ponía a pensar que tal vez si hubiera ido habría entendido de verdad que él se murió, cosa que todavía del todo no hago... Ni en ese momento me cuestioné.

“Este tiempo me odié por muchas cosas, pero no me peleé jamás conmigo misma por no haber ido al velorio. Porque la que decidió no ir fue la persona que fui cuando mi papá murió, y esa persona que fui es la que me ayudó a llegar a donde estoy... No sé si hubo muchos avances, pero los valoro. Hice lo que pude. Creo que todos lidiamos con el duelo como podemos... y como me dijo Héctor, nadie debería juzgarnos por lo que hacemos o dejamos de hacer”.

—¿Eso dijo mi papá? —volvió a hablar como un nene de siete años. De manera inocente. Dulce.

—Sí, algo así. Y estoy segura de que él sabe que si hoy sentís que te tenés que ir, está bien. No puedo aconsejarte qué hacer. Puedo aconsejarte que sea lo que realmente sentís, sin importar la impresión que tus decisiones den sobre vos.

“...Nadie puede ponerse en tu lugar ahora, y menos que menos para juzgarte. Estoy segura de que cuando Héctor decidió como decidió, lo hizo sabiendo que las personas que lo aman iban a lidiar con eso como pudieran, decidiendo lo que tuvieran que decidir”.

Seguimos hablando de otros temas, y después levantamos la mesa y no me dejó lavar los platos. Cuando terminó de hacerlo volvió, y nos empezamos a besar. Entramos a su habitación y me preguntó si quería tomar algo. Le dije que cerveza. Me senté en su cama a esperarlo. Vino con los dos vasos, y los apoyó en la mesita de luz. Nos besamos otra vez. La conexión era innegable. Me preguntó si podía sacarse la remera. Atiné a mover mi cabeza de manera afirmativa. Se acercó a mí, ahora con su torso desnudo. Podía sentir el mismo calor de su mano en todo su cuerpo. Era mi turno.

Antes de animarme a desvestirme me preguntó si quería que apagara la luz. Lo hizo y encendió un velador, lo suficientemente luminoso como para que nos pudiéramos ver, pero mucho más tenue. Se volvió a sentar y yo me saqué la remera con su ayuda. Nos costó, a los

dos, y mi cabeza se quedó atrapada. Yo estaba nerviosa. Nos reímos por la torpeza, pero al instante me miró, serio. Lo miré también, ahora solo con un corpiño negro. Y por un instante nos quedamos ahí, así.

—Sos hermosa —susurró, mientras su mano recorría mis lunares. Me negué.

—Sí, sos hermosa. Y tenés una sonrisa hermosa.

Me acarició y me corrió el pelo que me caía en la cara, acomodándolo con delicadeza detrás de mi oreja. Por unos segundos la tensión se podía sentir en el aire.

Entonces me empujó con brusquedad hacia la cama. Con una fuerza que nos dirigió a otro lugar. Me acosté, y él también, encima mío, todavía con los pantalones puestos.

Nos seguimos besando, ahora de forma más pasional. El roce entre nuestros cuerpos hacía que ya no pudiera aguantar las ganas. No sabía si alguna vez había deseado tanto a alguien.

Separó sus labios de los míos y me siguió besando, pero el cuello, y los hombros, y las clavículas, y el pecho. Apoyó una mano en la cama, y se dedicó a besarme. Hasta bajar.

—¿Estás cómoda?

Lo miré sorprendida. No estaba acostumbrada a que el “cómo yo estaba” en ese momento importara tanto. Más bien siempre había creído que el sexo se trataba de satisfacer al hombre, y poco importaba si mi placer era real o fingido. Nunca se daban cuenta.

Afirmé con mi cabeza, y susurré un sí. Puso sus manos en el botón de mi jean. Lo desabrochó, y lo tiró al piso. Lo mismo hizo con mi ropa interior. Y después me preguntó si podía practicar sexo oral. Le dije que sí. Al principio no sentí nada. Hasta que en un momento la respiración se me agitó y empecé a gemir. Mis dos manos apretaron la sábana con fuerza.

—Ahora yo —susurré.

Se recostó. Escucharlo gemir me excitaba. Sentir sus manos en mi pelo también. Sabía que era yo la que estaba provocando eso. Ya no lo deseaba, sino que lo necesitaba. Necesitaba estar todavía más cerca. Entonces me susurró que me acostara y se volvió a poner encima mío.

Me empezó a besar el cuello, y a suspirarme en el oído, y solo se detuvo a buscar un preservativo en su mesa de luz.

Sentirlo dentro mío era perfecto. Al principio fue rápido y violento. Apoyó una de sus manos en mi cuello, ahorcándome, con la presión suficiente como para que no doliera.

Cambiamos de posición. Me gustaba sentir que llevaba el control. Me gustaba moverme de la manera en la que sabía que podía sentir más. Al rato volvió a ponerse encima mío, y empezó a moverse lento. Ese cambio fue todo lo que necesitábamos para acabar. Primero yo, y después él. Cuando lo hicimos nos quedamos mirándonos, entrelazados. Y me dormí abrazada a él. No pactamos dormir juntos. Tampoco a nadie se le ocurrió que existía otra opción.

Me levanté a las nueve de la mañana con el desayuno preparado y diez llamadas perdidas de la tía. Fui al baño a lavarme los dientes. Por suerte soy de las que llevan cepillo en la cartera.

Salí, todavía en ropa interior, y me ofreció una camisa. Me la puse.

—¿Te gusta el mate?

—Me encanta.

Venía a la cama con una bandeja. Mate, tostadas, palta.

—No me decidía qué hacer así que hice todo. No te quería despertar.

Desayunamos en la cama y me preguntó si me quería bañar. Le dije que ya me tenía que ir. A la

tarde trabajaba. Me acompañó de la tía, aunque solo son unas cuadras y eran las diez y media de la mañana. Entré sonriendo con melancolía. Había sido una buena noche.

Y se iba a ir.

07/06/2018

Se iba a ir.

Pero podía volver.

Porque solo existe una cosa que es irremediable.

08/06/2018

Por la tarde me llegó un mensaje de Héctor: “Estás invitada el dieciocho a la noche a la cena de despedida de Francisco”. Me quedé con el celular en la mano, completamente anonadada. No sabía qué responder. No estaba segura de si estaba contenta de que no fuera tan poco tiempo como podría haber sido, o si estaba destruida porque solamente eran diez días.

Contesté que ahí iba a estar.

11/06/2018

Tenía que ir al cementerio. Era domingo. Descubrí que ya no era algo esencial para mí.

Ahora lo tomaba como una obligación. Desde ese sueño. El cementerio poco a poco dejó de ser ese café que compartía con vos, para pasar a ser el lugar fúnebre que realmente es.

A las tres de la tarde me senté enfrente de tu tumba. Y te leí este escrito.

“Tres otoños.

Existe un proverbio chino: ‘ 一日三秋 ’, que se utiliza cuando se extraña demasiado a una persona. Significa que, entonces, un día dura tres otoños. No pude con mi genio y me puse a investigar. ¿Por qué tres?, ¿qué significaba el tres en su numerología? Debía de tener una connotación lúgubre, oscura. Por eso deberían haber elegido el número tres, y no el dos o el cuatro, para expresar la duración y prolongación

del tiempo cuando se carga con el sufrimiento de una ausencia.

Me llevé una sorpresa. El número tres no se asocia con algo lúgubre ni con algo oscuro. De hecho, todo lo contrario. Ese número está vinculado al nacimiento, a la santidad de la vida y a los comienzos. No a los finales, no a la melancolía.

Entonces ¿por qué cuando se extraña demasiado a alguien, un día, según el proverbio, dura tres otoños? No creo que haya sido elegido al azar. Más bien creo que fue seleccionado cautelosamente, como esa mínima esperanza que darle a quien se la ponga a buscar. Está escondida, no se la encuentra fácilmente. No es más que una gota, un resquicio de positividad

que entra por una puerta no del todo cerrada. Pero estoy segura de que no soy la única que se percató de lo que digo, y no creo que sea idea mía.

Más bien creo que es intencional. Son tres otoños, no dos ni cuatro, porque el tres es nacimiento.

El tres representa lo que llega, después de alguien que se va”.

Sonreí. No sé ni cuándo ni cómo, mi mentalidad había comenzado a cambiar, de la mano de esa mínima esperanza a la cual te aferrás para sobrevivir. La mía eran los ocho minutos, que podían terminar. También había buscado el significado del número ocho. Había sonreído. Los buenos augurios. La buena fortuna.

Tuve una idea tranquilizadora: tal vez después de los ocho minutos te recuerde más y sufra menos.

Recordar: traer a la memoria. Para recordarte tengo que permitirte irte.

12/06/2018

A veces el duelo vuelve. Irrumpe con fuerza. Inunda el lugar y se instala en cada rincón como si jamás se hubiera ido.

Pero a veces, poquísimas, se va.

Ya no es una constante. Ahora es predominante.

Pero casi siempre es mejor que siempre.

Y cuando no está el duelo, estás vos. Como la persona a la que quiero recordar.

13/06/2018

Fui a casa de Francisco, cenamos pizzas amasadas por él, y esta vez llevé el postre.

Compré helado y también dos cervezas. Lo mío no es cocinar y no iba a fingir lo contrario. A las ocho y media me abrió la puerta, y estaba vestido simple, pero más lindo que nunca. Tenía un sweater gris y un jean azul. Yo me había puesto un pantalón de cuero negro y un top rojo,

más mis dos camperas más abrigadas porque era un día frío. Él tenía el pelo todavía húmedo.

Se acababa de bañar. Me sonrió apenas me abrió la puerta, como si supiera que su sonrisa es una de las cosas que más me gustan de él, aunque nunca se lo dije. Seguro es lo que más le elogian. Me recibió con ternura, y yo me sentí bienvenida, aunque mis miedos siempre me convencen de que sobro. Él lograba apaciguarlos.

—Pelo atado... Te queda precioso.

Sabés que ya tengo el pelo hasta la cintura, pa. Y es bastante fácil darse cuenta si lo llevo atado o

suelto. Pero igual me sonrojé.

Algo que me encanta de él es que nunca nos quedamos sin tema de conversación. Con Francisco todo surge de forma natural, y casi sin conocerlo le confié cosas personales. Quizás porque nuestras situaciones son similares, o tal vez porque me genera esa confianza.

En un momento, después de que me contara lo mucho que le gusta jugar al fútbol, le confesé que a mi me fascina nadar... o fascinaba.

—¿Por qué dejaste?

—No sé. Desde que pasó lo que pasó no pude volver. Intenté una vez, pero... —. Pensé en mi última experiencia. Todavía recordaba la desesperación y frustración de haberme ahogado en el intento—. Fue bochornoso.

—¿Intentaste otra vez?

No contesté. Se dio cuenta que la conversación me incomodaba.

—Te invitó a la cena mamá, ¿no?

Estaba esperando que lo mencionara. Se había olvidado de contarme el pequeño enorme detalle de que en tan solo unos días se iba a ir.

—Sí... El dieciocho.

—Me voy el diecinueve a la mañana —. Lo miré con desconsuelo—. Bueno, che, no me mires así que seguí tu consejo.

—¿Qué consejo? —pregunté.

—El de que hiciera lo que sentía que tenía que hacer.

Sonreí sin una pizca de alegría. Me había autoboicoteado.

—Ah, ese. Me parece muy bien —. No podía decirle nada. Tampoco podía disimular que no estaba contenta—. ¿Por qué el diecinueve?

Se quedó mudo, como si no pudiera decirme la verdad. Y después me dijo algo que, estaba segura, era una excusa:

—No había buenos vuelos antes.

No contesté. Seguí comiendo. No sabía si quería saber por qué acababa de mentirme.

Entonces, como si me hubiera leído la mente, dijo la verdad:

—El diecisiete es el Día del Padre...

Intenté actuar como si lo que acababa de escuchar no me destruía el corazón. Fingí que no me preocupaba. Que estaba todo bien. Que era un día del padre más. Hice mi mejor esfuerzo para que no se sienta mal, pero mi mejor esfuerzo no fue suficiente. Me había olvidado en lo absoluto de que el día del padre se acercaba.

—Te propongo algo. Podemos vernos un rato ese día. Entiendo que es algo muy difícil, y que tal vez querés estar sola, pero podemos dormir juntos. Solo dormir.

Lancé una carcajada honesta. Pero después un pensamiento me invadió la tranquilidad.

Para Gonzalo yo intentaba llamar la atención. No solo para él. Para mucha gente porque, según Gonzalo, “todos pensaban lo mismo”.

—No. Dejá.

—¿Por qué? —me preguntó con dulzura.

—No quiero molestar al resto con esto. Ya me victimicé mucho tiempo —y me reí.

Pero él no se estaba riendo.

—Jazmín, ¿quién te hizo creer eso?

Me clavé las uñas con fuerza en mis muslos para distraerme y no llorar. Todavía escuchaba la voz de Gonzalo en mi mente. Entonces me agarró de la cara con sus dos manos, para que le prestara atención. Y me susurró:

—Nunca dejes que nadie te eche la culpa por sentir dolor y por expresarlo, o por buscar ayuda, o por recibirla. Jamás. Eso le hacían a mi hermana. Y ella no exageraba. Ni quería llamar la atención. Quería sentirse bien. Nunca guardes tu dolor más dentro porque a otro le molesta.

El dolor adentro envenena.

Esbocé una sonrisa. La diferencia entre él y Gonzalo era clara. La gente como Gonzalo existe. Pero las personas como Francisco también.

—Ah, ¿por qué la aclaración de “solo dormir”? —pregunté al rato.

—Es lindo solo dormir de vez en cuando. Quiero que sepas que quiero estar con vos para que nos hagamos mutuamente compañía. Este es tu primer Día del Padre sin tu papá, y quizás... —se detuvo, supongo que para tomar fuerza y poder decirlo—. Quizás sea el último que yo viva con mi papá —. No supe qué contestar. Como si se hubiera dado cuenta, cambió de tema—: Hay mucha intimidad en solo dormir.

Esa noche no fue una en la que solo hayamos dormido. Y la pasé todavía mejor que la primera vez. Me pregunté para mis adentros si existía forma de nada más dormir cuando se trataba de tenerlo a él al lado. Jamás en mis veinte años un hombre me había excitado así.

15/06/2018

Ahora que tu voz está en mi mente, te puedo hacer decir cualquier cosa.

Hoy te escuché decir que me perdonabas. Y me disculparía por poner palabras en tu boca que no son tuyas.

Pero no, porque yo sé que me perdonarías. O que me habías perdonado, incluso antes de morir.

Tal vez ni siquiera te habías enojado tanto como mi culpa me hizo creer.

16/06/2018

La celebración de la noche fue un casamiento. Todavía recuerdo a la novia llorando.

Después se maquilló, se puso un vestido precioso, y listo. Nadie jamás sospechó que no estaba teniendo el mejor día de su vida. Hoy, los que se casaban eran dos hombres, y deseé para mis adentros que fueran felices, aunque parece tonto. Deseé que ninguno de los dos hubiera llorado a la tarde por no poder admitir que no se estaba casando por amor. Se los veía alegres. Y sonreí por ellos. Por primera vez no sentí que se estaban burlando de mi dolor: no lo conocían. Así como yo no hubiera conocido jamás el de la novia si no salía llorando de la sala de maquillaje.

No tuve esa sensación de que era un objeto y que todos podían observarlo. Era invisible. Así como era invisible para mí la razón por la cual Francisco había sido cruel con Héctor, y entonces me había dedicado a juzgarlo.

Sin embargo mi tristeza justo esa noche era inmensa. Y para mí lo abarcaba todo.

Entonces...

—Ya son las doce así que queremos decirles... ¡Feliz Día del Padre! —escuché, desde una de las mesas más alejadas del centro, mientras servía los platos principales. Miré hacia la pista. El que había hablado era uno de los novios por micrófono. Todos comenzaron a aplaudir.

Miré hacia mis costados. Todos abrazaban a sus padres.

—Feliz día, viejo. Pasá al frente. Dale, ¡Vení! —dijo un novio. Un señor de unos sesenta y pico de años se levantaba de la mesa principal. Entonces se fundieron en un cálido abrazo.

Ese que no puedo creer ya no poder darte.

Sus brazos se entrelazaron y sus cuerpos estaban juntos, porque ambos estaban vivos, y se podían abrazar. Él tenía la increíble suerte de no darse cuenta, todavía, de la suerte que tenía.

Es de afortunados poder dar por sentado. Significa que normalizamos circunstancias que creemos naturales, y no lo son siempre. Como poder abrazar a tu papá.

Todo era sonrisas. Ya no por el casamiento. En esos minutos el mundo a mi alrededor festejaba a los padres. Al hecho de poder tenerlos. ¿Yo era la única que no? Eso era poco probable. Me comencé a sentir mareada. Estaba siendo testigo de una alegría que no me pertenecía, que estaba a años luz de las circunstancias actuales de mi vida. Y de nuevo me surgió el horrible

pensamiento que busco evitar.

¿Se ríen de mí? Entonces el otro novio tomó el micrófono, como si me hubiera leído la mente. Y alivió mis monstruos. Y todo fue paz.

—Yo también quiero mandarle un saludo a mi viejo. Pa, dónde sea que estés, te quiero muchísimo. Al principio no aceptabas lo que soy, y nos peleamos muchísimas veces. Pero antes de morir, un día cuando ya estabas muy enfermo, te fui a ver al hospital, te conté que estaba de novio con Martín, y me dijiste: “Perdón, hijo. No fui nunca quién para juzgarte”. Y yo te perdoné. Quiero que lo sepas. Espero que estés festejando con nosotros.

Todos lo aplaudieron. Yo tenía las manos ocupadas con una bandeja vacía, pero también lo hubiera hecho. No estaba sola.

Feliz día, papá.

17/06/2018

Pronto el casamiento siguió siendo la fiesta que era, y por un tiempo pude olvidarme que era diecisiete de junio. Llegué de la tía y me dormí apenas toqué la almohada. Me desperté a las once del mediodía y abrí las persianas. El cielo estaba despejado. La tía me preparó el desayuno y mientras tomábamos mate, con Teo encima ronroneando, actualicé mis redes. Feliz día, papá. Feliz día, papá. Feliz día, papá. Todo el mundo subía fotos con sus padres. Entonces lo recordé.

Y el cielo se oscureció.

Llegué al cementerio a las cuatro de la tarde. Estaba repleto de personas. Pensé en ese momento que la gente duplicaba la cantidad de tumbas. Apenas me senté me tomé un tiempo para conectar con lo que se sentía en ese lugar. Duelos, muchos duelos, todos juntos, hacían que el aire estuviera cargado de angustia. El clima ahí dentro era pesado. Doy fe de que la tristeza se percibe, y en algunos sitios se acumula. Es lo que sentís cuando entrás a un hospital.

Es esa sensación de que podés inhalar cada pena.

—Feliz día, pa. Se juntaron todas las celebraciones —esbocé una mueca que intentó ser una sonrisa—. Antes era motivo de festejo que tu cumpleaños y el Día del Padre estuvieran tan cerca. Ahora fueron dos golpes. Me empezaba a levantar del primero y llegó el segundo. Te escribí este texto:

“Hojas de otoño.

Algún día, en algún lugar, vas a ser sonrisa. Nada más que sonrisa. Voy a pensar casualmente en vos, por algún mínimo detalle que me trae a flote un gran recuerdo. Tal vez, por ejemplo, esté caminando por las calles de nuestro barrio, repletas de hojas en el suelo que denotan que es otoño, y entonces voy a asimilarlo con ese día de mayo en el que me asusté porque me desperté más temprano que de

costumbre, y no estabas acostado. Tampoco en el comedor como todos los domingos,

desayunando mientras mirabas algún partido de fútbol y tomabas un café caliente, porque reservabas el mate para cuando yo estuviera ahí.

Salí a buscarte todavía en pijama, y te encontré en el jardín de casa, recogiendo las hojas que se habían caído. Me senté a un costado junto a nuestra cámara de fotos.

Me llamó la atención que estuviera ahí.

—¿Sabés algo, Abril? Si fuera por mí las dejaría donde están. ¿No quedan lindas?

Nunca me había detenido a admirar la belleza que hay en el otoño. Pero en ese momento lo hice. Y sí, de hecho quedaban lindas. Cada una tenía su color, y sin embargo, de alguna manera, todas eran tenues, como una foto en sepia. Todas guardaban su parecido, armónicas entre sí. Se me ocurrió entonces la duda evidente:

—¿Si te gustan, por qué las sacás?

Me miraste sorprendido, como si no pudieras creer que no me diera cuenta.

Entonces me explicaste, mirándome a los ojos, como para que no se me olvide jamás.

Lo hiciste con una dulzura que me hizo saber que estabas a punto de darme un gran consejo.

—Porque se cayeron, Abril. Y si se cayeron es porque ya no le pertenecen ni a los árboles, ni a esta estación. Me gustan las hojas, me fascinan sus colores, y si fuera por mí las dejaría donde están, pero no son de donde están.

Y seguiste levantándolas con un artefacto extraño, que en ese momento, para mis once años, era un tenedor gigante, y colocándolas en una bolsa de residuo verde.

Todavía yo no estaba conforme. No nos conformamos fácil cuando somos chicos. Y así te lo expresé:

—¿Y cuál sería el problema de dejarlas dónde están?

—Abril, cuando algo llega a su final, lo último que tenés que hacer es aferrarte.

Se cayeron, y quedan lindas en el suelo, pero estorban. Te recuerdan que su encanto solo anticipa el invierno, y no es en el piso en donde tienen que estar. Las hojas tienen que estar en los árboles.

Me conocías lo suficiente como para saber que, todavía, quería explicaciones.

Entonces volviste a hablar:

—Podría dejarlas donde están. Se acumularía una cantidad preocupante.

Eventualmente debería hacer lo que estoy haciendo ahora. Sería un trabajo mucho más tedioso. Quizás me costaría toda la mañana, y entonces me perdería de desayunar con mi hija por no

haber hecho las cosas que tenía que hacer cuando tenía que hacerlas. Y

ya no me gustarían. Las odiaría. Detestaría tener que levantarlas. Si dejara pasar, por

ejemplo, un mes sin recogerlas, ya no me parecerían preciosas. ¿Vos, dónde vivís, Abril?

Esa me parecía una pregunta muy fácil. Con la simpleza con la cual los nenes simplifican todo, te respondí:

—En nuestra casa.

—Ya sé, ya sé —te reíste—. Pero también vivís en el presente. Y es ahí en dónde tenés que vivir. El pasado puede ser bello, como estas hojas. Pero desayunar juntos también. Por eso me levanto temprano para hacer esto. Y... Mirá —me dijiste, mientras agarrabas la cámara de fotos que estaba al lado mío—: este recuerdo es perfecto.

Y entonces vi la foto más hermosa de las hojas de otoño que alguien pudo haber tomado jamás. Y la había sacado mi papá.

Algún día en algún lugar, vas a ser sonrisa. Nada más que sonrisa. Voy a pensar casualmente en vos, por algún mínimo detalle que me trae a flote un gran recuerdo. Y

no vas a doler, porque esos recuerdos son perfectos, y guardo fotografías de cada momento en mi memoria. Las más hermosas que alguien pudo haber tomado jamás. Y

las saqué yo.

Aunque por ahora seas lágrimas, porque todavía me aferro”.

Salí del cementerio y me fui a cenar a la casa de la abuela para saludar al abuelo. Le llevé de sorpresa un sweater que le compré hace unos días, y también los tres Block que no me atreví a dejarte para tu cumpleaños. Era el primer Día del Padre sin vos, y era una cena especial para todos. La primera vez que la familia se reunía desde diciembre. No lo hicimos para Navidad y Año Nuevo. No hubiera podido lidiar con tu ausencia en ese entonces.

Fueron mis tíos, y mis primas, y también la tía y la abuela, la familia de mamá. La pasamos bien, y nos reímos, y en un momento salí de escena y me dediqué a observar, como un simple espectador, a toda la gente a la que quería sentada en una misma mesa. Tu ausencia se notaba. Faltaban los peores chistes, y las risas más fuertes que solo vos sabías provocar en los demás. Pero sin embargo la pasé bien. Y en un momento brindamos por vos. Fue algo desolador, pero emocionante. Me quedé abrazada a la abuela, que lloró por un tiempo largo.

Después de bajar las copas, por unos segundos, nadie dijo nada. Y estaba bien así.

Porque nos senti unidos en el duelo. De pronto entendí que no era solo mío. Y eso me hizo sentir abrazada.

Feliz día, papá.

De vuelta en lo de la tía le mandé un mensaje a Héctor para felicitarlo. Pensé en Luz.

Pensé en Francisco. Seguro había sido el día más emotivo para él. Quizás, según sus propias palabras, era el último Día del Padre que pasaba con Héctor.

Ya no estoy tan segura de que sea mejor saber que van a ocurrir ciertas tragedias, como pensaba antes.

Y no creo que la situación de Francisco sea más fácil que la mía.

No importa cuánto te prepares para algunas cosas, cuando pasan siempre duelen como si nunca te las hubieras imaginado. De pronto recuerdo una frase. Ahora la entiendo. Stephen King escribió: *“Y acaso la mayor bendición fue que nunca supimos que nos quedaba poco tiempo”*. Yo jamás tuve que mirarte, papá, con la certeza absoluta de que te estaba por perder.

Esto le mandé a Héctor:

“Gracias por preocuparte por mí esa tarde en la estación de subte. Gracias por darte cuenta de mi tristeza, aunque no era tan evidente a los ojos del resto. Vos la viste. Y te quedaste a hacer lo posible para ayudarme a que disminuyera.

Y disminuyó.

Por mucho tiempo le pedí una señal a mi papá. Y fuiste la forma más clara que él tuvo para decirme que me sigue cuidando. ¿Será todo arbitrario y casual? No sé. Yo elijo creer que no fue suerte haberte conocido. Y si fue suerte, fui muy afortunada.

Te quiero”.

Se lo mandé por whatsapp. Recordé cuando lo conocí. Y como me quedé pensando que en sus ojos celestes existía un cielo. Tu cielo.

Al rato de mandar el mensaje me llamó Francisco por celular.

—Entonces, ¿a qué hora venís a solo dormir?

No se había olvidado. A las diez de la noche le toqué el timbre, y esta vez fui yo la que lo abrazó apenas abrió la puerta. Sabía lo que estaba sufriendo. Sabía que su situación nunca había sido más ventajosa que la mía. También sabía que en un día tenía un vuelo de regreso a su país.

Sobre todo, sabía que lo iba a extrañar.

—¿Cómo estás?

No era la pregunta más adecuada para un momento tan delicado. La respuesta era evidente. Pero ¿qué se decía, sino? Comencé a entender a los demás. A los que nunca sabían qué decirme a mí.

—Como se puede... Ahora que no voy a dormir solo, un poco mejor —sonrió. Entendí que no

quería hablar del tema. Cenamos juntos, y llegó la hora de acostarnos. Hacía mucho frío.

Nos cubrimos con dos colchas y encendió la calefacción.

—¿Querés más abrigo? —me preguntó mientras me corría el pelo de la cara, acomodándolo detrás de mi oreja.

—Estoy bien.

—Entonces, descansá —y se aferró a mí con sus brazos. Ya no hacía más frío.

Solo dormimos. Y hay mucha intimidad en solo dormir. ¿Existe un momento en el que

estemos más vulnerables que cuando cerramos los ojos? ¿No es especial compartir ese instante con alguien más? Sus brazos me hicieron terminar un día difícil, sintiéndome acompañada.

No me había dado cuenta lo importante que era la compañía durante todos estos meses.

18/06/2018

Llegué a lo de Héctor a las ocho de la noche y llevé un vino, aunque no me gusta, pero no quería ir con las manos vacías. Era la última cena que iban a compartir con su hijo antes de que volviera a España, y me habían invitado. Me emocionó pensar en eso. Eran parte de mi vida, y yo era parte de la de ellos. Y así me lo hacían sentir.

La mesa ya estaba preparada. Daba la impresión de que hacía mucho tiempo. Cenamos raviolos de pollo con salsa blanca. En ese momento me enteré que era la comida preferida de Francisco. La pasamos bien, y disfrutamos, y en ningún momento se habló de la enfermedad de Héctor, ni de la decisión de Fran. Aunque, creo yo, todos pensábamos en eso. Todos sabíamos que las cosas iban a cambiar más rápido de lo que queríamos. Pero por esa noche la vida era perfecta.

Porque todavía estaba.

—Lo ves así, pero de chico era una pesadilla —dijo Héctor, riéndose—. Falsificaba las notas en el boletín, pero lo hacía tan, tan bien que hasta que se llevaba las materias no nos dábamos cuenta. Después íbamos a hablar al colegio. “¿Cómo que desaprobó si mi hijo tiene diez?”, “No señora, no señor, esto era un uno. Le agregaron un cero” —estalló a carcajadas mientras sostenía la copa de vino.

—Bueno, bueno, después mejoré. En secundaria dejé de mentir —contestó Francisco, antes de tragar.

—Será que te dije toda la vida que no hables con la boca llena... —susurró Rosa.

—Sí, de mentir sí. ¡De desaprobá todo, no! —retrucó Héctor. Y todos estallamos otra vez. Tanto que Francisco empezó a toser, y Rosa, risueña, aprovechó la situación para quejarse con un “te lo dije”, como toda buena madre.

— ¡Ves por qué hay que tragar antes de hablar!

La noche se basó en situaciones de ese estilo, hasta que llegó un momento en el que ya nos causaba gracia cualquier cosa. Me enteré anécdotas de la familia, varios recuerdos de Fran de chico, de lo mal que se portaba, y de la vez que tocó la alarma en un banco Francés.

—Yo estaba con tu abuela, y vos tenías... ¿cuántos años tenía? —le preguntó Rosa a Hector.

—Y... unos cinco o seis.

—Bueno, de repente empieza a sonar la alarma de todo el banco, y yo la miro a tu abuela

y le digo: “ese fue Francisco”. ¡Y sí! —y nos seguimos riendo.

No hablaron tanto sobre anécdotas de Luz. Sacando cuentas, Francisco era bastante chico cuando falleció. Sospeché que ese era el motivo. Los recuerdos eran solo de ellos dos, como pareja. Pero sí la nombraron. La nombran todo el tiempo con una naturalidad que me genera mucha dulzura.

Nombrar es mantener presente.

Nos quedamos hasta las dos de la mañana. Nadie se dio cuenta de que se había hecho tan tarde. Apenas miramos el reloj nos levantamos para irnos. Entonces presencié el abrazo más hermoso que vi alguna vez. El abrazo entre Héctor y Francisco. El último antes de que viajara.

Se iba a las diez de la mañana y se había negado a que su papá lo llevara al aeropuerto. Sospeché que las despedidas deben doler más ahí. Quizás la prefería en la comodidad de su primer hogar.

Seguro Francisco, que vivía en otro país, ya le había tomado un poco de rechazo a los aeropuertos, y a lo difícil que es intentar no darte vuelta, como en las películas, para mirar una vez más al ser querido que dejás atrás, cuando atrás es todo igual, y adelante es todo diferente.

Cuando te estás yendo, y el otro se queda.

Excepto que, en esta ocasión, se estaban yendo los dos.

Al minuto, sus cuerpos se separaron. Estaban llorando y no intentaban ocultarlo. Se estaban llorando. Héctor se rio y le dio tres palmadas en el hombro.

—El mejor hijo.

—El mejor papá —replicó Francisco. No hacía falta más. Yo, mientras tanto, sonreía, y pensaba para mis adentros que a veces las palabras sí que sobran. Se lo habían dicho todo diciendo poco y nada.

Salimos del departamento, y entonces recé que lo preguntara para poder decir que sí, hasta que sucedió mientras caminábamos de vuelta a nuestras casas.

—¿Querés venir a dormir conmigo por las horitas que me quedan?

Frenó y me miró. Con esos ojos. Podían alumbrar cualquier oscuridad.

—¿Solo dormir? —entonces nos besamos.

—Tengo una idea: hacemos tiempo en el departamento y después vamos a la terraza del edificio a mirar el amanecer. Podemos llevar un mate.

Y eso hicimos. Subimos a la terraza a la madrugada. Hacía frío así que me prestó un buzo. Después me rodeó con su brazo mientras veíamos el sol salir. Ya no hacía más frío. Por un rato casi no hablamos. Él me acariciaba el brazo, y yo pensaba que el mundo sigue girando, que el sol sigue saliendo, y que los amaneceres son bellísimos. Hasta sentí ganas de llorar, pero de emoción. Por sobre todas las cosas, me sentí viva. Supe que lo estoy.

Y el sol estaba ahí. Literalmente hablando, pero metafóricamente también. En ese momento, lo sentí ahí.

Te sentí ahí.

Más tarde me acompañó a casa de la tía.

—¿Qué te pasa? —preguntó. Ante mi silencio, volvió a hablar—. No estés mal. Te lo prometo, nos vamos a volver a ver. Pero hasta que eso pase recordá siempre que sos increíble.

Me negué con la cabeza. No concordaba con él en ninguna de esas cosas. Tampoco concordaba con él en que nos íbamos a volver a ver. Estoy acostumbrada a pensar que todo termina. De forma fugaz y repentina. De manera abrupta e incomprensible.

—Sí. Me alegraste un viaje que era devastador. Hacés eso de todos los lugares en los que estás. Y sí, nos vamos a volver a ver. ¿Confiás en lo que te digo?

Me acarició la mejilla. Sentí ganas de llorar. Gracias a Dios me contuve. No quería quedar como una adolescente ilusionada, aunque eso es justo lo que soy.

—Sí, confío. Gracias —contesté.

En media hora iba a estar viajando en taxi hacia su vuelo, y en tres horas iba a estar en el avión. Nos dimos un abrazo fuerte. Tan fuerte que estuve a punto de pedirle que recordara que pesaba cuarenta kilos más que yo y que era muy musculoso. Después de varios besos, y de sacarnos algunas fotos juntos, las primeras y quizás las únicas, cerré la puerta. Y se fue.

Me acosté en la cama con una sensación difícil de explicar. Sentía una ausencia, o un vacío. Como si acabara de perder algo especial. Deseé para mis adentros, que la próxima vez que me sintiera así de bien, pudiera durar un poco más de tiempo.

Al menos un poco más de tiempo.

Entonces, antes de quedarme dormida, escribí este texto.

“Día de sol.

Nos debemos un día de sol, yo sé que ese día va a haber sol. Vos me vas a decir qué hiciste en mi

ausencia. Yo voy a quedarme admirándote y pensando en todas las vueltas que dimos y todas las vueltas que la vida nos dio para dejarnos enfrente, otra vez.

Vos me vas a hablar y yo me voy a reír de la ironía. Voy a pensar en que al final éramos nosotros pero no era el momento, voy a agradecerle al tiempo por haber organizado nuestros destinos para que coincidiéramos, de nuevo, y me voy a acordar de ese junio en el que lejos tuyo escribí este texto. Nos debemos una charla, un café, una risa que terminé en besos, o unos besos que terminen en sonrisa. Nos debemos una oportunidad, una casualidad que nos vuelva posibles, y dicen que hasta las líneas paralelas se intersectan y cruzan en el infinito.

Sé que ese día va a haber sol. Vos vas a sonreírme, y yo voy a volver a creer en la suerte. Vamos a compartir un café, me vas a contar qué hiciste en mi ausencia, y yo te voy a contar que no existió un solo día en el que pensándote no haya sonreído.

Nos debemos un día de sol, un café caliente y amargo, y la dulzura de un encuentro que haga que este escrito, (que no es más que un profundo e inmarcesible deseo), se vuelva una profecía de dos personas que, en un día de sol, se volvieron a hacer realidad”.

Me dormí con una sonrisa. Si estaba pensando en días soleados con Francisco, o con quién fuera, significaba que me había dado cuenta de que, después de los ocho minutos, la oscuridad no iba a ser total. Yo tenía luz propia. Y las demás personas tenían luz propia. Y mi mundo podía seguir iluminado, de verdad.

Sobre todo, yo podía alumbrar el de otras personas.

19/06/2018

Siete de la tarde. Suena el timbre. Extraño. Estoy tirada en el sillón. Veo cómo la tía le abre la puerta a la abuela. Más extraño. Nadie me avisó que venía a comer. Tiene cara de preocupación. O quizás es idea mía. Ahora estoy alerta todo el tiempo. Siempre estoy esperando que lleguen las malas noticias.

Me viene a saludar. Se sientan en la mesa. Me invitan a acercarme. Lo hago. Sospecho.

Ahora sí que todo es raro. Me imagino lo peor. Es mejor imaginarse lo peor. Por las dudas.

Entonces la abuela me agarra de la mano. Ahora solo quiero saber qué está pasando.

—¿Cómo estás con lo de tu papá? Porque con la tía te vemos mejor.

No tengo un espejo enfrente, pero sé que me pongo pálida. ¿Qué es esa pregunta? ¿Qué pasó? No quiero que pase más nada.

—Sí, estoy mejor abu... ¿Qué pasó?

—Hace un tiempo nos enteramos de algo. Pero no te lo queríamos decir hasta verte así.

Más fuerte —me acaricia el pelo. Ensancho los ojos. Ni siquiera estoy pensando en algo que

pudiera haber pasado porque no se me ocurre. Siento terror.

—Tranquila. Te voy a decir rápido, antes de que te imagines otra cosa. ¿Viste el hombre que... tuvo el accidente con tu papá? —pregunta mi tía. Sí, tía. Leonardo Rodríguez. Cómo me voy a olvidar de él. ¿Qué más pudo haber hecho? ¿Qué otra forma de destruirme la vida encontró? Despertó del coma. Y fue cómplice de que perdiera la voz de mi papá para siempre.

¿Qué más podía llegar a pasar?

—Lo absolvieron. La justicia decretó que fue un accidente. Aparte en esa calle no había cámaras, así que faltan pruebas...

—No tenía alcohol en sangre. Los dos intentaron pasar al mismo tiempo. Tu papá no tenía puesto el cinturón. Ese hombre sí lo estaba usando, y se salvó. Nos parecía que lo tenías que saber.

Es sorprendente que nunca nos familiaricemos con las malas noticias. Podemos aguardarlas. Podemos prepararnos para recibirlas. Y vivir en constante alerta para que no nos agarren desprevenidos y nos destrocen. Algo así como sufrir de antemano para protegernos.

Pero no nos protegemos. Y nos destrozan.

En ese momento no importó que yo hubiera estado en vigilia, preparada, aguardando los infortunios. Ni siquiera así me lo había visto venir. Me arrepentí del tiempo que perdí alarmada. Solo había conseguido sufrir doble. Por lo que sucedía y por lo que imaginaba. Que pocas veces se asimila a lo que tiene que ocurrir en la vida real.

Absolvieron a la persona que mató a mi papá.

Decretaron que fue un accidente.

Sabés, pa..., creo que la muerte siempre va a ser un absoluto sinsentido. Pero que todavía es más difícil asimilarla cuando surge de la nada misma. Cuando te dicen que no hay villano. Que no hay motivo. Que no hay nadie a quien culpar. Paro cardíaco, por ejemplo. Paro cardíaco sin explicación aparente. Golpe en la cabeza. Accidente de tránsito. La vida está, y después ya no. Nada entre medio. La persona que querés respira. Después no.

O aunque no la quieras. Aunque no la conozcas. Como cuando te dicen que el tío de la mamá de Juan falleció mientras dormía. No despertó. Ninguna explicación. No entró un asesino con un revólver a terminar con su vida. No tenía noventa y nueve años. No era una persona popularmente mala, como Hitler, para entonces poder pensar que actuó el karma divino. Nadie a quien odiar. Ninguna manera de justificar esa ausencia. ¿Qué pasó? Nada. Pasó la muerte.

¿Por qué? Por nada. Llegó porque sí, y arrasó con todo.

Entonces sentimos frío. El frío de sabernos así de frágiles. Caminando en una cuerda floja, muy floja, que nos separa de entre estar y no estar. Y abajo nada. Se cae hacia el vacío.

No me importaba lo que dijera la justicia. La justicia jamás era justa. Mi papá había sido

asesinado. Porque para mí esa historia tenía sentido. Y ese hombre tenía que sufrir, porque me había arrancado a mi papá.

Para mí así el cuento cerraba. Para mí así era entendible.

Con esa explicación, y no con ninguna otra, yo me iba a dormir y podía descansar. Era la novela, con un malo que hace el mal, la que a mí me permitía esquivar e ignorar el absurdo de la muerte sin razón. Y era ese libro, con un asesino, el que me dejaba jugar a olvidarme de que habíamos discutido, de que se me había caído el café en el diario que escondo en mi habitación, y de que habías salido más tarde que de costumbre por esa razón. No podía ser yo.

Yo estaba absuelta. Yo me había absuelto porque existía Leonardo. Y así las piezas encajaban perfecto, en un mundo en el que la gente solo muere por factores externos a la muerte en sí misma.

Porque para mí tiene sentido que la muerte por sí misma (por ejemplo, un simple accidente sin ningún motivo que pueda justificarlo) no pueda matar.

—Jaz, ¿estás bien? —pregunta la abuela. Vuelvo a la realidad.

—Sí, abu. Estoy bien. Ya está —y dibujo una mueca que intenta ser sonrisa.

—¿Segura? —indaga la tía Marcela. Suspiro. Hablo con euforia:

—Mejor me perjudica. ¿Qué vamos a cenar?

Entro a mi habitación a las once de la noche. Pienso en Leonardo. Estoy mejor. Es un hecho. No va a ser justo él quien me haga retroceder. De todos modos, siendo sincera, no esperaba otra cosa. Eran pocas las chances de que fuera preso.

Pienso en Francisco. Debe seguir viajando.

Me acuesto a dormir.

Mañana va a ser un día especial.

20/06/2018

Llegué a natación a las nueve de la mañana. Conocía a varias chicas en el vestuario, que me saludaron con simpatía. No sentí lo mismo de la otra vez. No me percibí invisible, y hasta pude quedarme charlando con ellas un durante un rato.

El agua estaba climatizada, y el ambiente demasiado caliente. Eso contrastaba con el día que fue hoy. Cinco grados, lluvioso. Pero ni siquiera el hecho de estar de vacaciones de la facultad y poder quedarme durmiendo abrigada hasta tarde me detuvo de ir al club. Había algunas personas nadando. Entré a la pileta y recordé la última vez que lo hice. Fue una situación bastante humillante. Descarté ese pensamiento, respiré profundo para llenar mis pulmones de aire, entré en calor y empecé a nadar en mariposa. Todos odian ese estilo. Pero es mi preferido.

En un momento me puse nerviosa, ¿y si me ahogaba otra vez? Entonces saqué la cabeza del agua para descubrir algo que me emocionó. Había llegado al final. Volví haciendo crol.

Después espalda. Y después pecho. Me reí frenéticamente. Me había olvidado por completo de lo feliz que me sentía nadando.

Estaba más fuerte. Y había recuperado la capacidad de nadar.

Sigo nadando. Ya sin miedo.

Miedo: vos lo definías como “una exageración de pensamiento”.

Todavía te puedo escuchar decirlo. Con tu voz.

Capítulo VII: Dos

25/07/2018

Camila llega al café en donde la cité veinte minutos después de la hora pactada. La puntualidad nunca se llevó bien con mi amiga. Me saluda con alegría, y me habla sobre lo mucho que me extrañó. Le digo que yo también, por cortesía. No sé si lo hice o no. Solo sé que las quiero, y que se siente bien verla otra vez.

El café es diminuto, y aparenta ser muy antiguo. A Camila no le gusta, lo noto en su rostro, aunque no me dice nada, porque hace mucho tiempo que la gente tiene esta creencia de que como yo estoy triste no se me puede decir nada. Ni que un café al que quiero ir es horrible.

Como si ahora vivieran siendo excesivamente buenos porque les doy pena.

Y yo no quiero que me tengan pena.

Como si me hubiera leído la mente, habla.

—¿Por qué este lugar? Es lindo igual... Bohemio—. En serio. Usó la palabra

“bohemio”. Si me decía que era espantoso era lo mismo—. Pero, ¿por qué acá?... ¿Jaz?

Estoy mirando por la ventana. Enfrente, un jardín de infantes, público. La calle está tranquila. Todavía falta para que los nenes salgan. Calculo que en una hora.

—Por nada. Siempre que estoy yendo al psicólogo paso por la puerta y veo que tienen unos licuados de frutilla y banana que tienen una pinta... Y pienso “algún día voy a venir con alguna amiga”...

Le sonrío. Al instante me pongo seria. Le acababa de contar, sin querer, que iba al psicólogo.

—¿Estás yendo a terapia? ¡¡Me pone re feliz por vos!!

Siento ganas de desaparecer. No era para donde quería que la conversación fuera.

Intento cambiar de tema, no porque sienta vergüenza de ir al psicólogo. Sino porque no tengo ganas de contar sobre los meses de mi vida que se perdió. Aparece la moza con dos cartas y nos ponemos a leer. Se produce un silencio absoluto, hasta que la moza vuelve a tomarnos el pedido.

—Yo te voy a pedir un café con leche y un tostado de pan árabe, sin jamón —digo.

Camila me observa con asombro. No entiendo por qué razón, si sabe que no me gusta el jamón, así que le sonrío otra vez.

—Bueno... Yo un licuado de frutilla.

Se me detiene el corazón. Comprendo la mirada de Camila.

—No hacemos licuados —contesta la chica. Me pongo más blanca que el mantel.

Camila está desconcertada.

—¿Banana? —insiste.

—No hacemos licuados... Solo café, gaseosas, cerveza...

Camila me vuelve a mirar. Ahora con ojos de asesina. No es Sherlock Holmes, pero no hacía falta serlo para darse cuenta de que yo soy, no solo una mentirosa, sino una torpe, horrible, pésima mentirosa. Una mentirosa con una mala suerte jamás antes vista en la historia de la mentira. ¿Qué clase de café no tiene licuados? Y también una mentirosa muy desprolija. ¿Cómo podía haberme olvidado, a la hora de hacer mi pedido, de mi discurso de haber decidido ir a ese lugar única y exclusivamente por los licuados? No existía otro motivo para ir. Tenía poca elegancia y estaba ubicado en una calle alejada de nuestras casas y de las avenidas.

La moza se fue. Clavé mis ojos en la ventana. En la puerta del jardín empezaban a aparecer madres. Dos, y tres, y cuatro.

—¿Qué fue eso?

Vuelvo a la realidad. No tengo ninguna excusa en mente.

—Habré visto mal —no me esfuerzo demasiado—. Me confundí y ya.

—Bueno... Es raro confundir una cerveza con un licuado de frutilla, pero...

—Capaz era una pinta roja —y me río, nerviosa. Vuelvo a la ventana.

—¿Hola? Amiga, ¿me podés explicar qué carajo mirás? —su tono de voz elevado me obliga a prestarle atención. Pienso, y pienso, y pienso.

—Jaz, decime la verdad. No pasa nada.

—Está bien —contesto—. Está bien. Estoy saliendo con alguien. Y creo que es padre.

De una nena.

Los ojos de Camila se encienden, como cada vez que sus oídos escuchan un buen rumor.

No solo por eso. También le divertía el juego que le había propuesto. Ahora sí éramos detectives las dos. Seguro ella había llegado al café creyendo que iba a escucharme hablar de mi vida, que era una línea recta poco emocionante, pero en cambio se había encontrado con oro. A las mujeres nos encanta hacer de FBI. O al menos, a nosotras dos.

—¿Quién es? Por dios, contame todo. ¿Cómo sabés que este es el jardín de la hija? Ay, boluda, ¡Mirá si nos ve! Estamos en la ventana. ¡Tirate al piso, y mostrame una foto que yo me fijo!

Suelto una carcajada honesta y descontracturada, fuera de personaje. Jamás había visto semejante emoción.

—Calmate, creo que no viene él, pero conozco a la ex... de cara. Ahora dejame mirar.

Y vuelvo a la ventana.

—No, pará. Si vamos a estar una hora vigilando un jardín por lo menos mostrame una foto, así sé cómo es.

Quiere una foto, le doy una foto. Abro mi instagram y le enseño a la primera rubia que aparece. Una chica de mi facultad.

Y la logro calmar.

Una hora y media después pierdo la esperanza, todo en vano. Siendo honesta, no creí que iba a fallar, así que no tenía un plan B. Pero ahora tenía una carta a mi favor. Una Camila emocionada, que daba la impresión de que me acompañaría a donde fuera para divertirse a costa de la historia que yo le había dado.

—Bueno, creo que ese nene era el último. Ni señales de la mina —digo, admitiendo la derrota.

—Mañana a las cuatro en la misma mesa —contesta Camila—. Tengo un presentimiento. Mañana aparece. ¿Cómo me dijiste que se llama la hija de Nicolás?

No me acuerdo. Había estado todo ese tiempo contándole un cuento que no existía, y respondiendo millones de preguntas, como si fuera una rueda de prensa.

Me acordaba las cosas básicas que había inventado, como que Nicolás era el hombre que me había salvado cuando me ahogué en natación, y que desde ahí habíamos empezado a salir. No recordaba el nombre de la supuesta hija, pero ella tampoco, así que volví a mentir.

Total, como decías vos... ¿qué le hace una raya más al tigre?

—Guadalupe

—Ah, sí, ya me acuerdo. Bueno, mañana aparece. Acordate.

No sé por qué me aseguraba que iba a aparecer una nena, cuando si la historia que yo le contaba era cierta, eso significaría que mi nuevo novio era un imbécil que me había mentido.

Pero daba igual, porque mi amiga me estaba ayudando, aunque no lo supiera.

Me estaba ayudando un montón.

26/07/2018

Creí que me iba a cancelar. Pensé que se le pasaría el instante de euforia y recapacitaría en que no era tan maravillosa la historia que le di. Imaginé que con el día horrible y frío de hoy decidiría quedarse en la casa. Me equivoqué. Llegué y ella ya estaba sentada en nuestra mesa, con un gorro de lana verde y lentes de sol. Me dió vergüenza acercarme. ¿Qué hacía así de ridícula si nadie la conocía?

—¿Qué hacés, Camila?

—Perdón amiga, lo que pasa es que ayer intentando dormir pensaba en algo que no me dejaba tranquila. Mirá si alguien nos vio ayer. Mirá si tenemos que venir toda la semana y ellos también nos espían a nosotros. Tomá, te traje un par de anteojos a vos también, mañana estaría bueno cambiar el look, pero yo creo que hoy es el día. Ah, y Jaz...

—¿Qué? —me asusté.

—¿Tu tía tiene binoculares?

Mi amiga estaba loca. Después vería qué hacer con eso. Tal vez le preguntaría a Héctor si tenía algún amigo psiquiatra. Por ahora, su locura me servía.

Estuvimos dos horas esperando. Para mí, las más aburridas de toda mi vida. Para Camila, las más excitantes. Ella lo vivía como si hubiera viajado en el tiempo y estuviera a punto de descubrir quién asesinó a John F. Kennedy.

Yo lo vivía parecido. Pero no me entretenía.

No sabía si quería ver al asesino.

—Jaz...

—Ya está, Cam. Volvamos. No tiene sentido —pronuncié con desgano, mientras tomaba mi café, y Camila mantenía su mirada clavada en el jardín.

—¡Jazmín!

—¿Qué? —pregunto, desconcertada.

—¿Ese tipo no es el que chocó con tu viejo?

Me quedé petrificada. No podía mirar hacia el costado. No me atrevía a fijar los ojos más allá de la calle. No sabía si iba a soportar lo que estaba sucediendo en el jardín.

—¿Estás bien? —preguntó Camila, mientras todavía me señalaba a Leonardo Rodríguez con su mano izquierda. Al hombre que terminó con tu vida, y con la mía, como consecuencia directa. Ahora tu asesino, nuestro asesino, estaba enfrente mío.

Suspiré y me animé a girar mi cabeza hacia la ventana. Ahí estaba, parado en la entrada, de espaldas a nosotras, esperando a su hija. No le alcancé a ver la cara pero sabía que era él. Mi objetivo había funcionado y ahora quería retroceder el tiempo. Comenzaba a sospechar que todo era un grave error.

—Decime que Nicolás existe, y que su ex la rubia que me mostraste existe, y que Lupe existe. Por favor.

—¿Lupe?

—Guadalupe. Le deben decir Lupe —. No contesté nada—. JAZMÍN ABRIL ÉRAMO.

Jazmín, no... No puede ser.

—Perdón —alcancé a pronunciar. Los labios me temblaban, las manos me temblaban.

Los ojos me dolían, parpadeaba continua e incontrolablemente, como cada vez que me pongo nerviosa. Me los cubrí con las manos—. Perdoname. Perdoname.

Se levantó, se vino a sentar al lado mío, y me abrazó fuerte. Tan fuerte que pensé que no había sido necesario mentirle. Ella me hubiera ayudado igual.

—Amiga mía. Te amo. Te amo mucho. Pero no te hagas esto. No te lastimes más —me pidió con dulzura mientras me acariciaba el pelo y me acomodaba un mechón detrás de la oreja.

Yo tenía mi cabeza en su pecho. Le había empapado la camisa.

—Estoy bien, Cami. De verdad. Solo que es la primera vez que lo veo. Siempre había visto... fotos —dije recomponiéndome y secándome la cara con las mangas de mi buzo gris.

—¿Qué hacés acá? Decime la verdad, por favor. Yo te voy a perdonar que Nicolás no exista, pero vos ahora decime la verdad —. Las lágrimas seguían brotando de mis ojos como una cascada—. Tranquila. Vamos a casa. Cuando te calmes y me expliques, si considero que esto te va a ayudar a estar bien, volvemos.

—No, por favor. Dejame mirar.

En ese mismo instante una nena de unos cuatro o cinco años salió corriendo a toda velocidad del jardín. Leonardo la alzó. La hija de Leonardo y Leonardo se fundieron en un cálido abrazo, mientras tu asesino daba vueltas, y los dos se reían. Yo sabía que era él, aunque estaba usando anteojos de sol.

La nena sonreía.

Parecía estar muy feliz de ver a su padre.

La bajó al suelo y se fueron caminando de la mano. Leonardo no caminaba normal.

Cojeaba.

—Camila, lo tengo que seguir.

Se levantó de la silla y agarró su cartera.

—Vamos. Te acompaño a lo de tu tía. Basta.

—Andate, no importa —me negué con la cabeza—. Voy sola.

—Jazmín, ¿qué querés lograr? Por Dios, explicame.

—¿No entendés que ese tipo mató a mi papá? —grité tan alto que se produjo un silencio en todo el café. Todas las miradas se posaron en nosotras—. Ese tipo mató a mi papá y yo necesito saber quién es. Nada más que eso. Quiero saber quién es.

—¿Para qué? Ni vos sabés qué estás haciendo. Y sino decime en qué te puede sumar perseguirlo —. La miré con odio.

—¿Lo estás defendiendo?

—¿Qué decís? ¿Te escuchás cuando hablás?

Recapacité en lo ilógica que era mi acusación.

—Perdón —pronuncié.

—No, perdón un carajo Jazmín —gritó. Su tono de voz me sorprendió. Hacía mucho nadie me gritaba. Estaba acostumbrada a que, desde ya hace varios meses, todos mis berrinches o mis malos modos se solucionaban pidiendo disculpas. Camila, por primera vez en mucho tiempo, no me trató con compasión ni con cuidado, y yo agradecí por dentro. Necesitaba que alguien me dejara de tener pena y me hiciera saber que no está bien lastimar a todo el mundo porque estás lastimado. Desde hace mucho, el excesivo buen trato que recibo me hace sentir peor. Como si todos me quisieran demostrar que mi tristeza era una enfermedad, y que esa

enfermedad me volvía alguien frágil.

—Vos me incluiste en esto. Ya lo hiciste. Me mentiste, ¿sabés lo tonta que me siento?

Y no importa. No te digo nada porque sé que estás mal, y entiendo que lo hiciste porque estás triste... Pero ahora que ya me metiste, no me vas a decir que me vaya.

“Te vas a tomar un té, vas a tranquilizarte, y me vas a decir por qué querés perseguir a ese tipo.

Y yo voy a ser parte de esto, te guste o no.

“Porque a la gente no se la incluye cuando te sirve y descarta cuando ya la usaste —
sentenció.

Ella tenía razón. Lo que ella no sabía es que yo estoy mejor, y que lo que quiero hacer tiene sentido. Solo tenía que explicárselo.

Pero que no me tratara con compasión me hacía sentir más fuerte.

— Leonardo Rodríguez está absuelto. Él, que está vivo, no tiene ni más ni menos culpa que mi papá, que está muerto...

“¿Vos ves lo que yo veo? La ecuación no está ni nunca va a estar equiparada. A mi papá el *accidente* le costó la vida. A ese hombre solo unos meses internado. Entonces yo decreté que no está absuelto. Para mí él es un asesino porque así... así yo lo puedo contar y lo comprendo, y todos lo comprenden. Y ahora me vienen a decir que no...

“Lo que yo sé es que hay alguien que mató a mi papá. Y quiero saber quién es. Hoy descubrí que es un buen padre, o eso parecía en la sonrisa de esa nena... pero por eso lo quiero seguir. Porque tiene que haber más. No puede ser una persona normal, porque un asesino no es una persona como vos y como yo. Es... algo más.

“Yo tengo que hacerle frente a esa sombra ahora que estoy mejor, para poder salir adelante del todo. No puedo quedarme con esa espina toda la vida. Yo... Yo necesito saber quién es. Necesito saber quién me cambió la vida y por qué lo hizo —expresé, decidida.

—Jaz, vos no necesitás perseguirlo. Necesitás hablarle. Necesitás pararte adelante y hablar. Aunque solo sea para descargarlo. Acosarlo no te da tranquilidad. Te la saca.

Me desilusioné. Creí que nada de lo que había dicho había servido. Entonces volvió a hablar, para demostrarme que no iba a decepcionarme:

—Y yo te voy a ayudar.

Capítulo VIII: Uno.

27/07/2018

Estoy en la puerta del jardín de infantes. No estoy sentada dentro de un café para protegerme. Estoy expuesta. Lo estoy esperando. Y estoy temblando de frío, o de miedo. Camila me agarra de la mano. Las dos estamos congeladas. Pero se siente bien que ella esté acá conmigo.

Me doy cuenta de que sí extraño a mis amigas.

Falta media hora para que los chicos salgan. Todavía no estoy nerviosa. El otro día Leonardo llegó veinte minutos tarde. Entiendo que entonces eso me da unos cincuenta minutos de espera. Camila me aprieta la mano con fuerza. Levanto la mirada. Leonardo llegó. Mi cálculo falló. Su

silueta camina hacia nosotras. Me doy cuenta a lo lejos, porque lo veo cojear. Una pierna casi inmóvil, y la otra haciendo todo el trabajo. Ahora está a unos centímetros.

Ahora está en frente mío.

Lo miro a la cara. Se da cuenta que es a él a quien estoy esperando, y se saca los anteojos de sol. Entonces descubro la cicatriz más inmensa que vi en mi vida. De esas que hacen que te baje la presión. Una gran cicatriz, que va desde su mentón, haciendo que un costado de su cara esté deformado, hasta su ojo izquierdo. Pero el ojo no está. En su lugar, un parche. Perdió un ojo. Bajo la vista por la impresión que me genera mirarlo fijo.

—¿Nos conocemos? —pregunta. No respondo. Los ojos se me empañan. No me atrevo a volver a observarlo.

—Ella es Jazm...

—Mi nombre es Jazmín Abril Éramo. Y Ricardo Salvador Éramo, fue... Es mi papá.

Me percaté de que hace muchísimo tiempo no te nombraba. Aguardo unos segundos para tomar coraje, y entonces levanto la mirada. Justo a tiempo para ver que una lágrima cae de su único ojo, y recorre su mejilla derecha. El costado de su rostro que aún sigue intacto.

Ya no podía dejar de mirarlo. No estaba llorando. Estaba petrificada, y asustada, porque tenía enfrente a un asesino. Al nuestro. No se veía como esperaba que se viera. No tenía una capa, ni un tridente, ni estaba vestido de rojo. No se veía como el diablo. Pero lo era. Aunque su rostro pudiera generar compasión. Aunque sus lágrimas me desconcertaran. Aunque no

estuviera ileso como yo creía.

Está vivo. Y vos no. Y puede abrazar a su hija. Y vos no.

Agarró el teléfono y se alejó. Me asusté. Me quedé donde estaba. Preparada por si tenía que salir corriendo. Preparada por si estaba llamando a alguien para que se deshiciera también de mí.

Entonces, a los diez o quince minutos, no sé decirte con exactitud, porque el tiempo a veces se percibe muy diferente y para mí fueron horas, se volvió a acercar.

— ¿Podemos ir a tomar algo acá enfrente? A mi hija la va a venir a buscar la mamá.

No respondí. Ni siquiera sabía si eso me serviría de algo. Quizás podía desahogarme.

Tal vez podía echarle la culpa que ya no soportaba encima y entonces cerrar la historia como yo quería: Con un asesino y con una muerte que mata por algo. Con un diario con una mancha de café que no era una prueba de nada, excepto de que peleamos por tonterías, y de que nos íbamos a arreglar esa misma noche si Leonardo no hubiera existido.

Nos íbamos a pedir perdón, íbamos a ir a cenar como habíamos quedado, íbamos a festejar que estaba de vacaciones, y a ver una o dos películas cuando volviéramos a casa. Quizás alguna de

miedo, y después alguna bélica, porque te apasionaban. A las semanas nos íbamos a reunir con toda la familia por Navidad, y después por fin de año. A las doce empezaría un nuevo año, y diciembre para mí habría sido un mes normal. Íbamos a brindar todos, no por vos, como en el Día del Padre, sino con vos, incluido. Ibas a contar el chiste pésimo del pollo, y te íbamos a callar, como siempre, aunque ahora moriría por poder escucharlo, y Leonardo tendría sus dos ojos. No se hubiera cruzado en nuestro camino.

Y no sería el asesino que tiene que ser.

Acepté, con ayuda de Camila. Recordándome una y mil veces que era necesario. Era necesario. Entramos al café, e irónicamente, la única mesa disponible era la que estaba al lado de la ventana. La mesa en la que me había sentado durante dos tardes a espiarlo. Entonces me miró, y lanzó un suspiro.

—Hace poco salí del hospital —dijo, rompiendo el silencio.

—Ya sé —respondí observándolo fijo. Analizándolo. Ya no me daba miedo hacerlo.

—¿Cómo sabías que mi hija viene a este jardín?

—Instagram —declaré. No podía juzgarme de acosarlo. No después de lo que me había hecho.

—Abril... —dice. Ahora sí que quiero ahogarme en llanto.

—No me digas Abril —. Me mira con sorpresa. No planeo explicarle que fui Abril para una sola persona en el mundo. Y que no voy a ser Abril para quién me la arrancó—. Me llamo Jazmín.

—Perdoname..., Jazmín.

—¿Qué pasa?

—Yo soy Leonardo. Tengo una hija de cuatro años que se llama Martina. Y trabajo en la administración pública... Antes también en Uber —me observó—. En total trabajaba unas catorce o quince horas por día. A veces más. Quería llegar a fin de mes por Martina. Quería pasarle una... ¿Cómo se dice?... Cuota alimentaria a la madre. Entonces salía de trabajar ocho horas y me metía en el auto. Estaba hasta la madrugada con pasajeros, porque eso me servía.

Nunca tuve un muy buen pasar que digamos, pero antes no importaba tanto porque estaba solo.

Ahora existe Martina.

“La mañana en la que... pasó lo que pasó, venía sin dormir hacía dos días. Había estado toda la noche manejando. Ese mes debía alquiler, y cuatro meses de expensas, y me habían cortado el gas... porque no lo había pagado. La mamá de Martina me había dicho que ya no quería que mi hija viviera algunos días así. Yo pensaba que me iban a hacer un juicio o que me iban a sacar la... ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, la responsabilidad parental.

“Tenía mucho miedo de no poder verla más. Entonces dejé de dormir. Solo trabajaba.

Estaba cansadísimo, pero yo pensaba en Martina y eso era lo único que me importaba.

“Lo que pasó esa mañana... no me lo voy a perdonar nunca. Me sonó el celular, pensé que me iban a dejar hablar con mi hija, me distraí... —dijo “distraí”, no “distraje”—. Y... y crucé. Tu papá venía a mi derecha y también estaba cruzando.

“Nos mandamos al mismo tiempo, pero la culpa fue mía. No me importa lo que diga el juez. La culpa fue mía porque él ya estaba pasando. Salí del hospital y... me enteré. No me subí más a un auto. No me animo.

“Yo... no soy una persona con títulos ni nada. Apenas sé escribir, ¿viste? Terminé el secundario hace poco. Pero no puedo vivir con haber matado a alguien. Y ahora tengo que vivir con eso. Todos los días me levanto pensando en eso, sueño con eso, me miro al espejo cuando me saco este parche, y me acuerdo de eso.

Estaba llorando. Su mejilla derecha estaba empapada. Estaba llorando porque él creía que era un asesino. Recordé lo que le dije a Camila. Que un asesino no podía ser una persona como ella o como yo. Que era... algo más. Me imaginé a mí misma en la piel de Leonardo. Me imaginé a mí misma cometiendo un error tan enorme, tan gigante como el de Leonardo.

Me acordé de la mancha de café, y de cómo me sentía yo con eso. Me sentía sucia. Con una mancha de café, pero en el medio de mi consciencia y de mi pasado. Una que no se podía limpiar, a menos que recibiera un perdón imposible de recibir, porque vos ya no estabas para poder concedérmelo.

Me sentía una asesina. Algo más que la persona que era antes, sí, porque desde ese momento y para siempre, iba a cargar con la culpa. Los asesinos, los que matan por maldad o por venganza, no deben de sentir mucha culpa. El asesino de Aylén, la paciente de Héctor,

cuando le robó la vida a golpes, no debió de sentir culpa.

Y la culpa puede terminar con alguien. Es el sentimiento que peor puede hacerle a un hombre. Es tu propia voz diciéndote que arruinaste algo, o todo. Que fuiste cruel. Que lastimaste. Y que, aunque no te juzgue un juez, podés castigarte solo. Pero esta culpa era peor, porque el daño no había sido a propósito. El daño había sido por equivocación.

Y no hay nada más horrible que despertarte un día habiéndote convertido, por equivocación, en algo que no sos.

—Te arruiné la vida. No sé a cuánta gente se la arruiné. Cuando me enteré que el hombre tenía una hija me sentí la peor basura del mundo. Porque yo tengo a Martina. Y yo sé que ella me necesita, aunque no le de la mejor vida.

“Ella siempre sonríe cuando llego a buscarla. Y no le da miedo mi cicatriz. Me quiere igual. Me quiere con este parche. Dice que parezco un pirata. Y... yo... no sé cómo recompensarte por lo que pasó. No puedo darte nada a cambio de lo que te saqué. No... no sé por qué agarré el celular.

“Sé que me odiás y no te puedo decir nada. Yo también me odio por lo que hice. Pero tengo que

aguantar por Martina. Es la única razón...’’

Si un asesino era algo más, estaba claro que Leonardo no encuadraba en mi definición.

No veía en él a un santo, pero tampoco a un enemigo.

Solo veía a una persona que hace lo que puede. A una persona con menos oportunidades de las que yo había tenido. A una persona con menos suerte de la que yo tenía. A una persona, normal, que tiene que vivir su vida, que ya era difícil, sabiendo que mató a alguien. Cargando con esa mancha de café que no podía limpiar, a menos que recibiera algo que nadie en el mundo podía darle, excepto una persona: yo era la única persona en el mundo que podía darle lo que él necesitaba.

Yo le podía conceder eso que yo jamás voy a recibir de tus labios. Pero podía darlo.

Podía admitir que a veces las personas hacemos lo que podemos, y lidiamos con demasiado, y que cometemos errores que pueden parecer imperdonables a la vista de cualquiera, pero que son errores, al fin y al cabo. ¿Cuánto se puede juzgar a una persona por un error?

¿Cuánto podía criticarme a mí, cualquiera, si confesaba que habíamos discutido, que habías salido tarde al trabajo, y que eso había alterado por completo tu destino? ¿Quién podía juzgarme más de lo que yo me juzgaba todos los días, cuando me miraba al espejo, y veía reflejado en él a una persona que no soy?

¿No era mi creencia de que era una asesina peor que cualquier castigo real? ¿No son las cosas que creemos ciertas nuestra realidad absoluta? ¿No había soñado yo que todos me acusaban de asesinarme a mí misma, o a Luz, en la estación de subte? ¿No significaba eso mucha culpa?

Leonardo no era nada más que un ser humano que había sido un pequeño eslabón de la cadena de acontecimientos por los cuales hoy ya no te tengo. No recae en sus hombros tu muerte. Ni en los míos.

Ni en los hombros de nadie.

—¿Qué va a pasar con tu ojo? —pregunté. Ahora que lo había humanizado otra vez, me daba mucha pena su situación actual.

Recordé en ese instante que donaste tus órganos. Lo decidiste vos mismo, mucho antes de morir. Me dijiste que era un gran acto de humanidad. Me puse a pensar quién en este momento vive con tus riñones, quién respira con tus pulmones. Quién ve con tus córneas. En dónde y en quién todavía vivís.

—Nada. Lo perdí. Y por ahora no tengo plata ni una buena obra social que me cubra la prótesis. Por eso me tapo. No quiero asustar a la gente —. Suspiré. Tenía un nudo en la garganta—. Jazmín, yo te quiero pedir...

—Te perdono —pronuncié—. Ya te perdoné desde que te escuché hablar. Y sé que no es lo mismo, pero... yo sé quién fue mi papá. Y sé más que nadie en el planeta que él te hubiera

perdonado. Desde donde esté... sé que ya te perdonó —ambos estábamos llorando—. Y...

Leonardo, no sos un asesino, y no mataste a nadie. Mi papá perdió la vida en un accidente, y aunque sea más difícil de comprenderlo, está bien así.

Recordé la conversación que tuve con Héctor sobre Leonardo. Recordé lo mucho que me enojó escucharlo decirme todas las verdades que en ese momento detesté y ahora aceptaba.

Y comprendí que él lo sabía.

Él sabía que me ofendería, al principio, pero que cuando estuviera preparada lo iba a entender.

Ahora entendía a qué se refería cuándo me dijo que podemos matar a alguien por negligencia, una situación devastadora para una persona normal. Pero que ser un asesino es algo más. Y también que esa charla que tanto me ofendió se había quedado rondando en mi cabeza.

Sentí ganas de agradecerle. Acababa de comprender que casi siempre que hacemos algo, lo hacemos por muchísimos motivos. Y que a veces los consejos de otro llegan a nuestra vida como dardos, porque así los sentimos, hasta que los digerimos, hasta que estamos preparados para recibirlos y prestarles atención.

Entonces cumplen su función, que es sanar.

Pasadas las ocho de la noche me encontré a mí misma en la puerta del departamento de Rosa y Héctor. Héctor no había contestado mi mensaje preguntándole si podía ir, y no era un gran horario para aparecer de imprevisto, pero necesitaba hacerlo. Necesitaba hablar esa noche con él, y no después. Es que agradecer también a veces se vuelve tan imprescindible que nos

lastima todo el tiempo que nos guardamos de hacerlo.

—¡Jazmín! Te estaba por llamar. Me leíste la mente —me dijo en cuanto abrió la puerta.

Y apenas terminó de hablar tosió—. Te iba a decir que vinieras a cenar, hace bastante no te veo... ¿Puede ser que te vea contenta?

—Te vengo a decir algo. Algo bueno.

—Soy todo oídos —contestó—. Pero pasá y sentate. Acá parados pierde la emoción.

Fuimos a sentarnos a la mesa del living, y cuando se me pasó un poco la exaltación, me percaté de que a él no se lo veía tan bien. Estaba algo decaído y ojeroso.

—¿Te acordás de Leonardo Rodríguez? El hombre que tuvo el accidente con mi papá.

—Por supuesto. “*El asesino de tu papá*” —dijo, mientras con los dedos fingía dibujar comillas—. ¿O el hombre del accidente? No es la misma historia cuando la contamos diferente.

No me imagino a la misma persona desde perspectivas tan opuestas.

—Eso es lo que te quiero contar. En realidad... vine a agradecerte. Ahora la veo. Sabés, lo que me dijiste se quedó en mi cabeza y... es largo, pero ayer hablé con él. Me senté enfrente suyo, lo escuché y lo perdoné, aunque ya no creo tener nada que perdonarle. Se lo di porque él lo necesitaba, pero no me sacó a papá —. Lo miré. Sus ojos esa noche se veían de tono azul eléctrico, fuerte. No ya claro como el cielo, sino profundo—. Y también quiero agradecerte porque me siento mucho mejor. Y no sé qué... hubiera pasado si no te hubiera conocido.

Me miró, me sonrió, y sus ojos, llenos de lágrimas, sonrieron a la par. Hay personas que también sonríen con los ojos. Héctor es una de ellas.

—No sabés lo bien que me hace escucharte decir esto, Jazmín. Creciste mucho durante este tiempo. El odio no nos lleva a ningún lugar... más bien nos va convirtiendo en lo que odiamos. Y creer en un asesino te fue funcional para entender la muerte, por un tiempo.

“Ahora sabés que la muerte existe, y que a veces mata por matar. Pero la vida también existe, y también es un absurdo, también es incomprensible, tampoco sabemos de dónde viene o a dónde va. Y está bien. Está bien sentirnos en paz con lo poco que sabemos.

“No sé cuán preparados estamos para saberlo todo...”

“En cuanto a tu mejoría, si no me hubieras conocido doy fe de que estarías mejor también”.

—No, no —negué con la cabeza—. Vos, Rosa y Francisco me ayudaron mucho.

—Sí, pudimos haberte ayudado. Ahora, yo quiero que entiendas algo. Cuando queremos recibir ayuda, estoy seguro de que nos aferramos a lo que fuera que nos pueda servir para hacer ese cambio. Lo que sí puede pasar es que desemboquemos en lugares equivocados en busca de esa ayuda, así que podemos decir que tuviste suerte... Yo también te quiero agradecer.

—¿Por? —pregunté.

—Me hiciste pasar este tiempo mucho menos doloroso. Y me ayudaste con... —se detuvo.

— ¿Con qué?

—Quiero que sepas que te quiero mucho. Aunque nunca lo haya dicho.

Si bien Héctor parecía una persona demostrativa, era cierto que no me lo había dicho.

Le sonreí.

—Yo a vos —me dio tres golpecitos en el hombro con su mano que se sintieron como un fuerte abrazo. No pude evitar sentir una rara y agri dulce melancolía. Había algo extraño en el ambiente, pero no sabía qué.

Me quedé a cenar milanesas de berenjena con puré, y volví de la tía sintiéndome entre cansada y liviana. Había sido un día largo.

Pero ya no cargaba con el odio a mis espaldas.

Capítulo final: Después del minuto ocho.

28/06/2018

Existe un hecho científico que habla del sol, de la luz que emana, y de la probabilidad de que algún día se apague. Lo conocí gracias a Marina y a su blog científico, gracias a la facultad, y gracias a un trabajo práctico en dónde decidí no incluirlo, porque es mío. Aunque lo hayan pensado científicos mucho más inteligentes que yo.

Este hecho dice, como ya te conté, que si el sol se apagara ahora mismo, seguiríamos iluminados por ocho minutos y unos pocos segundos, porque ese es el tiempo que tarda la luz en viajar hacia la Tierra. Y que entonces, la que ahora nos ilumina, es la que emanó el sol ocho minutos atrás. Ocho minutos y unos pocos segundos todavía sentiríamos presente a un astro que ya está muerto.

Entonces pensé en vos, y en esto que hago. En estos cuantos meses en los cuales me sostuve de pie volviendo a tu ausencia una presencia absoluta. Hablándote en presente, escribiéndote en presente, y alejándome de mi realidad, porque quería seguir alumbrada por eso poco de vos que me quedaba.

Eventualmente descubrí que necesitaba salir de esos ocho minutos. Que quizás lo que creemos que peor nos va a hacer sea justamente lo que puede salvarnos. Entonces deseé, en silencio y con mucha culpa, que terminaran, porque confiaba en que después habría algo más.

Porque como me dijo Héctor una vez, cuando todavía su corazón latía, y sus pulmones tenían aire, y cuando este mundo estaba algo más brillante que hoy... Inevitablemente los primeros ocho minutos en un duelo, tienen que terminar.

A las once y treinta y cinco del mediodía me sonó el teléfono. El nuevo. El teléfono en el que tu voz no está. Era un mensaje de whatsapp de Rosa. “*¿Podés venir?*”.

No pensé en nada, ni bueno ni malo, caminé hasta su casa con la mente en blanco y el corazón en la garganta. Con un paraguas en mano por la tormenta. Toqué el timbre.

De pronto una idea me invadió la tranquilidad. ¿El “*te quiero mucho*” del día anterior no se había sentido como una despedida? ¿No era esa la razón por la cual me había invadido esa rara y agri dulce melancolía, eso extraño en el ambiente a lo que no le había encontrado sentido alguno, y entonces había preferido desecharlo? ¿Héctor sabía cuándo? ¿Cuando él dijo que era el dueño de su vida, se refería a elegir un día y una hora?

¿Había sido hoy?

Rosa abrió y me observó pálida, al borde del desmayo. Todos los pensamientos que había esquivado en el camino se habían desatado en forma de catarata mientras esperaba frente a la puerta. Sus ojos estaban húmedos, rojos, y sus párpados inflamados.

No hizo falta que lo dijera, nos abrazamos al mismo tiempo, y lloramos las dos juntas.

Después de unos minutos, habló:

—Ahora ya no sufre más —dijo lo que se dice siempre que alguien fallece por problemas de salud, y aunque pueda parecer cliché, no lo es en lo absoluto. No hay ninguna certeza más tranquilizante que esa. La certeza de que al otro ya no le duele.

Ya no le duele el cuerpo, ya no le duele vivir, ya no le duele respirar.

—¿Estaba muy mal? —pregunté con inocencia. Yo sabía que Héctor estaba mal. Él hacía lo imposible para no demostrarlo, pero lo que tiene la salud es que dejamos que su presencia pase desapercibida. Pero su ausencia siempre se hace notar.

—Sí. Ayer se sentía pésimo. Me “despertó” a las tres de la madrugada, aunque yo no estaba dormida. Lo escuchaba toser, lo veía levantarse e ir al baño, y podía sentir lo que él sentía. Encendió la luz y me dijo: “*Rosita... es hoy*”, después agarró las pastillas, y yo me quedé ahí y...

Pensé en la tos de la última noche que lo vi, esa tos que era peor que todas las anteriores, juntas.

—¿Elegió el día? —me invitó a pasar y sentarme. Eso fue lo que hice. Volví a hablar—

: ¿Lo determinó?

— Sí —. La miré con asombro—. No que iba a ser ayer, pero sí que iba a llegar un punto en el que se iba a volver insoportable seguir... ya sabés.

—¿Te enojaste al principio? —dije, esperando un sí.

—No, ni cuando me dijo que no iba a hacer el tratamiento, ni cuando me dijo que él quería decidir cuándo morir. Nunca me enojé. Lo acepté desde el principio.

Primero me asombró. Cuando se me pasó la sorpresa, la admiré. Es un gran acto de amor dejar de aferrarse cuando alguien que querés está sufriendo, y es bastante inusual ver tan de cerca una relación tan sana.

También pensé en lo mucho que él la quería. Le había pedido permiso, sabiendo que si no era concedido, iba a tener que convivir con el dolor.

Me quedé un rato más con ella, con una tristeza encima inexplicable con palabras. Pensé en Francisco. Hoy no me había contestado los mensajes.

—¿Francisco sabe?

Asintió cabizbaja.

—Sí, lo llamé temprano. No son noticias que dar por teléfono, pero bueno... no tenía otra manera. Está destruído, se va a venir para acá hoy mismo. Llega para el responso, y para...

el entierro, en Chacarita —contestó mientras se sonaba la nariz con un pañuelo floreado. Sus lágrimas seguían cayendo y las mías también. Le agarré la mano, me la apreté fuerte, y nos

quedamos así un rato.

Volví, me encerré en mi cuarto, y seguí llorando, cubriendo mi rostro con la almohada, hasta que me quedé dormida.

29/07/2018

Me vestí de negro, y miré por la ventana para ver cómo estaba el día. Aunque empezaba julio, era un día fresco, pero soleado. Justo como a Héctor le gustaban. Ese pensamiento me hizo sonreír. Anteayer el día lo había llorado, pero hoy el sol brillante me hacía pensar mucho en que Héctor había fallecido en sus términos, y también en que para él la muerte no era nada excepto una conclusión.

Recordé cuando me dijo que los días terminan, y que la noche que les sigue existe y es habitable. Así lo había vivido él, así la había recibido. Había caminado hacia la muerte como si se fuera a reencontrar con una vieja gran amiga, y de alguna manera, ese pensamiento ahora tenía para mí una connotación positiva.

Esta muerte es el contraste perfecto con la tuya. No es trágica, ni repentina, ni inesperada. Es triste, sí, pero no traumática.

Llegué a Chacarita a las nueve de la mañana, y decidí que después te iría a visitar. En la misa había mucha gente y eso me puso contenta. Estoy segura de que cualquiera que haya sido afortunado de conocer a Héctor lo tiene que querer.

Abracé a Rosa por un rato largo. Héctor iba a estar cerca de Luz.

Como tenía que ser.

—¿Y Francisco? —pregunté. Recordé que esa misma mañana le había mandado un mensaje. “Lo siento con todo mi corazón. Si necesitás hablar, o no hablar, acá estoy”. No le había llegado, no tenía su celular encendido. Apenas terminé de pronunciar la pregunta lo vi llegar. Francisco es muy alto, igual que su papá, pero estaba más encorvado que nunca. Como si el duelo lo cargara todo en sus hombros.

Aunque debía conocer a todas las personas que estaban ahí, se dirigió directo a su mamá con un ramo de tulipanes de colores en su mano izquierda. Para Héctor. Recordé la dulce historia sobre Holanda con la cual descubrí que Héctor había sido un gran padre, igual que vos.

Se abrazaron. Los dos estaban llorando.

Me alejé un poco, no me correspondía estar ahí. Merecían su tiempo a solas.

Después de unos diez minutos Francisco se acercó hacia mí.

—Hola, Jaz —todavía tenía las flores en la mano. Su mirada estaba apagada, pero su voz conservaba la dulzura que a mí me gustaba.

—Lo siento un montón —le dije, y rodeé su cuerpo con mis brazos, poniéndome en puntas de pie para que eso pudiera ser algo parecido a un abrazo. Entonces separó un tulipán

del ramo que había comprado para Héctor, y me lo dio.

—Esto también pasará, Jaz —sonreí, y lo miré a los ojos, mientras mis manos sostenían el tulipán. Por primera vez me ilusioné con Francisco, y en esa flor no vi un cadáver en putrefacción, ni un inminente final, ni algo frágil que pronto iba a morir.

En esa flor, vi una flor.

Una preciosa. Una que significaba mucho para mí. Él me había dado lo único que en ese momento podía darme para recordarme que después de ciertos finales siempre hay algo más. Me había olvidado de eso, pero ahí estaba. Estaba en todos lados. Solo tenía que saber mirar.

El perfume de ese tulipán me hizo viajar pronto y rápido al momento exacto en el que conocí a Héctor, a Holanda, a todo lo que viví con él, y a lo bien que me había hecho sentir su paso por mi vida. No importaba cuánto duraría o cuánto tardaría en marchitar. Solamente importaba que en ese preciso instante esa flor me recordaba al costado más hermoso de la vida.

Me decía que estaba viva, me susurraba que entre Francisco y yo podía haber vida, me hacía sonreír, porque recibir un regalo es algo hermoso que podemos experimentar estando vivos, y acariciaba mi duelo, porque las flores eran hermosas todavía un rato largo después de vivir.

Porque, como me dijo Héctor, cuando no podía comprender que no me gustaran las flores, tal vez no me gustaban porque estaba viviendo en el futuro. Quizás ver en todo un inminente final es olvidarnos de que el presente es habitable.

Comprendí que las personas somos como las flores. Podemos morir, pero lo que dejamos en otros perdura, y puede generar nuevas anécdotas, pensamientos, acciones, y vida.

Héctor y vos, papá, si yo los pienso, si los recuerdo, pueden seguir generando vida.

—Tomá Jaz, te traje esto.

Metió la mano en el bolsillo de su jean negro y sacó una carta. En el sobre blanco se veía escrito “Para Jaz. De Héctor” en tinta negra y en una letra cursiva preciosa. Me pregunté hace cuánto la tenía escrita. No creía que su pulso pudiera haber sido tan preciso la última noche con lo dolido que se sentía.

—Gracias.

Todo este tiempo le estuve escribiendo cartas a alguien que no me puede contestar. Y

ahora ese vacío con el que cargaba por escribir y escribir sabiendo que no había respuesta y que no la habría jamás, se apaciguaba, porque esa carta era una retribución a todas mis palabras.

La misa y el entierro estuvieron cargados de emoción y de melancolía. Me propuse recordar

todas las dulces palabras del cura, pero ya las olvidé. Sin embargo no olvidé cómo me hicieron sentir. En ese momento fueron caricias a mi alma, y pude jurar que Héctor estaba ahí.

No ahí con su cuerpo, ni creía que se quedaría en Chacarita. Ahí con nosotros, en todos los que lo queríamos, y en las palabras del cura.

Cuando todo terminó y la gente se comenzó a ir, Francisco me preguntó si quería que me llevara a casa. Le dije que no. Primero, creía que él necesitaba estar con su mamá, y segundo, quería ir a verte, aunque a veces dudaba de que vos estuvieras ahí, ese día podía jurar que sí.

Me senté frente a tu tumba con la carta de Héctor entre mis manos. La abrí. El papel era hermoso y tenía un tulipán amarillo adherido a la hoja con cinta, pero disecado.

Me reí. Comprendí su intención al instante, aunque no era difícil hacerlo. Esa flor jamás se marchitaría.

Era inmarcesible.

La leí para mis adentros porque sabía que si vos estabas donde yo ahora creía, la ibas a escuchar igual. La voy a transcribir acá:

“Jazmín:

El Estado de Texas se caracteriza por publicar las últimas palabras de sus condenados a pena de muerte. ‘Moriré con la conciencia clara. Hice las paces conmigo’, leí ayer. Y hago eco de esas palabras. Sobre todo, desde que te conocí.

Me di cuenta que desde que perdí a Luz esperé, durante mucho tiempo, mi condena por haberle fallado. Pero nos conocimos, y fue como mirarme en el espejo.

Pude comprender lo que sentías. Pude descubrir, a través tuyo, que así como yo estoy seguro de que tu papá sabía que lo amabas con locura, mi culpa me estaba consumiendo: Luz sabía que yo la amaba con locura. Y ahora guardo la ilusión de que ella me esté esperando.

El día que fui a hablar con tu tía y con tu abuela, me mostraron un papel que acababan de encontrar en el tacho de basura. Uno en donde pedías perdón por la decisión que estabas por tomar, pedías que alimenten a tu gato, y que cuiden a tu bambú. Pero me quedé con una frase, y no pude dejar de pensar en ella durante todo este tiempo: ‘...No fue tu culpa. No te la echas. La culpa nos arruina para siempre’.

Doy fe de que eso es verdad.

Te estoy eternamente agradecido, y te deseo una larga y valiosa vida. Una vida que te inspire a escribir, porque sos escritora. Aunque todavía no te hayas dado cuenta.

Se dice que la última frase que Louis Gay-Lussac pronunció en vida fue: ‘Es una pena irse. Esto comienza a ponerse divertido’. Y hago eco también de sus palabras.

Sobre todo desde que te conocí.

P.D: En la primera carta que te escribí te dije que no quería morir sin antes darte la esperanza que me hubiera gustado darle a mi hija. Que, como leí en tu antebrazo, esto también pasará. En fin... mi objetivo era que creyeras otra vez en tu propio tatuaje, antes de este momento.

Y ahora solo espero haberlo logrado.

Te quiero mucho.

Héctor”.

Lo lograste, Héctor.

No sabés lo mucho que te voy a extrañar.

05/11/2018

Papá:

Es un domingo frío, pero despejado, y acabo de volver del cine. Fui temprano, aunque ayer nadé unas cuantas horas y trabajé hasta tarde. Vi *La maldición de las hermanas*, la única película de terror que había en cartelera. Te conozco y sé que te hubiera gustado.

Es la primera vez que voy al cine sola, pero no me sentí en soledad. Estaba más cómoda de lo que creía posible, y pensé mucho en vos. Me acordé de los domingos que pasamos sentados en la sala del Hoyts, frente a la pantalla grande, comiendo nachos con cheddar, porque los dos coincidíamos en que superaban con creces a los pochoclos.

Esos fueron buenos domingos, y los voy a atesorar para siempre, pero estos son buenos también. Y el cine sigue siendo un lugar en donde estás y vas a estar. Solo que ya no le tengo miedo. Porque siempre le tuvimos mucho cariño.

Así que acá estoy, frente a tu máquina de escribir otra vez. Todavía te puedo imaginar sentado, con tus manos en estas teclas. Estos meses en los que no te escribí intenté vivir más allá del dolor. O con el dolor. Con el dolor como una parte mía con la que puedo vivir. Un dolor que no está encima mío, ni está por delante ni por detrás. Es una parte mía. Que a veces me grita, y otras veces me susurra. Y todo lo que tengo que hacer para reducirlo a tamaño natural es recordar que es una parte, y que por tanto tengo otras.

Este duelo por poco me mata. Pero no lo hizo. ¿Alguna vez, a lo largo de mi vida, había sentido algo tan fuerte? ¿Algún día algo va a volver a calar tan hondo? No creo. Tampoco creo que deje de haber momentos en los que algún recuerdo me haga volver a sentirme como me sentí en diciembre, aunque cada vez sea con menos frecuencia, porque a una ausencia no se la supera: te acostumbrás. La diferencia es que ahora sé que me puedo acostumbrar a llevarla conmigo. Porque también te llevo a vos.

Y aunque sé que no soy la misma de antes, supongo que es parte fundamental de esta supervivencia: no hay un “volver a mi vieja vida” o un “volver a mi vieja yo”. Soy diferente por esto, después de esto, debido a esto.

Y eso está bien.

Pensé en volver a participar en las competencias de natación, y de a poco me empiezo

a acercar a mis amigas. Al grupo reducido de tres en las que puedo confiar. Les cuento lo que siento, y los días en los que estoy demasiado triste les digo que las necesito. Y me sorprende que siempre encuentran la manera de estar. Si no pueden venir, me llaman, o me escuchan. Pero están. Estuvieron siempre.

Como podían y hasta donde las dejé.

Además, visito a Rosa cada vez que puedo, que siempre me espera con torta de mandarina, (ahora es mi preferida porque es su receta personal). Estoy pensando mucho en la carrera, y buscando otras opciones. Quizás algo que tenga que ver con los números... Y hablar con Francisco me hace sentir bien. Aunque solo pueda ser de modo virtual.

No tengo idea de qué va a pasar con mi vida, para ser sincera, y estoy lejos de tenerla resuelta. Pero sé que hay algo adelante, y quiero quedarme a ver qué es.

A veces quiero meterme en la cama, hacerme un bollito, y llorar, y llorar y llorar.

Y otras veces, cuando se vuelve más una necesidad que un mero deseo, lo hago.

Porque está bien.

Pero después recuerdo que la abuela me necesita en el local, y que no es justo para ella que yo no vaya. Recuerdo que la tía me pidió que entrara la ropa ya seca y la dejara en la tabla de planchar, y otras nimiedades que no me cuestan nada y la ayudan bastante. Recuerdo que Rosa también está triste, y que yo no puedo hacer mucho, pero puedo acompañarla. Y que a Agos le cortó el novio y lo está sufriendo como un duelo.

Yo puedo ser esa nieta, esa sobrina, esa compañía, esa amiga. Entonces vivo con el dolor. Y eso no significa que te extrañe o ame menos. Eso significa que los que están me extrañan a mí. Y que también los amo a ellos.

No le encontraba el cierre perfecto a estas páginas, pero tiene que existir. Estas páginas escritas en tu Remington que hace cuatro meses dejé acumuladas en el escritorio, inconclusas, necesitan un final. Pero no me estoy despidiendo de vos. La vida, la mía, siempre va a ser con vos al lado. Nuestro adiós es imposible e innecesario. Me gusta sentir que estás conmigo.

No sé por qué me senté a darle el final hoy, pero lo intuía. Por una parte, hoy volví al cine, y por la otra, hoy pensé mucho en que se acerca el año de tu fallecimiento.

Y ese día te voy a llorar hasta secarme, porque está bien. Y me vas a doler, y voy a patalear, y va

a ser triste. Pero voy a recordar que ya no estoy en el mismo lugar en el que estaba hace un año con respecto al duelo, y que tampoco estoy en donde voy a estar en un año más. Y

lo voy a sobrevivir.

Porque sobreviví días peores.

Estoy intentando alejarme de los “por qué” que solo me entristecen, porque lo que pasó, pasó. Por las razones que fuera. Ya no estás físicamente. El resto, ¿quién sabe? ¿Quién sabe a ciencia cierta dónde va el alma? Yo no lo sé, aunque tengo esperanzas. Pero el tiempo pasa, el

dolor va mutando de forma, y quiero admitir lo que ya sé: Mis ocho minutos terminaron.

Ya no sigo bajo tu luz por creer que después de eso, en la noche, no hay nada. Ahora sé que hay algo.

Algo que desconozco. Algo incierto. Algo que todavía no puedo tocar. Pero hay algo.

Algo que puede alumbrar. Y estas páginas tienen que terminar porque te quiero mantener presente sin volver a tu ausencia la única presencia que lo abarca todo.

Quiero recordarte y sonreír. Y para recordarte es necesario que no seas el único pensamiento que atraviesa mi mente. Es necesario dejar de acumular cartas en tu buzón cuyo único destinatario real soy yo misma, porque de mí nacen y en mí mueren. Y mis ocho minutos terminaron.

A veces duele menos.

A veces duele más.

Pero ya no soy la misma que cuando te empecé a escribir. De eso estoy segura.

Pá, tengo tres certezas: te quiero con todo mi corazón, la vida sería más linda con vos a mi lado, y ya no se puede. Lo asumo, lo acepto, y agradezco. Porque tuve la inmensa suerte de tenerte cerca durante todo el tiempo que pude hacerlo, y eso ya me hace sentir más que afortunada. Te voy a llevar a todos lados conmigo, porque estás en mi corazón, y sé que él te va a querer hasta el día en el que a mí también me toque irme.

Espero que ese día nos reencontremos, aunque suene infantil. Hasta que eso suceda, voy a seguir viviendo, no solo porque tengo que hacerlo, sino porque quiero hacerlo. Hasta cuando me siento más triste.

Especialmente entonces.

A veces, después de llorar por mucho tiempo, me miro al espejo, y sé que quiero estar bien. Antes no estaba segura de eso, pero ahora sí. Comprendí que no necesito un dolor desgarrador que lo abarque absolutamente todo para sentirte cerca, presente, o vivo. Tal vez no sea un gran avance, pero es mío. Y es el que me motiva a seguir intentando.

Por ahora nos tenemos que despedir de este contacto permanente a través del papel. Pero

mientras mis pulmones tengan aire, y mientras a los latidos de mi corazón les toque latir, te lo prometo, voy a reproducir tu voz en mi mente, porque todavía la escucho.

Y me voy a aferrar a ella como al último rayo de luz de sol, que continúa iluminando un espacio del lugar en el que está.

Aún después del minuto ocho.

Document Outline

- [\[dedicatoria\]](#)
- [Agradecimientos](#)
- [5 de diciembre del 2017](#)
 - [07:35 a.m.](#)
 - [04:47 p.m.](#)
- [CAPÍTULO I: Ocho](#)
 - [04/02/2018](#)
 - [04/03/2018](#)
 - [06/03/2018](#)
 - [11/03/2018](#)
 - [13/03/2018](#)
 - [14/03/2018](#)
 - [15/03/2018](#)
 - [16/03/2018](#)
 - [17/03/2018](#)
- [Capítulo II: Siete](#)
 - [18/03/2018](#)
 - [19/03/2018](#)
 - [20/03/2018](#)
 - [22/03/2018](#)
 - [23/03/2018](#)
 - [24/03/2018](#)
 - [25/03/2018](#)
 - [26/03/2018](#)
 - [27/03/2018](#)
 - [29/03/2018](#)
 - [31/03/2018](#)
 - [01/04/2018](#)
 - [02/04/2018](#)
 - [03/04/2018](#)
 - [04/04/2018](#)
 - [05/04/2018](#)
 - [06/04/2018](#)
 - [7/04/2018](#)
 - [8/04/2018](#)
 - [9/04/2018](#)
 - [11/04/2018](#)
 - [12/04/2018](#)
 - [13/04/2018](#)
 - [14/04/2018](#)
 - [15/04/2018](#)
 - [16/04/2018](#)

- [Capítulo III: Seis](#)
 - [17/04/2018](#)
 - [18/04/2018](#)
 - [19/04/2018](#)
 - [20/04/2018](#)
 - [21/04/2018](#)
 - [22/04/2018](#)
 - [23/04/2018](#)
 - [24/04/2018](#)
 - [27/04/2018](#)
 - [28/04/2018](#)
 - [29/04/2018](#)
 - [30/04/2018](#)
- [Capítulo IV: Cinco](#)
 - [01/05/2018](#)
 - [02/05/2018](#)
 - [03/05/2018](#)
 - Noche
 - [05/05/2018](#)
 - [06/05/2018](#)
 - [09/05/2018](#)
 - [10/05/2018](#)
- [Capítulo V: Cuatro.](#)
 - [27/05/2018](#)
 - [28/05/2018](#)
 - [29/05/2018](#)
 - [30/05/2018](#)
 - [31/05/2018](#)
 - [01/06/2018](#)
 - [02/06/2018](#)
 - [03/06/2018](#)
 - [04/06/2018](#)
 - [06/06/2018](#)
- [Capítulo VI: Tres.](#)
 - [07/06/2018](#)
 - [08/06/2018](#)
 - [11/06/2018](#)
 - [12/06/2018](#)
 - [13/06/2018](#)
 - [15/06/2018](#)
 - [16/06/2018](#)
 - [17/06/2018](#)
 - [18/06/2018](#)
 - [19/06/2018](#)
 - [20/06/2018](#)
- [Capítulo VII: Dos](#)

- [25/07/2018](#)
 - [26/07/2018](#)
- [Capítulo VIII: Uno.](#)
 - [27/07/2018](#)
- [Capítulo final: Después del minuto ocho.](#)
 - [28/06/2018](#)
 - [29/07/2018](#)
 - [05/11/2018](#)